

11

VOGUE'S  
ASSAULT

2

P02499  
C68  
V. 2



1020026893



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La Conquista de Plassans

CAPITULO I  
LA CONQUISTA DE PLASSANS

LOS ROUGON-MACQUART  
HISTORIA NATURAL Y SOCIAL DE UNA  
FAMILIA BAJO EL SEGUNDO IMPERIO

LA CONQUISTA  
DE PLASSANS

POR

EMILIO ZOLA

TRADUCCIÓN DE

Emilio M.<sup>a</sup> Martínez

Tomo II

GASSO HERMANOS, EDITORES  
SANTA TERESA, 4 Y 6.—BARCELONA

101186

30845



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

Num. Cat. N  
Num. Autor 286e  
Num. Adg. 30845  
Procedencia - 8 -  
Precio. \_\_\_\_\_  
Fecha \_\_\_\_\_  
Clasificac. \_\_\_\_\_  
Catalogo \_\_\_\_\_

**CAPILLA ALFONSINA**

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

U. N. C. L.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO DE VESPA"  
Apto. 1025 MONTERREY, MEXICO



843  
Z



PQ 2499

C68

v.7

ES PROPIEDAD DE  
LOS EDITORES  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
FONDO RICARDO COYARRUBIAS

#### XIV

En la procesión general del Corpus, cuando monseñor Rousselot bajó los peldaños del magnífico altar erigido por los cuidados de madame de Condamin, en la plaza de la subprefectura, junto a la misma puerta del hotelito que habitaba, todos observaron con sorpresa que el prelado volvía bruscamente la espalda al Padre Faujas.

—¡Hombre!—dijo madame Rougon, que se hallaba asomada a la ventana de su salón.—¿Habrá habido riña?

—¿No lo sabía usted?—respondió madame Paquette, apoyada de codos al lado de la vieja dama.—Desde ayer se habla de ello. El Padre Fénil ha recobrado el favor del Obispo.

El señor de Condamin, de pie detrás de las señoras, se echó a reír, había huído de su casa, diciendo que “apestaba a iglesia”.

—¡Bueno va!—dijo entre dientes.—Si van ustedes a hacer caso de esas historias... El Obispo es una veleta, que gira según le sopla el Faujas o el Fénil; uno hoy, otro mañana. Se han peleado y han hecho las paces más de diez veces. Antes de

tres días ya verán cómo el niño mimado volverá a ser el Faujas.

—No lo creo—repuso madame Paloque.—Esta vez va de veras... Parece que el Padre Faujas proporciona grandes disgustos a Monseñor. Parece que antiguamente pronunció sermones que desagradaron mucho a Roma. Yo no lo puedo explicar a ustedes con pelos y señales; pero sé que Monseñor ha recibido de Roma algunas cartas de reproches, en las cuales se le recomienda que esté apercibido... Se pretende que el Padre Faujas es un agente político.

—¿Quién pretende eso? — preguntó madame Rougon, entornando los ojos como para seguir la procesión que se extendía por toda la calle de la Banne.

—Lo he oído decir y no sé más—repuso la mujer del juez con aspecto indiferente.

Y se retiró de la ventana, asegurando que se debía de ver mejor desde la de al lado. El señor de Condamin ocupó su sitio al lado de madame Rougon, a la cual dijo al oído:

—Por dos veces la he visto entrar ya en casa del Padre Fénil; con seguridad que está tramando algo con él... El Padre Faujas ha debido de pisar a esa vïbora, y ahora ella trata de morderle... Si no fuera tan fea, yo le haría el favor de advertirle que su marido no será nunca presidente.

—¿Por qué? No lo comprendo—respondió la vieja dama con ingenuidad.

El señor de Condamin la miró con curiosidad; después se echó a reir.

Los dos últimos gendarmes de la procesión acababan de desaparecer en la esquina de la Carrera Sauvair. Entonces, las personas a quienes madame Rougon había invitado a ver la bendición del altar entraron de nuevo en el salón, hablando de

la buena gracia de Monseñor, de los estandartes nuevos de las Congregaciones, y sobre todo de las muchachas de la obra de la Virgen, cuyo paso acababa de ser muy notado. Las damas no se agotaban, y el nombre del Padre Faujas era pronunciado a cada momento, con los más vivos elogios.

—Decididamente, es un santo—dijo irónicamente madame Paloque al señor de Condamin, que había ido a sentarse a un lado.

Después, inclinándose hacia él:

—No he podido hablar con libertad delante de la madre... Pero se murmura ya demasiado del Padre Faujas y de madame Mouret. Esos feos rumores han debido llegar a oídos de Monseñor.

El señor de Condamin se contentó con responder:

—Madame Mouret es una mujer encantadora, y muy apetitosa todavía, a pesar de sus cuarenta años.

—¡Oh! encantadora, encantadora...—refunfunó madame Paloque, cuyo semblante verdeció una oleada de bilis.

—Encantadora en grado superlativo—insistió el conservador de aguas y bosques.—Ahora está en la edad de las grandes pasiones y de las grandes felicidades... Ustedes las mujeres se juzgan muy mal mutuamente.

Y abandonó el salón, muy contento al ver la reprimida rabia de madame Paloque. La ciudad, en efecto, se preocupaba apasionadamente por la continua lucha que el Padre Faujas sostenía con el Padre Fénil, para conquistar a monseñor Roussetot. Era un combate a cada momento, un asalto de criadas-amas que se disputan las ternezas de un viejo. El Obispo sonreía astutamente; había hallado una especie de equilibrio entre aquellas dos voluntades contrarias, y les golpeaba al uno

con el otro, entreteniéndose en verles en el suelo alternativamente, aunque a reserva de aceptar siempre el auxilio del más fuerte para conseguir la paz. En cuanto a la maledicencia que sobre sus favoritos hacían llegar a él, le dejaba lleno de indulgencia; sabía que ambos eran capaces de acusarse mutuamente de asesinato.

—Mira, hijo mío—decía al Padre Surin, en sus momentos de confianza.—Los dos son peores... Creo que París vencerá y que Roma quedará derrotada: pero no estoy lo bastante seguro de ello, y entre tanto, les dejo que se destruyan. Cuando uno haya acabado con el otro, bien lo sabremos. Toma, léeme la tercera oda de Horacio; hay un verso que me temo haber traducido mal.

El martes que siguió a la procesión del Corpus, se presentó con un tiempo soberbio. Ofanse risas en el jardín del señor Rastoil y en el de la sub-prefectura. Allí, a ambos lados, había numerosa tertulia bajo los árboles. En el jardín de los Mouret, el Padre Faujas, según su costumbre, leía su breviario, paseándose despacio a lo largo de los grandes bojes. Desde hacía algunos días, tenía cerrada la puerta del callejón; coqueteaba con los vecinos y parecía ocultarse para hacerse desear. Tal vez había observado cierta leve frialdad a continuación de su última riña con Monseñor y de los abominables chismes que hacían circular sus enemigos.

A cosa de las cinco, cuando descendía el sol, el Padre Surin propuso a las señoritas de Rastoil una partida de volante, juego en el que era de primera fuerza. A pesar de su proximidad a la treintena, Angelina y Aurelia se morían por los jueguecillos; su madre, si se hubiera atrevido, las habría hecho vestir aún de corto. Así que la criada hubo traído las raquetas, el Padre Surin, que buscaba un sitio

con la vista, en el jardín, inundado de sol por los últimos rayos, tuvo una idea que las señoritas aprobaron vivamente.

—¿Y si nos fuéramos a jugar al callejón de las Chevillotes?—dijo.—Estaríamos a la sombra de los castaños, y además, tendríamos mucho más sitio para retroceder.

Salieron, y empeñaron la más agradable partida del mundo. Las dos señoritas comenzaron. Angelina fué la primera en pifiar. El Padre Surin, que la reemplazó, manejó la raqueta con destreza y soltura verdaderamente magistrales. Se había puesto la sotana entre las piernas; saltaba adelante, atrás, a los lados; recogía el volante al ras del suelo, lo recogía de revés a alturas sorprendentes, lo lanzaba recto como una bala o le hacía describir curvas elegantes, calculadas con perfecto conocimiento. De ordinario, prefería a los malos jugadores que, arrojando el volante al azar, sin ritmo ninguno, según su expresión, le obligaban a desplegar toda la agilidad de su juego. La señorita Aurelia jugaba bastante bien; a cada raquetazo lanzaba un grito de golondrina, riéndose como una loca cuando el volante iba a parar en derechura a la nariz del joven sacerdote; después se agachaba entre las faldas para esperarlo o retrocedía a saltitos, con terrible ruido de enaguas que rozan, cuando el Padre le hacía la gracia de pegarle más fuerte. Finalmente, habiéndosele plantado el volante entre los cabellos, estuvo en un tris que se cayera hacia atrás, lo cual les hizo reír a los tres mucho. Angelina la reemplazó. En el jardín de los Mouret, cada vez que el Padre Faujas levantaba los ojos de su breviario, veía el blanco vuelo del rehilete por cima de la tapia, como una gran mariposa.

—Señor cura, ¿está usted ahí?—gritó Angelina,



llamando a la puertecilla.—Se nos ha caído el volante.

El cura, después de recoger el rehilete caído a sus pies, se decidió a abrir.

—Ah, gracias, señor cura—dijo Aurelia que tenía ya la raqueta.—Angelina es la única capaz de dar esos golpes. El otro día papá nos estaba mirando, y Angelina le disparó el rehilete en la oreja, con tanta fuerza, que estuvo sordo hasta el día siguiente.

Las carcajadas estallaron de nuevo. El Padre Surin, rosado como una doncella, se limpiaba delicadamente la frente, a golpecitos, con un pañuelo finísimo. Se echaba hacia atrás los cabellos rubios, con los ojos relucientes, dúctil la cintura, y sirviéndose de su raqueta como un abanico. Con el ardor del juego, se le había vuelto un tanto el alzacuello.

—Señor párroco—le dijo poniéndose de nuevo en posición.—Va usted a juzgar los golpes.

El Padre Faujas, con el breviario bajo el brazo, sonriendo con rostro paternal, se quedó en el dintel de la puertecilla. Entre tanto, por la puerta cochera de la subprefectura, que estaba entreabierta, debía de haber visto el cura al señor Péqueur des Saulaies, sentado ante el surtidor en medio de sus contertulios. Sin embargo, no volvió la cabeza; contaba los puntos, felicitaba al Padre Surin y consolaba a las señoritas Rastoil.

—Oiga usted, Péqueur—murmuró agradablemente el señor de Condamin acercándose al oído del subprefecto.—Hace usted mal en no invitar a ese curita a sus tertulias; es muy complaciente con las señoras y debe de valsar a las mil maravillas.

Pero el señor Péqueur des Saulaies, que habla

ba vivamente con el señor Delangre, aparentó no oírle. Y continuó, dirigiéndose al alcalde:

—Verdaderamente, mi querido amigo, no sé por dónde ve usted en él esas bellas cualidades de que me habla. Por el contrario, el Padre Faujas es muy comprometedor. Su pasado está muy turbio, y se habla aquí de ciertas cosas... No veo por qué me he de arrodillar ante ese párroco, tanto más cuanto que el clero de Plassans nos es hostil. En primer lugar que no me serviría de nada...

El señor Delangre y el señor de Condamin, que habían cruzado una mirada, se contentaron con mover la cabeza sin responder.

—De nada—prosiguió el subprefecto.—No vengán ustedes echándose las de misteriosos. Miren ustedes, yo he escrito a París. Me tenían ya la cabeza loca, y quería saber a qué atenerme sobre el tal Faujas, a quien parecen ustedes tratar como a un príncipe disfrazado. Pues bien, ¿saben qué me han contestado? Pues me han contestado que no le conocen, que no tienen nada que decirme, y que, por otra parte, debo evitar cuidadosamente meterme en los asuntos del clero... Ya están bastante disgustados en París desde la elección del imbécil ese de Lagrifould. Yo quiero ser prudente.

El alcalde cruzó de nuevo una mirada con el conservador de aguas y bosques. Y hasta se encogió ligeramente de hombros ante los correctos bigotes del señor Péqueur des Saulaies.

—Escúcheme usted bien—le dijo al cabo de una pausa.—¿Usted quiere ser prefecto, verdad?

El subprefecto sonrió, columpiándose en la silla.

—Entonces, vaya usted en seguida a estrechar la mano al padre Faujas, que le espera a usted allí viendo jugar al volante.

El señor Péqueur des Saulaies se quedó mudo, sorprendidísimo, sin comprender. Alzó los ojos al señor de Condamin, al cual preguntó con cierta inquietud:

—¿Es esa también la opinión de usted?

—Sin duda; vaya usted a estrecharle la mano— respondió el conservador de aguas y bosques.

Después añadió, con un dejo de burlas:

—Pregúntele a mi mujer, en quien tiene usted gran confianza.

Madame de Condamin llegaba. Llevaba un delicioso traje de rosa y gris. Cuando le hubieron hablado del cura:

—¡Ah! Hace usted mal en no tener religión— dijo con gracejo al subprefecto.—Apenas le vemos a usted en la iglesia en los días de las ceremonias oficiales. Verdaderamente me da eso mucha pena; es preciso que yo le convierta a usted. ¿Qué quiere usted que se piense del gobierno que usted representa, si no está usted bien con Dios?... Déjenos ustedes, señores; voy a confesar al señor Péqueur.

Se había sentado, bromeando, sonriendo.

—Octavia—murmuró el subprefecto cuando estuvieron solos.— No se burlé usted de mí. En París, en la calle de Helder, no era usted devota. Ya sabe usted lo que me cuesta el no estallar cuando la veo comulgar en San Saturnino.

—No es usted serio, querido amigo—respondió ella en el mismo tono.—Todo eso le jugará a usted una mala partida. La verdad es que me tiene usted inquieta. Yo le he conocido a usted más inteligente. ¿Es usted tan ciego que no ve que se está tambaleando? Comprenda usted que si no le han hecho saltar todavía es porque no se quiere dar la voz de alerta a los legitimistas de Plassans. El día en que vean llegar a otro

subprefecto, desconfiarán; en tanto que con usted se duermen, y se creen seguros de la victoria en las elecciones próximas... No es cosa lisonjera, ya lo sé, y tanto más cuanto que tengo la certidumbre absoluta de que obran sin usted... ¿Me entiende? Amigo mío, está usted perdido si no adivina ciertas cosas.

El la miraba con verdadero espanto.

—¿Acaso "el gran hombre" ha escrito a usted?—preguntó aludiendo a un personaje a quien entre ambos designaban de tal manera.

—No; ha roto completamente conmigo. Yo no soy tonta, y fui la primera en comprender la necesidad de esa separación. Por otra parte, no puedo quejarme; se mostró muy bueno, me casó, me dió excelentes consejos con los que me va muy bien... Pero he conservado amigos en París. Le aseguro a usted que apenas le queda tiempo de agarrarse a un clavo ardiendo... No sea usted ateo y vaya en seguida a dar un apretón de manos al Padre Faujas... Más tarde comprenderá usted, si no adivina hoy...

El señor Péqueur des Saulaies permanecía con la cabeza baja, algo avergonzado por la lección. Era muy fatuo. Mostró los blancos dientes y procuró salirse del ridículo, murmurando tiernamente:

—Si usted hubiese querido, Octavia, entre los dos habríamos gobernado a Plassans. Yo le había ofrecido a usted reanudar aquella vida tan dulce...

—Decididamente es usted un majadero—le interrumpió ella con enojada voz.— Me encocora usted con su "Octavia". Yo soy para todo el mundo la señora de Condamin, amigo mío... ¿No ha de comprender usted las cosas? Tengo treinta mil francos de renta, reino aquí sobre la subprefectura entera; voy a todas partes, y por doquiera soy

respetada, saludada, estimada. Los que sospecharan lo pasado, se mostrarían más amables aún conmigo... ¿Qué iba yo a hacer con usted? No haría usted más que estorbarme. Soy una mujer honrada, querido.

Se había levantado. Acercóse al doctor Porquier, el cual, según su costumbre, iba, después de las visitas, a pasar una hora en el jardín de la subprefectura, para distraer a su mejor clientela.

—¡Oh! Doctor, tengo jaqueca; ¡pero una jaqueca!...—dijo con encantadores mohines.—Se me fija aquí, en la ceja izquierda.

—Es el lado del corazón, señora—repuso galantemente el doctor.

Madame de Condamin sonrió, sin llevar más adelante la consulta. Madame Paloque se aproximó al oído de su esposo, a quien llevaba todos los días a la subprefectura, para recomendarle constantemente a la influencia del subprefecto.

—No las cura de otra manera—dijo en voz baja.

Entre tanto, el señor Péqueur des Saulaies, después de haberse reunido con el señor de Condamin y con el señor Delangre, maniobraba hábilmente para llevarlos hacia el lado de la puerta cochera. Cuando se halló sólo a algunos pasos de ella, se detuvo como si le interesara la partida de volante que continuaba en el callejón. El Padre Surin, con el cabello al viento, arremangadas las mangas de la sotana, mostrando las muñecas blancas delgadas como las de una mujer; acababa de echarse atrás, colocando a la señorita Aurelia a veinte pasos. Comprendía que le miraban, y verdaderamente se excedía a sí mismo. La señorita Aurelia tenía también un buen día, al verse delante de tal maestro. El rehilete describía una curva suave, muy alargada; y con tal regularidad, que parecía caer por sí solo en las raquetas y volar de

una en otra con el mismo vuelo ágil, sin que los jugadores se moviesen del sitio. El Padre Surin, con el cuerpo algo echado atrás, exhibía las gracias de su busto.

—¡Admirable, admirable!—gritó entusiasmado el subprefecto.—¡Ah, señor cura! Le felicito a usted.

Después, volviéndose a madame de Condamin, al doctor Porquier y a los Paloque:

—Vengan, vengan. No he visto nunca nada igual... ¿Nos permite usted que le admiremos, señor cura?

Toda la tertulia de la subprefectura formó entonces un grupo, en el fondo del callejón. El Padre Faujas no se había movido, y, con una leve inclinación de cabeza, respondió a los saludos del señor Delangre y del señor de Condamin. Seguía marcando los puntos. Cuando Aurelia perdió el volante, le dijo bondadosamente el párroco:

—Tiene usted trescientos diez puntos desde que se han cambiado las distancias; su hermanita tiene sólo cuarenta y siete.

Mientras aparentaba seguir el juego con vivo interés, echaba rápidas miradas a la puerta del jardín de los Rastoil, que había quedado abierta de par en par. Hasta entonces, sólo se había dejado ver el señor Maffre. Este fué llamado del interior del jardín.

—¿Qué les pasa que tanto se ríen?—le preguntó el señor Rastoil, que hablaba con el señor de Bourdeu delante de la mesa rústica.

—Es que juega el secretario de monseñor—respondió el señor Maffre.—Hace cosas admirables, todo el barrio le mira... El señor párroco, que les mira jugar, está maravillado.

El señor de Bourdeu tomó un polvo, diciendo entre dientes:

—¡ Ah! ¿Está ahí el Padre Faujas?

Y se encontró con la mirada del señor Rastoil. Ambos parecían molestos.

—Me han contado—se atrevió a decir el presidente,—que el Padre ha recobrado la gracia de monseñor.

—Sí, esta misma mañana—dijo el señor Maffre.

—¡ Oh! Reconciliación completa. He sabido detalles muy conmovedores. Monseñor ha llorado... La verdad que el Padre Fénil ha hecho mal en varias cosas...

—Yo le creía a usted amigo del gran Vicario—observó el señor de Bourdeu.

—Sin duda, pero soy también amigo del párroco,—replicó el juez de paz vivamente.—A Dios gracias, tiene una piedad que desafía las calumnias. ¿No han llegado hasta atacar su moralidad? Es una vergüenza.

El antiguo prefecto miró otra vez al presidente con aire singular.

—¿Y no han querido comprometer al señor párroco en enredos políticos?—continuó el señor Maffre.—Decían que venía aquí a transformarlo todo, a dar destinos a diestro y siniestro, a hacer triunfar a la patulea de París. No se habría hablado peor de un jefe de bandoleros... Un hatajo de embustes y nada más.

El señor de Bourdeu, con la contera del bastón, dibujaba un perfil en la arena del jardín.

—Sí, he oído hablar de eso—dijo con indiferencia.—Es muy poco creíble que un ministro de la religión acepte un papel semejante. Además, en honor de Plassans, quiero creer que fracasaría por completo. Aquí no hay quien se deje comprar. ¡Majaderías! — exclamó el presidente, encogiéndose de hombros.—¿Acaso se vuelve una ciudad como un traje viejo? Ya puede París enviar-

nos a sus esbirros, que Plassans será siempre legitimista. ¿Ven ustedes al amigo Péqueur? No hemos tenido más que para un bocado. ¡Preciso es que la gente sea muy tonta. ¡Cuidado con imaginar que hay personajes misteriosos que recorren las provincias ofreciendo los destinos! Les confieso a ustedes que me gustaría mucho ver a uno de esos caballeros.

Se incomodaba. El señor Maffre, inquieto, creyó que debía defenderse.

—Permítame usted—interrumpió.—Yo no he afirmado que el Padre Faujas fuese un agente bonapartista; por el contrario, he dicho que me parecía absurda esa acusación.

—¡ Oh! No se trata ya del Padre Faujas; hablo en general. No se vende uno así como así, ¡qué diablo! El Padre Faujas está muy por cima de toda sospecha.

Hubo una pausa. El señor de Bourdeu acababa el perfil, sobre la arena, con una gran barba en punta.

—El Padre Faujas no tiene opiniones políticas—dijo con su voz seca.

—Evidentemente—repuso el señor Rastoil.—Le reprochamos su indiferencia; pero hoy, yo se la apruebo. Con tantos chismorreos y habladurías, la religión se vería comprometida... Usted sabe como yo, Bourdeu, que no se le puede acusar del menor paso sospechoso. No se le ha visto nunca en la subprefectura, ¿verdad? Siempre está dignamente en su puesto... ¡Si fuese bonapartista, no se recataría, pardiez!

—Sin duda.

—Añadamos que lleva una vida ejemplar. Mi mujer y mis hijos me han contado detalles suyos que me han conmovido vivamente.

En este momento redoblaron las risas en el ca-

llejón. Alzóse la voz del Padre Faujas, felicitando a la señorita Aurelia por un raquetazo verdaderamente notable. El señor Rastoil, que se había parado, continuó sonriendo:

—¿Oyen ustedes? ¿Qué hacen que así se divierten? Le dan a uno deseos de ser joven.

Después, con voz grave:

—Sí, mi mujer y mis hijos me han hecho querer al Padre Faujas. Sentimos mucho que su discreción le impida ser de los nuestros.

El señor de Bourdeu aprobaba con la cabeza, cuando resonaron grandes aplausos en el callejón. Oyóse un guirigay enorme de pisadas, risas, gritos; una bocanada de alegría de colegiales en el recreo. El señor Rastoil abandonó su asiento rústico.

—¡Caramba!—dijo con bondad.—Vamos a ver; acabo de sentir cosquillas en las piernas.

Los otros dos le siguieron, y los tres se quedaron delante de la puertecilla. Era la primera vez que el presidente y el antiguo prefecto se aventuraban hasta allí. Cuando vieron, en el fondo del callejón, el grupo formado por la tertulia de la subprefectura, pusieron los semblantes graves. El señor Péqueur des Saulaies, por su parte, se irguió, adoptando una actitud oficial; en tanto que madame de Condamin, muy risueña, se deslizaba a lo largo de las tapias, llenando el callejón con el roce de su traje rosa. Las dos tertulias se espían con miradas de soslayo, no queriendo ninguna de las dos abandonar el sitio; y entre ambas, el Padre Faujas, siempre en la puerta de los Mouret, tenía el breviario bajo el brazo y se regocijaba suavemente, sin aparentar ni por asomo que comprendía la delicadeza de la situación.

Entre tanto, todos los circunstantes retenían el

aliento. El Padre Surin, al ver que el público aumentaba, quiso arrancar aplausos con un postrer golpe de destreza. Ingenióse, se propuso dificultades, volviéndose, jugando sin ver venir el rehilete, adivinándolo en cierto modo, devolviéndolo a la señorita Aurelia por cima de la cabeza con precisión matemática. Estaba coloradísimo, sudando, despeinado; el alzacuello, que se le había vuelto por completo, le caía sobre el hombro izquierdo. Pero vencía, sonriendo, siempre encantador. Las dos tertulias se quedaban absortas admirándole; madame de Condamin reprimía los bravos que estallaban prematuramente, agitando su pañuelo de encaje. Entonces, el joven cura, refinándose más aún, se puso a dar saltitos a derecha e izquierda, calculándolos de manera que cada vez recibía el volante en posición distinta. Era el gran ejercicio final. Aceleraba el movimiento cuando, al saltar, le falló un pie, y por poco se cae sobre el pecho de madame de Condamin, que había extendido los brazos lanzando un grito. Los circunstantes, creyéndole herido, se precipitaron hacia él; pero él, vacilando, con esfuerzo de manos y rodillas, se levantó de un salto supremo, y recogió y devolvió a la señorita Aurelia el rehilete, que no había tocado aún el suelo. Y con la raqueta en alto, triunfó.

—¡Bravo! ¡Bravo!—gritó el señor Péqueur des Saulaies aproximándose.

—¡Bravo! El golpe ha sido soberbio—repitió el señor Rastoil, acercándose también.

La partida quedó interrumpida. Las dos tertulias habían invadido el callejón; se confundían, rodeaban al Padre Surin, quien, sin aliento casi, se apoyaba en la tapia, al lado del Padre Faujas. Todo el mundo hablaba al mismo tiempo.

—Creí que se había abierto la cabeza—decía el

doctor Porquier al señor Maffre, con acento lleno de emoción.

—Verdaderamente, todos esos juegos acaban mal—murmuró el señor de Bourdeu dirigiéndose al señor Delangre y a los Paloque, mientras aceptaba un apretón de manos del señor de Condamin, a quien esquivaba en la calle para no verse obligado a saludarle.

Madame de Condamin iba del subprefecto al presidente, poniéndoles al uno frente al otro, y repitiendo:

—¡Dios mío! Yo estoy peor que él; he creído que nos íbamos a caer los dos. ¿Han visto ustedes? Es una piedra grande.

—Ahí está, mírela usted—dijo el señor Rastoil.—La ha debido de hallar debajo del talón.

—¿Es esa piedra redonda la que usted dice?—preguntó el señor Péqueur des Saulaies recogiendo el guijarro.

Nunca se habían hablado fuera de las ceremonias oficiales. Los dos se pusieron a examinar la piedra; pasábensela del uno al otro, observando que era cortante y que hubiera podido cortar el zapato del cura. Madame de Condamin, entre ambos, les sonreía, asegurando que empezaba a reponerse del susto.

—¡El señor cura se pone malo!—exclamaron las señoritas Rastoil.

El Padre Surin, en efecto, se había puesto pálido al oír hablar del peligro que había corrido. Vacilaba, cuando el Padre Faujas, que se había mantenido algo alejado, le cogió en sus brazos poderosos y lo entró en el jardín de los Mouret, en donde lo sentó en una silla. Las dos tertulias invadieron la glorieta. En ella el joven sacerdote se desmayó por completo.

—¡Rosa! ¡Agua, vinagre!—gritó el Padre Fau-

jas adelantándose hacia la escalinata.

Mouret, que estaba en el comedor, se asomó a la ventana; pero al ver tanta gente en el fondo de su jardín, retrocedió como asaltado de miedo; se escondió y no volvió a salir. Entre tanto, Rosa llegaba con toda una farmacia. Se apresuraba, y gruñía:

—¡Si al menos estuviese aquí la señora!... Ha ido al seminario, a ver al niño... Yo estoy sola, y no puedo hacer lo imposible, claro; no será el señor el que se mueva. Por él, podrían ustedes morir. Está en el comedor, escondido como un hurañote. No, no les daría a ustedes ni un vaso de agua; les dejaría reventar solos.

Mientras refunfuñaba estas palabras, había llegado junto al Padre Surin desvanecido.

—¡Ay que Jesús!—dijo con lastimera ternura de comadre.

El Padre Surin, cerrados los ojos, pálido el rostro entre sus largos cabellos rubios, se asemejaba a uno de esos adorables mártires que vemos en los cuadros de santos. La mayor de las señoritas Rastoil le sostenía la cabeza, flojamente caída y mostrando el cuello blanco y delicado. Todos se afanaron. Madame de Condamin, a golpecitos, le lavó las sienes con un trapito empapado en agua con vinagre. Las dos tertulias esperaban ansiosas. Por fin, el curita abrió los ojos, pero los volvió a cerrar. Se desmayó dos veces más.

—¡No me ha asustado usted poco!—le dijo cortesmente el doctor Porquier, que había conservado entre las suyas la mano del Padre Surin.

Este se había quedado confuso, dando las gracias, asegurando que no era nada. Después, vió que le habían desabrochado la sotana y que tenía el cuello al aire, sonrió y se puso bien el alzacuello. Y al aconsejarle que se estuviera quieto, quiso

demostrar que era fuerte, y volvió al callejón con las señoritas Rastoil para acabar la partida.

—Está usted muy bien aquí—dijo el señor Rastoil al Padre Faujas, de quien no se había separado.

—El aire aquí es excelente—añadió con su encantador acento el señor Péqueur des Saulaies.

Ambas tertulias miraban curiosamente la casa de los Mouret.

—Si los señores y señoras—dijo Rosa,—quieren descansar un instante en el jardín... El señor párroco está en su casa... Aguarden, que voy por sillas.

E hizo tres viajes, a pesar de las protestas. Entonces, después de mirarse unos instantes, las dos sociedades se sentaron por cortesía. El subprefecto se había colocado a la derecha del Padre Faujas, en tanto que el presidente se colocaba a su izquierda. La conversación fué muy amistosa.

—Usted no es vecino alborotador, señor cura—repetía graciosamente el señor Péqueur des Saulaies.—No puede usted figurarse lo que me agrada verle todos los días, a la misma hora, en este pequeño paraíso. Eso me descansa en mis preocupaciones.

—¡Es cosa tan rara un buen vecino!—proseguía el señor Rastoil.

—Sin duda—interrumpía el señor de Bourdeu.—El señor cura ha establecido aquí una dichosa paz de claustro.

En tanto que el Padre Faujas sonreía y saludaba, el señor de Condamin, que no se había sentado, fué a decir al oído al señor Delangre:

—Ahí tiene usted a Rastoil soñando con una plaza de sustituto para el melón de su hijo.

El señor Delangre le lanzó una mirada terrible, temblando ante la idea de que aquel charlatán

incorregible podía estropearlo todo; mirada que no impidió que el conservador de aguas y bosques añadiera:

—¡Y Bourdeu que se cree haber recuperado su prefectura!

Pero madame de Condamin acababa de dar un golpe sensacional, diciendo con malicioso acento:

—Lo que me gusta en este jardín, es ese encanto íntimo que parece convertirlo en rincón cerrado a todas las miserias de este mundo. Caín y Abel se reconciliarían aquí.

Y había subrayado la frase acompañándola de dos miradas, a derecha e izquierda, a los jardines vecinos. El señor Maffre y el doctor Porquier movieron la cabeza con aprobación, en tanto que los Paloque se interrogaban, inquietos, sin comprender y temiendo comprometerse, por un lado u otro, si abrían la boca.

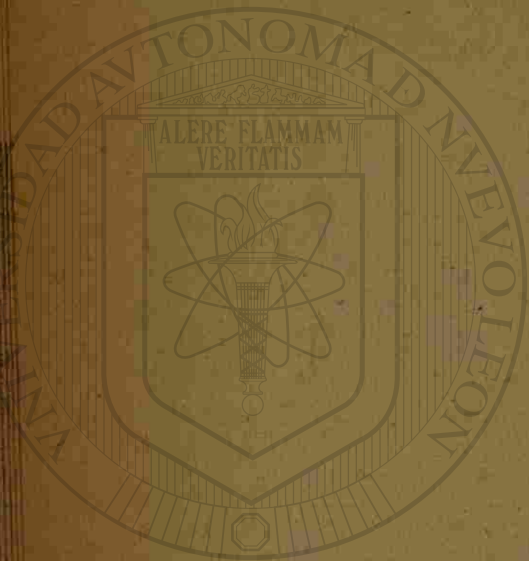
Al cabo de un cuarto de hora, se levantó el señor Rastoil.

—Mi mujer no sabrá dónde nos hemos metido—murmuró.

Todos se habían puesto en pie algo turbados al pensar en la despedida. Pero el Padre Faujas extendió las manos:

—Mi paraíso queda abierto—dijo con el aspecto más risueño.

Entonces el presidente prometió hacer, de vez en cuando, una visita al señor párroco. El subprefecto se comprometió a lo mismo, con más efusión. Y las dos sociedades estuvieron aún allí cinco minutos más, saludándose, en tanto que, en el callejón, las risas del Padre Surin y de las señoritas Rastoil se elevaban de nuevo. La partida había readquirido todo su fuego; el rehilete del volante iba y venía, con vuelo regular, por cima de la tapia.



## XV

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 "ALFONSO RIVERA"  
 Fdo. 1845 MONTECERRAT, MEXICO

Un viernes, madame Paloque, que entraba en San Saturnino, se quedó muda de sorpresa al ver a Marta arrodillada delante de la capilla de San Miguel. El Padre Faujas confesaba.

—¡Toma!—pensó.—¿Habrá acabado por conmover el corazón del cura? Es preciso que me quede. Si viniera madame de Condamin, tendría mucha gracia.

Tomó una silla, un poco más atrás, arrodillándose a medias, con el rostro entre las manos, como absorta en ferviente plegaria; separó los dedos y miró. La iglesia estaba muy sombría. Marta, caída la cabeza sobre su libro de misa, parecía dormir; formaba una masa negra sobre la blancura de uno de los pilares; y de todo su ser sólo su seno vivía, levantado por hondos suspiros. Estaba tan profundamente abatida, que dejaba que le pasara la vez, a cada nueva penitente que despachaba el Padre Faujas. Este esperaba un minuto, se impacientaba, daba unos golpecitos secos en la madera del confesonario. Entonces, una de las mujeres que allí se hallaban, al ver que Marta no se movía,



tomaba su puesto. La capilla se vaciaba y Marta permanecía inmóvil y como en éxtasis.

—Bien prendada está, bien—se dijo la Paloque.  
—Es indecente el exhibirse de ese modo en la iglesia. ¡Ah! Ahí está madame de Condamin.

En efecto, madame de Condamin entraba. Detúvose un instante ante la pila de agua bendita, quitándose el guante y persignándose con gracioso ademán. Su traje de seda crujió entre el estrecho camino abierto entre las sillas. Cuando se arrodilló, llenó la elevada vóveda con el estremecimiento de su falda. Conservaba su aire afable, sonriendo a las tinieblas de la iglesia. No tardaron en quedar sólo ella y Marta. El cura se incomodaba, golpeando más fuerte la madera del confesonario.

—Señora, a usted le toca, yo soy la última—murmuró amablemente madame de Condamin inclinándose hacia Marta, a quien no había conocido.

Marta volvió el rostro, un rostro en extremo adelgazado, pálido con emoción extraordinaria; pareció no comprender. Salía como de un sueño extático, latiéndole los párpados.

—Bueno, señoras...—dijo el cura, que entreabrió la puerta del confesonario.

Madame de Condamin se levantó, sonriente, obedeciendo a la llamada del cura. Pero, al conocerla, Marta, entró bruscamente en la capilla; después, cayó de nuevo de rodillas, y se quedó allí, a pocos pasos.

La Paloque se divertía mucho; esperaba que las dos mujeres se agarrasen del moño. Marta debía de oírlo todo, porque madame de Condamin tenía voz de flauta; chismorreaba sus pecados, pues le gustaba el confesonario como un delicioso comidrago. Llegó un momento en que soltó una risita, una risita ahogada, que hizo alzar a Marta

el rostro de sufrimiento. Por otro lado, acabó pronto. Se iba, pero volvió, encorvándose y hablando sin cesar, pero sin arrodillarse.

—Esa gran diablesa se burla de madame Mouret y del cura—pensaba la mujer del juez.—Es demasiado astuta para perturbar su propia existencia.

Por fin, madame de Condamin se retiró. Marta la siguió con los ojos, como si esperase a que no estuviera allí. Entonces se apoyó en el confesonario, dejándose caer y golpeando rudamente la madera con las rodillas. Madame Paloque se había acercado, alargando el cuello; pero no vió más que el obscuro traje de la penitente, que se desbordaba ensanchándose. Por espacio de cerca de media hora, nada se movió. Por un momento, creyó la del juez sorprender ahogados sollozos en el tembloroso silencio, entrecortados a veces por un crujido seco del confesonario. Aquel espionaje acabó por aburrirla; no se quedaba más que para ver a Marta cuando saliese.

El Padre Faujas fué el primero en dejar el confesonario, cerrando la puerta con irritada mano. Madame Mouret permaneció algún tiempo aún, inmóvil, encorvada, en la estrecha caja. Cuando se retiró con el velo echado, parecía anonadada. Se le olvidó persignarse.

—Riña tenemos; el Padre no debe de ser bondadoso—murmuró la Paloque, que la siguió hasta la plaza del Arzobispado.

Allí se detuvo, vaciló un instante; después, segura de que nadie la espiaba, se coló furtivamente en la casa en que vivía el Padre Fénil, en una de las esquinas de la plaza.

Marta, a la sazón, vivía en San Saturnino. Cumplía sus deberes religiosos con gran fervor. El mismo Padre Faujas la reñía a veces por la pasión

con que practicaba. No le permitía comulgar más que una vez al mes; regulaba sus horas de ejercicios piadosos, y exigía de ella que no se encerrase en la devoción. La dama le había suplicado mucho tiempo antes que le concediese ir cada mañana a misa. Un día, cuando ella le refería que se había acostado una hora en el helado suelo de su alcoba, para castigarse por una falta, el cura se encolerizó, y le dijo que sólo el confesor tenía derecho a imponer penitencias. La llevaba con gran dureza y la amenazaba con mandarla otra vez al Padre Bourrette si no se humillaba.

—Hice mal en aceptarla a usted—repetía a menudo.—No quiero más que almas obedientes.

Marta se sentía feliz con estos golpes. La mano de hierro que la doblaba, la mano que la retenía al borde de aquella adoración continua en cuyo fondo habría querido anonadarse, la espoleaba con un deseo siempre creciente. Continuaba neófita, y no bajaba sino poco a poco al amor, detenida bruscamente, adivinando otras profundidades, con el arrebató de aquel lento viaje hacia unas alegrías que ignoraba. Aquel gran reposo que antes había notado en la iglesia, aquel olvido de lo exterior y de sí misma, se trocaba en una potencia activa, en una dicha que evocaba, que palpaba. Era la dicha cuyo deseo había sentido vagamente desde su juventud, y que por fin hallaba a los cuarenta años; una dicha que le bastaba, que la inundaba de sus hermosos años muertos, que la hacía vivir como egoísta, dedicada a todas las sensaciones nuevas que se despertaban en ella como caricias.

—Sea usted bueno—decía al Padre Faujas.—Sea usted bueno, porque yo necesito bondad.

Y cuando era bueno, Marta le habría dado gracias de rodillas. Entonces él se mostraba dúctil, le

hablaba paternalmente, le explicaba que era demasiado viva de imaginación. Dios, decía, no quiere que se le adore de esa manera. Ella sonreía, y se tornaba hermosa, joven y ruborizada. Prometía ser buena. Después, en cualquier negro rincón, tenía arranques de fe que la agoviaban; no estaba ya arrodillada, sino que resbalaba, casi sentándose en el suelo, balbuceando ardientes palabras; y cuando las palabras expiraban, continuaba la plegaria con un impulso de todo su ser, con una llamada a aquel beso divino que pasaba por cima de sus cabellos, sin posarse nunca.

Marta, en su casa, se volvió regañona. Hasta entonces se había mostrado indiferente, cansada, feliz cuando su marido la dejaba en paz; pero desde que Mouret pasaba los días en casa, perdida ya su burlona charla, adelgazando y tornándose amarillo, llegaba a desesperarla.

—Siempre le tenemos entre las faldas—decía a la cocinera.

—¡Caramba! Es por maldad—respondía ésta.—En el fondo no es bueno. Y no es hoy cuando lo veo. Lo mismo que ese aire solapado que toma, él, a quien tanto le gusta charlar. ¿Cree usted que no está representando una comedia para darnos lástima? Está rabiando por reñir, pero se mantiene en sus trece, para qué le compadezcamos y hagamos su voluntad. Vaya, señora, que hace usted muy bien en no hacer caso de esos fingimientos.

Mouret ataba corto a las dos mujeres en la cuestión del dinero. No quería disputar, por temor a perturbar más aún su vida. Pero si ya no reñía, chillando y pataleando, aun se vengaba de las tristezas que le asaltaban negando a Marta o a Rosa una moneda de cinco francos. Cien francos

mensuales daba a la cocinera para la comida; el vino, el aceite y las conservas estaban en la casa. Pero era preciso que la cocinera llegara con ellos a fin de mes, so pena de añadir dinero de su bolsillo. En cuanto a Marta, nada tenía; Mouret la dejaba completamente sin un céntimo. Veíase reducida a entenderse con Rosa, a tratar de economizar diez francos de los cien al mes. Con frecuencia no tenía calzado que ponerse. Veíase obligada a ir a su madre para pedirle prestado el dinero de un sombrero o de un vestido.

—¿Pero se ha vuelto loco Mouret?—gritaba madame Rougon.—No es posible que vayas desnuda. Yo le hablaré.

—Se lo ruego a usted, mamá, no lo haga—respondía Marta.—El la detesta a usted. Aun me trataría peor, si supiera que le cuento a usted estas cosas.

Lloraba y añadía:

—Le he defendido mucho tiempo, pero hoy no tengo ya fuerzas para callarme... Recuerde usted cuando no quería siquiera que yo pusiese el pie en la calle. Me encerraba, usaba de mí como una cosa. Ahora, si se muestra tan duro, es porque ve muy bien que me le he escapado y que ya nunca consentiré en ser su criada. Es un hombre sin religión, un egoísta, un desalmado.

—Pero ¿no te pega, al menos?

—No, pero todo llegará. Por ahora se limita a negármelo todo. Hace cinco años que no he comprado camisas. Ayer le enseñé las que tengo; están todas gastadas, y tan llenas de remiendos, que me da vergüenza llevarlas. Las miró, las tocó y me dijo que podían tirar muy bien hasta el año que viene... No tengo un céntimo mío; he de llorar para que me dé un franco. El otro día, tuve que pedir dos sueldos a Rosa para comprar hilo.

He tenido que zurcir los guantes, que estaban rotos por todas partes.

Y refería otros veinte detalles; los puntos que ella misma daba a sus botinas con hilo untado con pez; los lazos que lavaba con té para renovar sus sombreros; la tinta que ponía sobre los deslucidos pliegues de su único traje de seda, para tapar su vejez. Madame Rougon la compadecía, exhortándola a la rebelión. Mouret era un monstruo. Llevaba la avaricia, decía Rosa, hasta contar las peras del granero y los terrones de azúcar del aparador, vigilando las conservas, y comiéndose él mismo los mendrugos de pan de la víspera.

Marta padecía, sobre todo, por no poder dar en las colectas de San Saturnino; escondía monedas de diez sueldos en pedacitos de papel, que guardaba como oro en paño, para la misa mayor de los domingos. Ya, cuando las damas patrocinadoras de la Obra de la Virgen ofrecían algún regalo a la catedral, un copón, una cruz de plata, un estandarte, Marta se sentía llena de vergüenza; esquivaba a las señoras, fingiendo que ignoraba su proyecto. Las señoras la compadecían mucho. Marta habría robado a su marido, si hubiera encontrado la llave del vargueño, de tanto como la torturaba la necesidad de adornar aquella iglesia tan querida. Desgarrábanle las entrañas unos celos de mujer engañada, cuando el Padre Faujas se servía de un cáliz donado por madame de Condamín; al paso que, cuando aquél decía misa sobre el paño de altar que ella había bordado, sentía una alegría inmensa, rezando entre escalofríos, como si algo suyo se hallara bajo las ensanchadas manos del cura. Marta hubiera querido que le perteneciese una capilla entera; soñaba emplear una fortuna en ella, encerrarse allí y recibir a Dios en su casa, para ella sola.

Rosa, que recibía sus confidencias, se ingeniaba para buscarle dinero. Aquel año, hizo desaparecer las frutas más hermosas del jardín y las vendió; también quitó del granero un montón de muebles viejos, de modo que acabó por reunir una suma de trescientos francos, que entregó triunfalmente a Marta. Esta besó a la vieja cocinera.

—¡Ah, qué buena eres!—dijo tuteándola.—Pero... ¿estás segura de que él no ha visto nada? El otro día estuve viendo en la calle de los Orfebres, unas vinajeritas de plata cincelada, muy monas; cuestan doscientos francos... Tú me vas a hacer un favor, ¿verdad? No quiero ir yo misma a comprarlas, porque podrían verme entrar. Di a tu hermana que vaya por ellas; que las traiga de noche, y te las entregue por la ventana de la cocina.

La compra de las vinajeras fué para ella una intriga prohibida, en la que experimentó inmensos goces. Las guardó durante tres días, en el fondo de un armario, escondidas detrás de unos montones de ropa blanca; y, cuando las entregó al Padre Faujas, en la sacristía de San Saturnino, temblaba, balbuceaba. El cura la regañó amistosamente. No le gustaban los regalos, hablaba de dinero con el desdén de un hombre fuerte, que no siente necesidades sino de poder y de dominio. Durante sus dos primeros años de miseria, aun en los días en que su madre y él vivían a pan y agua, no había pensado nunca en pedir prestado diez francos a los Mouret.

Marta encontró un escondrijo seguro para los cien francos que le quedaban. Ella también se volvía avara; calculaba el empleo del dinero, y quería comprar cada mañana una cosa nueva. Mientras estaba vacilando, le dijo Rosa una maña-

na que madame Trouche le quería hablar en secreto. Olimpia, que aun se pasaba horas y horas en la cocina, se había hecho amiga íntima de Rosa, a la cual pedía con frecuencia dos francos, para no tener que subir al segundo piso, los días en que decía habersele olvidado el portamonedas.

—Suba usted a verla—añadió la cocinera.—Estarán ustedes mejor para hablar... Son buenas personas y quieren mucho al señor párroco. Han pasado muchos apuros, muchos. Parte el corazón lo que me ha contado la señora Olimpia.

Marta halló a Olimpia hecha una Magdalena. Eran demasiado buenos, y siempre habían abusado de ellos; y entró en explicaciones sobre sus asuntos de Besançon, en donde la pillería de un socio les había echado encima pesadas deudas. Lo peor era que los acreedores se enfadaban. Acababa de recibir una injuriosa carta, en la cual le amenazaban con escribir al alcalde y al Obispo de Plassans.

—Yo estoy pronta a sufrirlo todo—añadió sollozando.—Pero daría la vida porque mi hermano no se viese comprometido... Ya ha hecho demasiado por nosotros; no quiero hablarle de nada, porque no es rico y le atormentaría en vano... ¡Dios santo! ¿Qué hacer para impedir que ese hombre escriba? Sería morir de vergüenza que llegara una carta semejante a la alcaldía o al obispado. Sí; conozco a mi hermano, y se moriría.

Entonces, los ojos de Marta se llenaron también de lágrimas. Estaba palidísima, y estrechaba las manos de Olimpia. Después, sin que ésta le pidiese nada, le ofreció sus cien francos.

—Poco es, desde luego. Pero si pudiera conjurar el peligro...—dijo con ansiedad.

—Cien francos, cien francos—repetía Olimpia.—No, no; no se contentaría con tan poca cosa.

Marta se desesperó. Juraba que no poseía más. Llegó a hablar de las vinajeras. De no haberlas comprado, habría podido darle trescientos francos. Los ojos de madame Trouche se iluminaron.

—Trescientos francos es precisamente lo que pide—dijo,—habría usted hecho mayor servicio a mi hermano no haciéndole ese regalo, que por otra parte se quedará en la iglesia. ¡Qué cosas tan lindas le regalaban las señoras de Besançon! Y sin embargo, no es hoy más rico que antes. No dé usted nada más, que es un robo. Consúlteme usted a mí. ¡Hay tantas miserias ocultas! No, cien francos no bastarán.

Al cabo de media hora larga de lamentos, cuando vió que Marta no tenía realmente más que cien francos, acabó por aceptarlos.

—Voy a mandarlos para hacer esperar a ese hombre—murmuró.—Pero no nos dejará en paz mucho tiempo... Y sobre todo, se lo ruego a usted; no hable de esto a mi hermano. Se moriría... También es mejor que mi marido ignore estas cosas; es tan orgulloso, que haría tonterías para pagar a usted. Entre mujeres se entiende una mejor.

Marta se sintió muy dichosa al hacer aquel préstamo. Desde entonces tuvo un nuevo desvelo; apartar del Padre Faujas, sin que éste lo sospechara, el peligro que le amenazaba. Con frecuencia subía a casa de los Trouche y pasaba horas enteras con Olimpia, buscando el medio de pagar todas las deudas. Olimpia le había contado que muchos pagarés estaban garantizados por el cura, y que el escándalo sería enorme si llegaran a ser entregados a un procurador de Plassans. La cifra de las deudas era tan crecida, según ella, que estuvo mucho tiempo negándose a decírla y llorando más fuerte cuando Marta la instaba. Por fin, un

día, habló de veinte mil francos. Marta se quedó helada. Nunca encontraría veinte mil francos. Con los ojos fijos, pensaba que tendría que esperar a la muerte de Mouret, para disponer de semejante suma.

—Digo veinte mil francos a ojo—se apresuró a añadir Olimpia, a quien asustó su grave semblante.—Pero nos contentaríamos con poder pagarlos en diez años, en pequeños plazos. Los acreedores esperarían cuanto se quisiera, si supieran que iban a cobrar con regularidad... Es muy triste que no encontremos una persona que tenga confianza en nosotros y que nos haga los pocos adelantos necesarios.

Este era el tema habitual de su conversación. Olimpia hablaba también a menudo del Padre Faujas, a quien parecía adorar. Contaba a Marta íntimas particularidades del cura; éste tenía coquillas, no podía dormir del lado izquierdo; tenía en el hombro derecho un lunar que se ponía colorado en mayo, como un fruto natural. Marta sonreía, sin cansarse nunca de estos detalles; preguntaba a la joven acerca de su infancia y de la de su hermano. Después, cuando volvían a hablar de dinero, se mostraba como loca por su impotencia; llegaba a quejarse amargamente de Mouret, a quien Olimpia, envalentonada, acabó por no llamar ya delante de ella más que "el viejo roñoso". A veces, cuando Trouche volvía de la oficina, las dos mujeres estaban aún allí, charlando; se callaban y cambiaban de conversación. Trouche se mantenía en actitud digna. Las damas patrocinadoras de la Obra de la Virgen, estaban muy contentas de él. No se le veía en ningún café de la ciudad.

Entre tanto, Marta, para acudir en auxilio de Olimpia, que hablaba algunos días de tirarse por la ventana, indujo a Rosa a llevar a casa de un

ropavejero todas las cosas inútiles abandonadas por los rincones. Al principio las dos mujeres eran tímidas; no quitaban, durante las ausencias de Mouret, más que las mesas, y las sillas desvenecijadas; después, la emprendieron con objetos mejores, y vendieron porcelanas, joyas, todo lo que podía desaparecer sin dejar un hueco demasiado grande. Estaban en una pendiente fatal; habrían acabado por llevarse los muebles grandes y por no dejar sino las paredes, si Mouret no hubiera tratado a Rosa un día de ladrona, amenazándola con el comisario.

—¡Yo ladrona, señor!—había gritado la vieja— ¡Mire usted lo que dice!... Todo porque me ha visto usted vender una sortija de la señora! Era mía la sortija; la señora me la había dado, porque no es tacaña como usted. ¿No le da a usted vergüenza dejar a su pobre mujer sin un céntimo? No tiene siquiera zapatos que ponerse. El otro día yo pagué la lechera... Pues sí; he vendido su sortija ¿Y qué? ¿No es suya la sortija? Bien puede convertirla en dinero, ya que usted se lo niega todo... Y yo vendería la casa, ¿lo oye usted? La casa entera. Me da mucha pena verla ir desnuda como un San Juan.

Mouret entonces ejerció una vigilancia extremada; cerró los armarios y guardó las llaves. Cuando Rosa salía, le miraba las manos con desconfianza; le palpaba los bolsillos si creía observar algún bulto sospechoso bajo sus faldas. Compró de nuevo en casa del ropavejero del mercado algunos objetos que colocó en su sitio, limpiándolos, cuidándolos con afectación delante de Marta, para recordarle lo que llamaba "los robos de Rosa". A ésta no la atacaba nunca directamente. Sobre todo, la torturó con una jarra de cristal tallado, vendida en veinte sueldos por la cocinera. Esta, que decía

haberla roto, tenía que sacarla a la mesa, a cada comida. Una mañana, al servir el desayuno, exasperada, la dejó caer delante de él.

—Ahora, señor, está bien rota, ¿verdad?—le dijo riéndosele en las barbas.

Y al despedirla Mouret:

—¡En seguidita!... Hace veinticinco años que le sirvo, señor... La señora se irá conmigo.

Marta, puesta en el disparador, aconsejada por Rosa y por Olimpia, se sublevó al fin. Necesitaba indispensablemente quinientos francos. Hacía ocho días que Olimpia sollozaba, pretendiendo que si no tenía quinientos francos a fin de mes, uno de los pagarés garantizados por el Padre Faujas "iba a ser publicado en un periódico de Plessans". El pagaré publicado, aquella espantosa amenaza que no se explicaba claramente, espantó a Marta y le decidió a osarlo todo. Por la noche, al acostarse, pidió los quinientos francos a Mouret; después, como éste la mirase estupefacto, ella le habló de sus quince años de abnegación, de los quince años pasados por ella en Marsella, detrás de un mostrador, con la pluma en la oreja, los mismos que su dependiente.

—Hemos ganado juntos el dinero—dijo.—Es de los dos. Quiero quinientos francos.

Mouret salió de su mutismo con extrema violencia. Toda su cólera charlatana apareció de nuevo.

—¡Quinientos francos!—gritó.—¿Son para tu párroco?... Ahora me hago el tonto y me callo, porque tendría mucho que decir. Pero no creáis que os burlaréis de mí hasta el final... ¡Quinientos francos! ¿Por qué no la casa? ¡Es verdad que la casa es suya ya! Y quiere dinero, ¿verdad? ¿Te ha dicho que me pidas dinero? ¡Cuando pienso que estoy en mi casa como en un bosque! Acaba-

rán por robarme el pañuelo del bolsillo. Apuesto a que si subo a revolver su cuarto, encontraré todas mis cosas en sus cajones. Me faltan tres calzoncillos, siete pares de calcetines, cuatro o cinco camisas; ayer hice la cuenta. Ya nada es mío; todo desaparece, todo se va... No, ni un céntimo ni un céntimo, ¿te enteras?

—Quinientos francos; la mitad del dinero me pertenece—repitió Marta.

Durante una hora, Mouret tronó, espoleándose a sí mismo, cansándose con gritar veinte veces el mismo reproche. Ya no conocía a su mujer; ésta le amaba antes de la llegada del cura, le escuchaba, se tomaba interés por la casa. Preciso era que los que la impulsaban contra él fuesen unos malvados. Después se le quebró la voz, se dejó caer en un sillón, destrozado, débil como un niño.

—¿Me das la llave del vargueño?—preguntó Marta.

Mouret se levantó poniendo toda su fuerza en un grito supremo.

—¿Quieres tomarlo todo, ¿verdad? ¿Abandonar a tus hijos sobre paja, no dejarnos ni un pedazo de pan? Pues bien, tómalo todo; llama a Rosa para que se llene el delantal. Toma, ahí tienes la llave.

Y le tiró la llave, que Marta escondió bajo la almohada. Estaba palidísima por la riña, la primera violenta que tenía con su marido. Se acostó; él pasó la noche en el sillón. A la madrugada, Marta le oyó sollozar. Le hubiese devuelto la llave, de no haber bajado él al jardín como un loco, aunque aun era de noche.

La paz pareció restablecerse. La llave del vargueño quedaba colgada de un clavo, junto al espejo. Marta, no acostumbrada a ver juntas grandes cantidades, sentía por el dinero una especie de

miedo. Al principio se mostró muy discreta, avergonzada cada vez que abría el cajón, en el que Mouret tenía siempre unos diez mil francos en dinero, para sus compras de vino. Marta tomaba estrictamente lo que le hacía falta. Por otra parte, Olimpia le daba excelentes consejos; puesto que ya tenía la llave, debía mostrarse económica. Al verla temblorosa delante del "gato", llegó a estar algún tiempo sin hablarle de las deudas de Besançon.

Mouret volvió a caer en un sombrío silencio. Había recibido un nuevo golpe, más violento aún que el primero, cuando la entrada de Sergio en el seminario. Sus amigos de la carrera Sauvairé los pequeños rentistas que daban con regularidad un paseito de cuatro a seis, empezaban a preocuparse en serio cuando le veían llegar, con los brazos caídos y atontado aspecto, sin responder apenas, como invadido por un mal incurable.

—Decae, decae—se decían.—A los cuarenta y cuatro, es inconcebible. Acabará por perder la chaveta.

Mouret parecía no comprender las alusiones que perversamente arriesgaban delante de él. Si le preguntaban directamente por el Padre Faujas, se ruborizaba un tanto, respondiendo que era un buen inquilino que pagaba con exactitud. A espaldas suyas, los pequeños rentistas se reían, sentados al sol en algún banco de la carrera.

—No tiene más que lo que se merece, al fin y al cabo—decía un antiguo comerciante en almen dras.—Recuerden ustedes cuán entusiasmado estaba con el cura; él era el que le elogiaba a los cuatro vientos. Hoy, cuando habla de él, pone una cara muy singular.

—Sea como sea—continuaba a media voz un

curtidor retirado.—Mouret no tiene agallas. Yo ya habría tirado al cura por el balcón.

Y todos declaraban, efectivamente, que Mouret no tenía agallas; él, que tanto se había burlado de los maridos manejados por las mujeres.

En la ciudad, tales calumnias, a pesar de la insistencia con que algunos querían divulgarlas, no salían de un círculo pequeño de ociosos y de habladores. Si el cura, negándose a ir a la casa parroquial, se había quedado en la de los Mouret, no podía ser, como él decía, más que por cariño a aquel hermoso jardín, en el que tranquilamente leía su breviario. Su gran piedad, su vida rígida, su desprecio a las coqueterías que se permiten los curas, le hacían superior a toda sospecha. Los miembros del Círculo de la Juventud acusaban al Padre Fénil de querer perderle. Por otra parte, toda la ciudad nueva le pertenecía. Ya no tenía en contra más que al barrio de San Marcos, cuyos nobles habitantes se mantenían reservados cuando le hallaban en los salones de Monseñor Rousselot. No obstante, el cura movía la cabeza cuando la vieja madame Rougon le decía que todo podía osarlo.

—No hay nada sólido aún—le decía.—No domino a nadie. Una paja bastaría para derrumbar todo el edificio.

Marta le inquietaba hacía algún tiempo. Se sentía impotente para calmar aquella fiebre de devoción que la devoraba. La dama se le escapaba, desobedecía, llegaba más allá de lo que él hubiera querido. Aquella señora tan útil, aquella respetada matrona, podía perderle. Había en ella una llama interior que la destrozaba, que le ennegrecía la piel, que le hinchaba los ojos. Era como una enfermedad creciente, un enloquecimiento del ser entero, que iba invadiendo poco a poco el cere-

bro y el corazón. Su rostro se anegaba en éxtasis, sus manos se tendían con temblores nerviosos. A veces una tos seca la estremecía de pies a cabeza, sin que ella pareciera sentirla. Y él se mostraba más duro, rechazando aquel amor que se ofrecía, prohibiéndole que fuese a San Saturnino.

—La iglesia está helada—decía.—Tose usted demasiado. No quiero que se agrave usted.

Ella aseguraba que no era nada, una sencilla irritación de la garganta. Después, se doblegaba, aceptaba aquella prohibición de ir a la iglesia, como un castigo merecido, que le cerraba la puerta del cielo. Sollozaba, se creía condenada, pasaba días vacíos; y a su pesar, como una mujer que vuelve a la ternura prohibida, cuando llegaba el viernes se deslizaba humildemente en la capilla de San Miguel, e iba a apovar su ardorosa frente en la madera del confesonario. No hablaba, y permanecía allí, como anonadada; en tanto que el Padre Faujas, irritado, la trataba brutalmente, como a una mujer indigna. La despedía, y Marta se marchaba consolada, dichosa.

El cura tuvo miedo a las tinieblas de la capilla de San Miguel. Ilijo intervenir al doctor Porquier, quien decidió a Marta a confesar en el pequeño oratorio de la Obra de la Virgen, en el arrabal. El Padre Faujas prometió esperarla allí los sábados, cada quince días. Aquel oratorio, establecido en una gran pieza blanqueada de cal, con cuatro inmensas ventanas, tenía una alegría con la cual contaba el cura para calmar la excitada imaginación de la penitente. Allí, la dominaría, la tornaría esclava sumisa, sin temer un posible escándalo. Por otra parte, para poner freno a los malos rumores, quiso que su madre acompañase a Marta. En tanto que la confesaba, madame Faujas se quedaba a la puerta. La vieja se-

30845



fiara, que no quería perder el tiempo, se llevaba una media que iba haciendo.

—Querida hija—le decía a menudo, cuando volvían juntas a la calle Balande.—Hoy he vuelto a oír a Ovidio hablando más fuerte. ¿No puede usted contestarle? ¿No le quiere usted? ¡Ah! ¡Cómo quisiera yo estar en su lugar, para besarle los pies!... Acabaré por odiarla a usted, si no sabe hacer más que darle pena.

Marta bajaba la cabeza. Sentía vergüenza delante de madame Faujas. No la quería; tenía celos de ella; siempre la hallaba entre ella y el cura. Además, sufría bajo las negras miradas de la anciana señora, que sin cesar encontraba, llenas de recomendaciones extrañas e inquietantes.

El mal estado de la salud de Marta bastó para explicar sus citas con el Padre Faujas en el oratorio de la Obra de la Virgen. El doctor Porquier aseguraba que se limitaba a cumplir sencillamente una de sus recetas. Esta palabra hizo reír mucho a los paseantes de la Carrera.

—Así como así—dijo madame Paloque a su marido, un día en que miraba a Marta bajar por la calle Balande en compañía de madame Faujas,—me gustaría mucho estar en un rinconcito, para ver lo que hace ese párroco con su enamorada... ¡Me hace una gracia cuando habla de su catarro! Como si un catarro impidiera confesarse en una iglesia... Yo también he estado acatarrada, y no por eso he ido a esconderme en las capillas con los curas.

—Haces mal en meterte en los asuntos del Padre Faujas—respondió el juez.—Ya me han advertido. Es hombre a quien hay que tratar bien; tú eres demasiado rencorosa, e impedirás que medremos.

—¡Toma!—repuso ella con acritud.—Me han pisoteado, y me las han de pagar... Tu Padre Faujas es un imbécil de marca mayor. ¿Crees tú que no me lo agradecería el Padre Fénil, si sorprendiera yo al párroco y a su beldad diciéndose ternezas? Muy caro pagaría un escándalo semejante... Déjame a mí, que tú no entiendes de esas cosas.

Quince días más tarde, un sábado, madame Paloque acechó la salida de Marta. Estaba completamente vestida detrás de las cortinas, escondiendo su rostro de monstruo, y atisbando la calle por un agujero de la muselina. Cuando las dos mujeres hubieron desaparecido en la esquina de la calle Taravelle, la Paloque se echó a reír con la boca hendida. No se apresuró; se puso los guantes y se fué despacito por la plaza de la Subprefectura, dando un gran rodeo, y acortando el paso. Al pasar ante el hotelito de madame de Condamín, pensó un momento en subir por ella; pero quizá tuviera escrúpulos. Al fin y al cabo, valía mejor pasar sin testigos y realizar la expedición por sí sola.

—Les he dejado tiempo de llegar a los pecados mortales, y creo que ahora puedo ya presentarme—pensó después de un cuarto de hora de paseo.

Entonces avivó el paso. A menudo iba a la Obra de la Virgen para entenderse con Trouche sobre los detalles de la contabilidad. Aquel día, en vez de entrar en el despacho del empleado, cruzó el corredor, volvió a bajar, y fué directamente al oratorio. Ante la puerta, en una silla, madame Faujas hacía calceta tranquilamente. La mujer del juez había previsto el obstáculo; llegó a la puerta bruscamente, como persona atareada. Pero antes de que hubiera alargado el brazo para volver el pomo, la anciana, que se había levantado, la echó a un lado con vigor extraordinario.

—¿Dónde va usted?—le preguntó con su rudo acento de aldeana.

—Donde necesito—respondió madame Paloque con el brazo dolorido y el rostro convulso de cólera.—Es usted insolente y brutal... Déjeme pasar. Soy tesorera de la Obra de la Virgen, y tengo aquí derecho a entrar en todas partes.

Madame Faujas, en pie, recostada en la puerta, se había puesto bien los lentes, y volvió a su calceta con la más hermosa sangre fría del mundo.

—No—dijo rotundamente.—No entrará usted.

—¡Ah! ¿Y por qué, si puede saberse?

—Porque yo no quiero.

La mujer del juez vió que le había fallado el golpe; la bilis le ahogaba. Se puso espantosa, tartamudeando repitiendo:

—No la conozco a usted, ni sé qué hace usted aquí; podría gritar y hacerla prender, porque usted me ha pegado. Preciso es que ocurran muy feas cosas detrás de esa puerta, para que esté usted encargada de impedir que entren las personas de la casa. Yo soy de la casa, ¿oye usted? Déjeme pasar, o voy a llamar a todo el mundo.

—Llame usted a quien quiera—dijo la vieja encogiéndose de hombros.—Le he dicho que no entrará usted porque yo no quiero, y basta... ¿Sé yo si es usted de la casa? Además, aunque así fuera, me da lo mismo. Nadie puede entrar. Es cosa mía.

Entonces madame Paloque perdió la calma; elevó la voz y gritó:

—No necesito entrar. Me basta. Estoy edificada. Usted es la madre del Padre Faujas, ¿verdad? Bien, bonito está: ejerce usted un lindo oficio. No, no entraré, no quiero méterme en esas inmundicias.

Madame Faujas, dejando la calceta sobre la si-

lla, la miraba al través de los lentes, con sus poderosos ojos, algo encorvada, extendidas las manos, como dispuesta a lanzarse sobre ella, para hacerla callar. Iba ya a hacerlo así, cuando la puerta se abrió bruscamente y el Padre Faujas apareció en el dintel. Estaba de sobrepelliz; su aspecto era de severidad.

—¿Qué es esto, madre? — preguntó. — ¿Qué ocurre?

La anciana bajó la cabeza y retrocedió como un perro que se mete entre las piernas de su amo.

—¿Es usted, querida madame Paloque?—continuó el cura.—¿Deseaba usted hablarme?

La mujer del juez, con un esfuerzo supremo de voluntad, se había puesto sonriente. Respondió con acento terriblemente amable, con agudo sarcasmo:

—¡Cómo! ¿Estaba usted ahí, señor párroco? De haberlo sabido no habría porfiado. Quería ver el paño del altar que no debe de estar ya muy limpio. Ya sabe usted que yo cuido aquí de los pequeños detalles. Pero puesto que está usted ocupado, no quiero molestarle a usted. Siga, siga usted; la casa es suya. La señora no tenía más que decir una palabra, y yo la habría dejado velar por la tranquilidad de usted.

Madame Faujas dejó escapar un gruñido. Una mirada de su hijo la calmó.

—Entre usted—se lo ruego—dijo el cura.—No me molesta usted en modo alguno. Confesaba a madame Mouret, que está algo enferma... Entre. El paño del altar tendrá que cambiarse efectivamente.

—No, no, volveré—repitió.—Siento muchísimo haberle interrumpido. Continúe, continúe, señor cura.

Sin embargo, entró. Mientras miraba con Marta

el paño del altar, el cura riñó a su madre en voz baja.

—¿Por qué le ha detenido usted, madre? No le he dicho a usted que guardara la puerta.

La vieja miraba fijamente hacia adelante, con aire de animal testarudo.

—Antes de entrar habría pasado por cima de mi cuerpo—murmuró.

—¿Pero por qué?

—Porque... Escucha, Ovidio, no te enfades; ya sabes que me matas cuando te enfadas. Me habías dicho que acompañara aquí a la casera, ¿verdad? Pues bien; yo creí que me necesitabas por culpa de los curiosos. De modo que me he sentado ahí. ¡Oh! Te respondo que erais libres de hacer lo que quisierais; nadie hubiera metido la nariz ahí dentro.

El cura comprendió, y le cogió las manos, sacudiéndolas y diciendo:

—¿Cómo, madre? ¿Ha podido usted suponer...?

—¡Oh! No he supuesto nada—respondió ella con sublime indiferencia.—Eres dueño de hacer lo que te plazca, y cuanto haces está bien hecho; mira, eres mi hijo... Yo robaría por tí... y nada más.

Pero él no la escuchaba ya. Había soltado las manos de su madre, y la miraba como perdido en reflexiones que tornaban su rostro más austero y más duro.

—No, jamás, jamás—dijo con áspero orgullo.—Se equivoca usted, madre... Los hombres castos son los únicos fuertes.

## XVI

A los diez y siete años, Deseada seguía riendo con su inocente risa. Estaba hecha una guapa moza, muy gruesa, con brazos y hombros de mujer ya formada. Crecía como una planta fuerte, dichosa por crecer, indiferente a la desgracia que vaciaba y llenaba de sombras la casa.

—No te rías—decía a su padre.—¿Quieres jugar a la comba? Eso sí que es divertido.

Se había apoderado de un cuadro entero del jardín; en él cavaba, plantaba legumbres, regaba. Los trabajos pesados eran su alegría. Después, había querido tener gallinas, que se le comían las legumbres; gallinas a quienes reñía con ternezas de madre. En aquellos juegos, entre la tierra, en medio de los animales, se ensuciaba horrorosamente.

—Está hecha una verdadera rodilla — gritaba Rosa.—No quiero que entre en la cocina, porque la ensucia toda... Vaya, señora, que es usted muy tonta al vestirla bien; yo la dejaría que se revolcara a sus anchas.

Marta, en el trastorno que invadía su ser, acabó por no cuidar siquiera de que Deseada cambiase

el paño del altar, el cura riñó a su madre en voz baja.

—¿Por qué le ha detenido usted, madre? No le he dicho a usted que guardara la puerta.

La vieja miraba fijamente hacia adelante, con aire de animal testarudo.

—Antes de entrar habría pasado por cima de mi cuerpo—murmuró.

—¿Pero por qué?

—Porque... Escucha, Ovidio, no te enfades; ya sabes que me matas cuando te enfadas. Me habías dicho que acompañara aquí a la casera, ¿verdad? Pues bien; yo creí que me necesitabas por culpa de los curiosos. De modo que me he sentado ahí. ¡Oh! Te respondo que erais libres de hacer lo que quisierais; nadie hubiera metido la nariz ahí dentro.

El cura comprendió, y le cogió las manos, sacudiéndolas y diciendo:

—¿Cómo, madre? ¿Ha podido usted suponer...?

—¡Oh! No he supuesto nada—respondió ella con sublime indiferencia.—Eres dueño de hacer lo que te plazca, y cuanto haces está bien hecho; mira, eres mi hijo... Yo robaría por tí... y nada más.

Pero él no la escuchaba ya. Había soltado las manos de su madre, y la miraba como perdido en reflexiones que tornaban su rostro más austero y más duro.

—No, jamás, jamás—dijo con áspero orgullo.—Se equivoca usted, madre... Los hombres castos son los únicos fuertes.

## XVI

A los diez y siete años, Deseada seguía riendo con su inocente risa. Estaba hecha una guapa moza, muy gruesa, con brazos y hombros de mujer ya formada. Crecía como una planta fuerte, dichosa por crecer, indiferente a la desgracia que vaciaba y llenaba de sombras la casa.

—No te rías—decía a su padre.—¿Quieres jugar a la comba? Eso sí que es divertido.

Se había apoderado de un cuadro entero del jardín; en él cavaba, plantaba legumbres, regaba. Los trabajos pesados eran su alegría. Después, había querido tener gallinas, que se le comían las legumbres; gallinas a quienes reñía con ternezas de madre. En aquellos juegos, entre la tierra, en medio de los animales, se ensuciaba horrorosamente.

—Está hecha una verdadera rodilla — gritaba Rosa.—No quiero que entre en la cocina, porque la ensucia toda... Vaya, señora, que es usted muy tonta al vestirla bien; yo la dejaría que se revolcara a sus anchas.

Marta, en el trastorno que invadía su ser, acabó por no cuidar siquiera de que Deseada cambiase

de ropa blanca. A veces la niña iba tres semanas con la misma camisa; las medias que le caían sobre los zapatos agujereados, no tenían ya talones; sus deplorables faldas parecían guñapos de mendiga. Un día, Mouret tuvo que coger una aguja; el cuerpo roto por detrás de arriba abajo, dejaba ver la carne de la niña. Esta se reía al verse medio desnuda, con los cabellos caídos sobre los hombros, negras las manos, sucia la cara.

Marta acabó por sentir una especie de asco. Cuando volvía de misa, conservando en el cabello los vagos perfumes de la iglesia, le desagradaba el poderoso olor de la tierra que exhalaba su hija. En cuanto acababan de almorzar, la mandaba al jardín; no la podía tolerar a su lado, inquieta por aquella salud robusta, por aquella clara risa que con todo se entretenía.

—Dios mío, qué pesada es esta niña!—murmuraba a veces, con mohín de enervado cansancio.

Mouret, al oír la quejarse, le dijo con movimiento de cólera:

—Si te molesta, podremos echarla a la calle, como a los otros dos.

—Bien tranquila me quedaría, si no estuviese aquí—respondió redondamente Marta.

Al terminar el verano, una tarde, se asustó Mouret al no oír ya a Deseada, que pocos minutos antes estaba alborotando horriblemente en el fondo del jardín. Corrió y la encontró en el suelo, caída de una escalera en la que se había subido para coger higos; felizmente, los bojes habían amortiguado su caída. Mouret, espantado, la cogió en brazos, pidiendo socorro. La creía muerta; pero la niña volvió en sí, aseguró que no se había hecho daño y quiso volver a subirse en la escalera.

Entre tanto, Marta había bajado la escalinata. Cuando oyó reír a Deseada se incomodó.

—¡Esa niña me va a matar!—dijo.—No sabe qué inventar para darme disgustos. Estoy segura de que se ha tirado al suelo adrede. Esto es insufrible. Me encerraré en mi cuarto, o saldré por la mañana y no volveré hasta la noche... Sí, sí, riete, tontísima... ¿Es posible haber echado al mundo una tonta semejante? Me vas a costar muy cara.

—¡Eso es verdad!—añadió Rosa que había acudido de la cocina.—Es un gran estorbo, y no hay que pensar en poder casarla.

Mouret, herido en el corazón, las oía, las miraba. No respondió nada, y permaneció en el fondo del jardín con la muchacha. Hasta la caída de la noche, pareció que hablaban dulcemente. Al siguiente día, Marta y Rosa tenían que ausentarse toda la mañana; iban, a una legua de Plassans, a oír misa en una capilla dedicada a San Genaro, a la que todas las devotas de la ciudad iban aquel día en peregrinación. Cuando regresaron, la cocinera se apresuró a servir un almuerzo frío. Marta llevaba ya comiendo unos minutos, cuando se percató de que su hija no estaba allí.

—¿No tiene apetito Deseada?—preguntó.—¿Por qué no almuerza con nosotros?

—Deseada ya no está aquí—dijo Mouret, que dejaba la comida en el plato.—Esta mañana la he llevado a San Eutropio, a casa de su nodriza.

Marta soltó el tenedor, un tanto pálida, sorprendida y ofendida.

—Hubieras podido consultarme—respondió.

Pero Mouret continuó sin responder directamente.

—Ella se encuentra a gusto en casa de su nodriza. La buena mujer, que la quiere mucho, cuidará de ella... Así la niña no te atormentará más, y todo el mundo quedará contento.

Y como Marta permaneciese muda añadió:

—Si la casa no te parece bastante tranquila, dímelo y yo me iré.

Marta se levantó a medias y por sus ojos pasó una centella. Su marido acababa de hierla tan cruelmente, que extendió el brazo, como para tirarle la botella a la cabeza. En aquella naturaleza sumisa tanto tiempo, se elevaban desconocidas furias, un odio creciente contra aquel hombre que sin cesar vagaba en torno de ella, semejante a un remordimiento. Se puso de nuevo a comer con afectación, sin hablar más de su hija. Mouret había doblado su servilleta; permanecía sentado delante de su mujer, oyendo el ruido de su tenedor, lanzando lentas miradas en torno de aquel comedor tan alegre en otro tiempo con el alboroto de los niños, y tan vacío y triste hoy. La estancia le parecía helada. Las lágrimas se le asomaban a los ojos, cuando Marta llamó a Rosa para pedirle el postre.

—¿Tiene usted buen apetito, señora?—dijo la criada sacando una fuente de frutas.—Es que hemos andado de lo lindo... Sí el señor, en lugar de ser un ateo, hubiese venido con nosotras, no habría dejado que usted sola se comiera el resto del gigote.

Y cambió los platos, charlando sin cesar.

—Es muy bonita la capilla de San Genaro, pero es demasiado pequeña. Ya ha visto usted las señoras que han llegado tarde y que han tenido que arrodillarse fuera, sobre la hierba, en pleno sol... Lo que no comprendo es que madame de Condamin haya ido en coche... Así no tiene mérito el ir en peregrinación... Sea como sea, hemos pasado una mañana muy hermosa. ¿Verdad, señora?

—Sí, una hermosa mañana—repitió Marta.—El Padre Mousseau, que ha predicado, ha estado muy conmovedor.

Cuando Rosa se dió a su vez cuenta de la ausencia de Deseada, y cuando supo que la niña había partido, exclamó:

—La verdad es que el señor ha tenido una buena idea... La niña me quitaba todas las cacerolas para regar las verduras... Ahora podremos respirar un poco.

—Sin duda—dijo Marta, mondando una pera.

Mouret se ahogaba. Salió del comedor sin escuchar a Rosa que le gritaba que el café iba a estar listo en seguida. Marta, que se quedó sola en el comedor, terminó la pera tranquilamente.

Madame Faujas bajaba cuando la cocinera sacaba el café.

—Entre usted—le dijo esta última.—Hará usted compañía a la señora, y tomará usted la taza del señor, que se ha escapado como un loco.

La anciana señora se sentó en el sitio de Mouret.

—Yo creía que no tomaba usted café nunca—observó echándose el azúcar.

—Antes no—respondió Rosa.—Cuando el señor tenía los cuartos... Ahora, tonta sería la señora si se privase de lo que le gusta.

Hablaron una hora larga. Marta enternecida, acabó por contar sus penas a madame Faujas; su marido acababa de darle un rafo atroz, a propósito de su hija, a quien había llevado a casa de su nodriza, en un momento de mal humor. Y ella se defendía, asegurando que quería mucho a la niña, y que cualquier día iría por ella.

—Era un poquito alborotadora—insinuó madame Faujas.—Muchas veces la he compadecido a usted... Mi hijo hubiera renunciado a venir al jardín a leer su breviario. La niña le daba dolor de cabeza.

A partir de aquel día, las comidas de Marta y

de Mouret fueron silenciosas. El otoño era muy húmedo; el comedor permanecía melancólico, con los cubiertos aislados, separados por toda la anchura de la gran mesa. La sombra llenaba los rincones; del techo caía frío. Parecía un entierro, según expresión de Rosa.

—Bueno—decía ésta con frecuencia al servir la comida.—No hagan ustedes tanto ruido... A este paso, no hay peligro de que se les caiga a ustedes la campanilla... Esté usted más alegre, señor. Parece que vaya usted siguiendo a un muerto. Acabará usted por hacer enfermar a la señora. No es bueno para la salud el comer sin hablar.

Cuando llegaron los primeros fríos, Rosa, que procuraba congraciarse con madame Faujas, le ofreció su cocina para que guisase. Empezó la cosa por los jarritos de agua que bajaba a calentar la vieja señora; no tenía fuego; y el cura tenía prisa por afeitarse. En seguida le pidió planchas, se sirvió de algunas cacerolas, pidió el asador para asar un gigote; después, como no tenía arriba chimenea dispuesta en conveniente forma, acabó por aceptar los ofrecimientos de Rosa, que encendió fuego de sarmientos como para asar un carnero entero.

—No se moleste usted—repetía dando ella misma vueltas al asador.—La cocina es grande, ¿verdad? Hay sitio de sobra para dos... No sé cómo ha podido usted pasar hasta ahora, guisando en el suelo, delante de la chimenea de su cuarto, en un mal hornillo de hierro... Yo hubiera tenido miedo a un golpe de sangre... También es ridículo el señor Mouret. No se alquila una habitación sin cocina. Preciso es que sean ustedes poco exigentes.

Poco a poco, madame Faujas guisó su almuerzo y su comida en la cocina de los Mouret. En los

primeros tiempos, ella se llevaba el carbón, el aceite, las especias. Después, cuando se olvidó de algo, no quiso la cocinera que subiese a su casa y la obligaba a tomar en el armario lo que le faltaba.

—Mire usted, la manteca está ahí. No nos arruinará lo que coja usted con la punta del cuchillo, ya sabe usted que todo lo de aquí está a su disposición. Si no lo tomara usted, me reñiría la señora.

Entonces se entabló gran intimidad entre Rosa y madame Faujas; la cocinera estaba entusiasmada por tener allí una persona que consentía en escucharla, mientras ella revolvía las salsas. Por otro lado, se entendía a las mil maravillas con la madre del cura, con quien la ponían casi en un pie de igualdad los vestidos de indiana, el rudo rostro, la brutalidad populachera de la anciana. Por espacio de horas enteras picoteaban delante de los apagados fogones. Pronto madame Faujas adquirió absoluto imperio en la cocina; conservaba su actitud impenetrable, no diciendo sino lo que quería decir y haciéndose contar lo que deseaba saber. Ella decidió la comida de los Mouret, probando antes que ellos los platos que les enviaba. Con frecuencia Rosa hacía aparte golosinas destinadas particularmente al cura, manzanas con azúcar, pasteles de arroz, buñolitos. Las provisiones se mezclaban, las cacerolas andaban al retortero y las dos comidas se confundían, hasta el punto de que la cocinera exclamaba riendo, en el momento de servir:

—Diga usted, señora. ¿Son de usted los huevos al plato? Yo ya no sé... Valdría más que comieran ustedes juntos.

El día de todos Santos fué cuando el Padre Faujas almorzó por vez primera en el comedor

de los Mouret. Tenía mucha prisa, debía volver a San Saturnino. Marta, para que perdiera menos tiempo, le hizo sentar a la mesa, diciéndole que su madre no tendría dos pisos que subir. Una semana mas tarde, la costumbre se estableció, y los Faujas bajaban a cada comida, sentándose a la mesa y llegando hasta el café. Los primeros días, las dos cocinas fueron diferentes; después, esto pareció a Rosa "una tontada" diciendo que podría muy bien guisar para cuatro personas, y que ella se entendería con madame Faujas.

—No me dé usted las gracias—añadió.—Ustedes sí que son amables, que bajan a hacer compañía a la señora; ustedes le traen un poco de alegría... Yo no me atrevía ya a entrar en el comedor; me parecía que estaba en casa de un muerto. Estaba tan vacío que daba miedo... Si ahora el señor pone hocicos, peor para él, porque los pondrá él solo.

Roncaba la estufa, y la habitación estaba muy calentita. Fué un invierno encantador. Nunca había puesto Rosa la mesa con manteles más limpios; colocaba la silla al señor párroco cerca de la estufa, de modo que diese la espalda al fuego. Cuidaba particularmente de su vaso, de su cuchillo, de su tenedor; en cuanto el mantel tenía la más pequeña mancha, procuraba que no estuviese en el lado del cura. Además, le prodigaba mil atenciones delicadas.

Cuando iba a servirse un plato que le gustaba, le advertía para que reservase el apetito. A veces, por el contrario, le daba una sorpresa; llevaba la fuente tapada, riéndose solapadamente de las miradas interrogadoras, y diciendo, con reprimido triunfo:

—Esto es para el señor párroco; una cerceta

con aceitunas, como le gustan... Señora, dé usted un filete al señor párroco. El plato es para él.

Marta servía. Insistía, con miradas suplicantes, para que el cura aceptase los pedazos buenos. Siempre empezaba por él; escudriñaba la fuente, en tanto que Rosa, inclinada sobre ella, le indicaba con el dedo lo que creía mejor. Y hasta sostenían cortas disputas respecto a la excelencia de tales o cuales partes de un pollo o de un conejo. Rosa ponía un cojín de alfombra bajo los pies del cura. Marta exigía que éste tuviese su botella de Burdeos y su pan, un pan pequeño y dorado, que cada día encargaba en casa del panadero.

—¡Oh! Nada es demasiado bueno—repetía Rosa cuando el cura les daba las gracias.—¿Quién iba a vivir bien, si los corazones buenos como usted no tuvieran lo necesario? Déjenos usted, que Dios nos pagará su deuda.

Madame Faujas, sentada a la mesa frente a su hijo, sonreía al ver todos estos halagos. Empezaba a querer a Marta y a Rosa; por otra parte, le parecía natural la adoración de ambas, y las consideraba muy dichosas por estar así de rodillas delante de su Dios. Erguida la cabeza, comiendo despacio y en abundancia, como aldeana trabajadora, presidía realmente las comidas, viéndolo todo sin perder bocado, vigilando para que Marta permaneciera en su papel de sirvienta, acariiciando a su hijo con mirada de goce satisfecho. No hablaba más que para decir en dos palabras los gustos del cura o para poner coto a las cortesías negativas que éste arriesgaba algunas veces todavía. A veces se encogía de hombros y le pisaba. ¿Acaso no era suya la mesa? Bien podía comerse la fuente entera, si le agradaba; los otros se contentarían con morder su pan duro mirándole.

En cuanto al Padre Faujas, permanecía indife-



rente a los tiernos cuidados de que era objeto; muy sobrio, comiendo deprisa, con la cabeza en otra parte, con frecuencia no se daba cuenta de las golosinas que le reservaban. Al aceptar la compañía de los Mouret, había cedido a las instancias de su madre; en el comedor de la planta baja, no gozaba más alegría que la de verse libre en absoluto de los cuidados de la vida material. De manera que tenía allí una tranquilidad soberbia, habituado poco a poco a ver adivinados sus menores deseos, no asombrándose ya, no dando ya las gracias, reinando desdeñosamente sobre la dueña de la casa y la cocinera, que espiaban ansiosamente las más pequeñas arrugas de su rostro grave.

Y Mouret, sentado frente a su mujer, quedaba olvidado. Estaba con los puños en el borde de la mesa, como un niño, esperando que a Marta se le ocurriese pensar en él. Marta le servía el último, al azar, escasamente. Rosa, en pie detrás de ella, la avisaba cuando se equivocaba y le ponía un pedazo bueno.

—No, no, esa parte no... Ya sabe usted que al señor le gusta la cabeza, y chupa los huesecillos.

Mouret, achicado, comía con vergüenza de parásito. Comprendía que madame Faujas le miraba cuando se cortaba el pan. Reflexionaba un minuto largo, clavando los ojos en la botella, antes de atreverse a escanciarse el vino. Una vez se equivocó, y tomó tres dedos de Burdeos del párroco. ¡Buena cosa hizo! Por espacio de un mes, Rosa le reprochó aquellos tres dedos de vino. Cuando hacía algún plato de dulce, exclamaba:

—No quiero que el señor lo pruebe... Nunca me ha dirigido el menor cumplido. Una vez, me dijo que la tortilla al ron estaba quemada. Entonces le respondí: "Siempre están quemadas para usted". ¿Oye, señora? No le dé usted al señor.

Además empleaba burlas continuas. Le daba los platos cascados, le ponía entre las piernas una pata de la mesa, le dejaba en la copa la pelusa del trapo, ponía el pan, el vino, la sal, al otro extremo de la mesa. Era el único a quien gustaba la mostaza; él mismo iba a la tienda a comprar los tarros, que la cocinera hacía desaparecer regularmente, con pretexto de que "olía a demonios". La privación de mostaza bastaba para estropearle las comidas. Lo que le desesperaba más todavía, lo que le quitaba del todo el apetito, era que le hubieran quitado su sitio, el sitio que había ocupado siempre, delante de la ventana; ahora se lo daban al cura por ser el más agradable. Ahora, Mouret se sentaba de cara a la puerta; parecíale comer en casa extraña, desde que no podía echar una mirada a sus árboles frutales.

Marta no tenía las acritudes de Rosa; tratábale como a un pariente pobre a quien se tolera; acababa por ignorar que estuviera allí, no dirigiéndole la palabra casi nunca, obrando como si sólo el Padre Faujas diese las órdenes en la casa. Por otra parte, Mouret no se rebelaba; cruzaba algunas frases de cortesía con el cura, comía en silencio, y respondía con lentas miradas a los ataques de la cocinera. Después, como era siempre el primero en acabar, doblaba la servilleta metódicamente y se retiraba, con frecuencia antes de los postres.

Rosa decía que rabiaba por dentro. Cuando hablaba con madame Faujas en la cocina, le explicaba de cabo a rabo cómo era su amo.

—¡Oh! Yo le conozco muy bien, y nunca me ha asustado... Antes de que ustedes viniesen aquí, la señora temblaba delante de él, porque siempre estaba gritando y echándose de hombre terrible. Nos fastidiaba de lo lindo; siempre le tenía-

mos encima, nada le parecía bien, en todo se metía, para demostrar que él era el amo... Ahora está como un cordero, ¿verdad? Pues es porque la señora se le ha subido a las barbas. ¡Oh! Si fuera bravo, si no temiera cualquier contrariedad, buenas las tendríamos. Pero tiene demasiado miedo a su hijo de usted; sí, tiene miedo al señor párroco... A ratos, parece que se vuelve imbécil. Al fin y al cabo, puesto que no molesta ya, puede ser como guste ¿verdad, señora?

Madame Faujas respondía que el señor Mouret le parecía un hombre dignísimo; su único defecto era no ser religioso. Pero con seguridad que más tarde volvería a la senda del bien. Y la anciana se apoderaba lentamente de la planta baja, yendo de la cocina al comedor, trotando por el corredor y por el vestíbulo. Mouret, cuando la encontraba, recordaba el día de la llegada de los Faujas, cuando, vestida con un raído traje negro, sin soltar el cesto que sujetaba con ambas manos, asomaba la cabeza en cada habitación, con la tranquila soltura de una persona que visita una casa en venta.

Desde que los Faujas comían en la planta baja, el segundo piso pertenecía a los Trouche. Estos se tornaban alborotadores; rodar de muebles, pataleos, estallidos de voces, bajaban por las puertas abiertas y vueltas a cerrar violentamente. Madame Faujas, que se hallaba charlando en la cocina, levantaba la cabeza con aire inquieto. Rosa, para arreglarlo, decía que la pobre de madame Trouche estaba muy mala. Una noche, el cura, que no se había acostado aún, oyó en la escalera un ruido extraño. Salió con la palmatoria, y vió a Trouche abominablemente borracho, subiendo los peldaños de rodillas. Le levantó con su robusto brazo, y le entró a empujones en su casa. Olimpia,

acostada, leía tranquilamente una novela, bebiendo a sorbitos un "grog" puesto sobre la mesa de noche.

—Escuchadme—dijo el Padre Faujas, lívido de cólera.—Mañana por la mañana haréis las maletas y os largaréis.

—¡Toma! ¿Y por qué?—preguntó Olimpia sin turbarse.—Estamos muy bien aquí.

Pero el cura la interrumpió rudamente.

—¡Calla! ¡Eres una desgraciada! No has procurado nunca más que hacerme daño. Nuestra madre tenía razón; yo no debí sacaros de la miseria... Ahora tengo que recoger a tu marido en la escalera. Es una vergüenza. Y piensa en el escándalo, si le vieses en ese estado... Os marcharéis mañana.

Olimpia se había sentado para beber un sorbo de grog.

—¡Ca! ¡Estás fresco!—dijo entre dientes.

Trouche se reía. Tenía el vino alegre. Había caído sobre un sillón, contentísimo, entusiasmado.

—No nos enfademos—tartamudeó.—No es nada; un pequeño aturdimiento, por culpa del aire, que es muy fresco. Además, son tan raras las calles en esta pijotera ciudad... Oígame usted, Faujas... Son muchachos muy simpáticos... Está allí el hijo del doctor Porquier... ¿Conoce usted al doctor Porquier?... Pues nos vemos en el café, detrás de la cárcel... Le mantiene una arlesiana, una gran mujer, una morenaza...

El cura, con los brazos cruzados, le miraba con aspecto terrible.

—No; se lo aseguro, Faujas; hace usted mal en odiarme... Ya sabe usted que yo soy hombre bien educado, y que conozco las conveniencias... De día no tomaría ni un vaso de jarabe, por miedo a comprometerle... En fin, desde que estoy aquí, voy a la oficina como si fuese a la escuela, con

tortas de confitura en un cestito; también es estúpido ese oficio... Me encuentro estúpido, sí, palabra de honor; y si no fuera por favorecer a usted... Pero por la noche me parece que no me ven. Puedo pasearme por la noche. Me sienta muy bien... Reventaría si siguiese encerrado. Además, no hay nadie por las calles, que son tan raras...

—¡Borracho!—dijo el cura entre los apretados dientes.

—¿No quiere usted hacer las paces? Tanto peor, querido. Yo soy buen muchacho, pero no me gustan los hocicos.... Si no le agrada a usted, le planto y le dejo con sus santurronas... Sólo la pequeña Condamin es bonita, y aun así vale más la arlesiana... Ya puede usted abrir los ojos, que no le necesito a usted. Mire. ¿Quiere que le preste cien francos?

Y sacó unos billetes, que extendió sobre sus rodillas, riendo a carcajadas; después los arrolló, los pasó ante la nariz del cura, los tiró al aire. Olimpia, de un salto, se levantó medio desnuda; recogió los billetes, que escondió bajo el almohadón, con aire contrariado. Entre tanto, el Padre Faujas miraba en torno, sorprendidísimo; veía botellas de licor, colocadas sobre la cómoda; un pastel casi entero en la chimenea, confites en una caja vieja medio rota. La alcoba estaba llena de compras recientes; trajes tirados sobre las sillas; una pieza de encaje deslizada, un redingote soberbio y nuevo, colgado en la falleba de la ventana; una piel de oso extendida delante de la cama. Al lado del grog, en la mesa de noche, un relojito de mujer, de oro, relucía en una copa de porcelana:

—¿A quién habrán desvalijado?—pensó el cura. Entonces recordó haber visto a Olimpia besando las manos de Marta.

—¡Pero desgraciados!—exclamó.—¿Robáis?

Trouche se levantó. Su mujer le envió de un empujón a caer sobre el canapé.

—Estate quieto—le dijo.—Duerme, que ya te hace falta.

Y volviéndose a su hermano:

—Es la una, y puedes dejarnos dormir, si tienes algo desagradable que decirnos. Mi marido ha hecho mal en alumbrarse, es verdad; pero esa no es razón para maltratarle... Ya hemos tenido varias explicaciones, y es menester que ésta sea la última; ¿oyes, Ovidio? Somos hermanos, ¿verdad? Pues bueno, ya te lo he dicho, hemos de repartir... Tú te refocilas abajo, haces que te sirvan cosas buenas, vives como un bienaventurado entre la casera y la criada... Eso es cosa tuya. Nosotros no te vamos a mirar el plato ni a sacar el bocado de la boca. Te dejamos hacer lo te convenga. De manera que no nos atormentes, y déjanos la misma libertad... Me parece que soy muy razonable...

Y como el cura hiciese un ademán:

—Sí, ya comprendo — prosiguió ella. — Temes siempre que te estropeemos tus planes... Lo mejor para evitarlo es que nos dejes en paz. Día vendrá en que digas: "¡Ah! Si yo lo hubiese sabido, os habría dejado donde estábais." No, no eres fuerte, a pesar de todos tus alardes. Nosotros tenemos los mismos intereses que tú; estamos en familia, y nos podemos abrir camino todos juntos. Si tú quisieras, sería muy fácil... Anda a acostarte. Mañana reuniré yo a Trouche; te lo enviaré y tú le darás órdenes.

—Sin duda—murmuró el borracho, que se dormía. Faujas es gracioso... Yo no quiero a la casera sino sus escudos.

Entonces, Olimpia se echó a reír descaradamente, mirando a su hermano. Se había vuelto a acostar, arreglándose cómodamente, recostada en el almoha-

dón. El cura, un tanto pálido, reflexionaba; después se fué sin decir palabra, en tanto que ella volvía a recoger la novela y Trouche roncaba en el canapé.

Al día siguiente, el serenado Trouche tuvo una larga conversación con el Padre Faujas. Cuando volvió al lado de su mujer, le dijo en qué condiciones se había ajustado la paz.

—Oye, querido mío—le dijo ella.—Conténtale y haz bien lo que te pida; sobre todo, procura serle útil, ya que él te proporciona los medios... Cuando está aquí yo me envalentono, pero, en el fondo, sé, que si le ponemos en el disparador, nos echaría a la calle como perros. Y yo no quiero irme. ¿Estás seguro de que nos conservará a su lado?

—Sí nada temas—respondió el marido.—Nos necesita, y nos dejará hacer nuestro agosto.

A partir de aquel momento, Trouche salió todas las noches, a cosa de las nueve, cuando estaban desiertas las calles. Contaba a su mujer que iba al barrio antiguo a hacer propaganda por el cura. Por otro lado, Olimpia no era celosa; se reía, cuando Taouche le contaba algo escabroso; ella prefería las diversiones a solas, las copitas tomadas a hurtadillas, los pastelillos comidos en secreto, las largas veladas pasadas en el calorcillo de la cama, devorando un gabinete de lectura descubierto por ella en la calle de Canquoin. Trouche volvía razonablemente borracho; en el vestíbulo se quitaba los zapatos, para subir la escalera sin hacer ruido. Cuando había bebido demasiado, cuando apeataba a pipa y a aguardiente, su mujer no le quería a su lado, y le obligaba a dormir en el canapé. Entonces había una lucha sorda, silenciosa. El volvía con la obstinación de la borrachera, se aferraba a los cobertores; pero vacilaba, se caía, y Olimpia acababa por hacerle rodar como masa inerte.

Si Trouche gritaba, su mujer le echaba las manos al cuello, mirándole fijamente, y diciéndole a media voz:

—Ovidio te oye... Ovidio va a venir...

Entonces Trouche cogía miedo, como un niño a quien se habla del lobo; después, se dormía, mascullando excusas. Por otra parte, en cuanto salía el sol, se avergonzaba como hombre grave, borra de su jaspeado rostro las vergüenzas de la noche, y se ponía una corbata que, según su expresión, le daba "aspecto clerical". Por delante de los cafés pasaba bajando los ojos. En la Obra de la Virgen se le respetaba. A veces, cuando las muchachas jugaban en el patio, Trouche levantaba una punta de la cortina, y las miraba con aire paternal, con cortas llamaradas que relucían bajo sus medio cerrados párpados.

Los Trunche sentían aún respeto por madame Faujas. La hija y la madre estaban en disputa continua; una quejándose de haber sido siempre sacrificada a su hermano, y la otra tratándola de bestia dañina a quien hubiera debido aplastar en la cuna. Mordiendo la misma presa, se vigilaban, sin soltar el pedazo, furiosas, inquietas por saber cuál de las dos se llevaría la mejor parte. Madame Faujas quería toda la casa; hasta los escombros defendía de las ganchudas garras de Olimpia. Cuando se percató de las grandes sumas que ésta sacaba de los bolsillos de Marta, se puso terrible. Al ver que su hijo se encogía de hombros como hombre que desprecia tales miserias, y que se ve obligado a cerrar los ojos, tuvo a su vez una espantosa explicación con su hija, a quien llamó ladrona, como si le hubiera quitado el dinero de su propio bolsillo.

—Bueno, mamá; ya basta, ¿sabe?—dijo Olimpia perdiendo la paciencia.—Creo que no se trata de

dinero de usted. Yo no hago más que pedir dinero, y no hago que me mantengan.

—¿Qué quieres decir, mala sarna? — balbuceó madame Faujas en el colmo de la exasperación.— ¿No pagamos nuestras comidas? Pregunta a la cocinera, que te enseñará nuestro libro de cuentas.

Olimpia lanzó una carcajada.

—¡Oh, muy bonito!—exclamó.—Ya conozco yo el tal libro. Ustedes pagan los rabanillos y la manteca, ¿verdad?... Mire usted, mamá; quédese usted en la planta baja, que yo no voy a molestarla a usted. Pero no suba usted a marearme, o gritaré. Ya sabe usted que Ovidio ha prohibido que se alborote.

Madame Faujas volvía a bajar rugiendo. La amenaza de escandalizar le obligaba a batirse en retirada. Olimpia, por burla, canturreaba detrás de ella. Pero, cuando estaba en el jardín, su madre se vengaba, yendo siempre detrás de ella, mirándole las manos, espíandola. No la toleraba ni en la cocina ni en el comedor. La había indispuerto con Rosa, por causa de una cacerola prestada y no devuelta. Sin embargo, no osaba atacarla en la amistad de Marta, por miedo a un escándalo, en el que el cura hubiera pagado las consecuencias.

—Puesto que tan poco cuidas de tus intereses—dijo un día a su hijo,—yo sabré defenderlos por ti; no temas, seré prudente... Si yo no estuviera aquí, tu hermana te quitaría el pan de las manos.

Marta no se daba cuenta del drama que se anudaba a su alrededor. La casa le parecía sencillamente más animada desde que toda aquella gente llenaba el vestíbulo, la escalera, los corredores. Parecía el estrépito de un hotel, con el ahogado ruido de las riñas, los portazos, la vida personal y sin trabas de cada huésped, la ardiente cocina, en la que Rosa parecía la encargada de mantener a una

mesa redonda. Después había una procesión continua de proveedores. Olimpia, cuidándose las manos, no quería ya lavar la vajilla, y todo se lo hacía traer de fuera, de casa de un pastelero de la calle de la Banne, que preparaba comidas. Y Marta sonreía, sintiéndose deliciosa con aquel bullicio de la casa entera; no le gustaba ya estar sola, y necesitaba distraer la fiebre que le devoraba.

Entre tanto, Mouret, como para huir de aquel bullicio, se encerraba en la habitación del primer piso, que llamaba su despacho; había vencido su repugnancia a la soledad; ya no bajaba casi al jardín y desaparecía desde por la mañana hasta por la noche.

—Quisiera saber qué hace allá dentro—decía Rosa a madame Faujas.—No se le oye rebullir. Parece muerto. Si se esconde, digo yo, es que no tiene nada bueno que hacer.

Cuando llegó el verano, la casa se animó más aún. El Padre Faujas recibía a las tertulias del subprefecto y del presidente, en el fondo del jardín, bajo la glorieta. Rosa, por orden de Marta, había comprado una docena de sillas rústicas, para que pudieran tomar el fresco, sin sacar siempre las sillas del comedor. La costumbre estaba establecida. Cada martes, por la tarde, las puertas del callejón permanecían abiertas; los señores y las damas iban a saludar al señor cura, como vecinos, con sombreros de paja, en zapatillas, con los redingotes desabrochados, con las faldas levantadas con alfileres. Los visitantes llegaban uno a uno; después, las dos tertulias acababan por hallarse completas, mezcladas, confundidas, regocijándose, comadreando con la mayor intimidad.

—¿No teme usted—dijo un día el señor de Bourdeu al señor Rastoil,—que estos encuentros con

los tertulios de la subprefectura sean mal juzgados?... Se acercan las elecciones generales.

—¿Por qué iban a ser mal juzgados?—respondió el señor Rastoil.—Nosotros no vamos a la subprefectura; estamos en terreno neutral... Además, en este jardín no hay la menor ceremonia. Yo voy con mi americana de dril. Esto es vida privada. Nadie tiene derecho a juzgar lo que yo hago en la parte trasera de mi casa... En la delantera, es cosa distinta; en la delantera pertenecemos al público... En la calle, Péqueur y yo ni siquiera nos saludamos.

El señor Péqueur des Saulaies es hombre que gana mucho una vez conocido—insinuó el antiguo prefecto después de una pausa.

—Sin duda—replicó el presidente;—y yo me he alegrado muchísimo de conocerle... Y ¡qué bella persona es el Padre Faujas! No, no temo a la maledicencia al ir a saludar a nuestro excelente vecino.

El señor de Bourdeu, desde que se aproximaban las elecciones generales se ponía inquieto; decía que los primeros calores le fatigaban mucho. A menudo sentía escrúpulos, confiaba dudas al señor Rastoil, para que éste le tranquilizara. Por otra parte, en el jardín de los Mouret nunca se hablaba de política. Una tarde, el señor de Bourdeu, después de buscar en vano una transición, exclamó, dirigiéndose al doctor Porquier.

—Diga usted, doctor, ¿ha leído usted el "Monitor" esta mañana? El marqués ha hablado; ha pronunciado trece palabras; yo las he contado. Ha tenido un gran éxito de risas.

El Padre Faujas había levantado un dedo, con aspecto de maliciosa bondad.

—Política no, señores, política, no—murmuró. El señor Péqueur des Saulaies hablaba con el se-

ñor Rastoil; ambos fingieron no haber oído. Madame de Condamin sonrió, y dijo interpelando al Padre Surin:

—¿No es verdad, señor cura, que le almidonan a usted los sobrepellices con goma muy clara?

—Sí, señora, con agua de goma—respondió el joven sacerdote.—Hay planchadoras que se sirven del almidón; pero no vale nada, y corta la tela.

—Pues bien—repuso la joven.—Yo no puedo conseguir que mi planchadora emplee la goma en mis enaguas.

Entonces el Padre Surin le dió galantemente el nombre y las señas de su planchadora, escritas al dorso de una de sus tarjetas de visita. Así se hablaba de trajes, del tiempo, de las cosechas, de lo acontecimientos de la semana. Se pasaba allí una hora deliciosa. Las partidas de volante, en el callejón, cortaban conversaciones. El Padre Baurrette iba con gran frecuencia, refiriendo con entusiasmo historietas de santos, que el señor Maffre escuchaba hasta el fin. Una sola vez madame Delangre se había encontrado con madame Rastoil, ambas muy finas, muy ceremoniosas, y conservando en sus apagados ojos la brusca llama de su antigua rivalidad. El señor Delangre no se prodigaba. En cuanto a los Paloque, si bien seguían yendo a la subprefectura, evitaban hallarse allí cuando el señor Péqueur des Saulaies iba a visitar al Padre Faujas; la mujer del juez estaba perpleja desde su desgraciada expedición al oratorio de la Obra de la Virgen. Pero el personaje que se mostraba más asiduo era ciertamente el señor Condamin, siempre admirablemente enguantado; iba allí a burlarse de la gente, mintiendo, soltando inmundicias por la boca con aplomo extraordinario, divirtiéndose toda la semana con las intrigas que había olfateado. Aquel anciano, tan rígido en su en-

tallado redingote, tenía la pasión de la juventud; burlándose de los "viejos", se aislaba con las señoritas de la tertulia, se desternillaba de risa en los rincones.

—¡Por aquí, juventud!—decía sonriendo.—Dejemos solos a los viejos.

Un día había estado a punto de vencer al Padre Surin en una formidable partida de volante. La verdad es que tomaba el pelo a toda la gente joven. Sobre todo había escogido como víctima al hijo de Rastoil, muchacho inocente a quien contaba bolas enormes. Acabó por acusarle de hacer la corte a su mujer, y ponía unos ojos terribles, que hacían sudar de angustia al desdichado Severino. Y lo peor fué que éste se creyó realmente enamorado de madame de Condamin, ante la cual se plantaba con mohines tiernos y azorados, que divertían al marido extraordinariamente.

Las señoritas de Rastoil, con las cuales mostraba el conservador de aguas y bosques una galantería de viudo joven, eran también el tema de sus más crueles bromas. Aunque ya frisaban con los treinta, las impulsaba a juegos infantiles, les hablaba como a colegialas. Su gran deleite era estudiarlas, cuando Luciano Delangre, el hijo del alcalde, se encontraba allí. Llamaba aparte al doctor Porquier, hombre que todo lo escuchaba, y le murmuraba al oído, aludiendo al antiguo enredo de Delangre con madame Rastoil:

—Mire usted, Porquier; ahí tiene usted un muchacho azorado... ¿Es Angelina, es Aurelia la de Delangre?... Adivínalo si puedes, y si te atreves, escoge.

Entre tanto, el Padre Faujas se mostraba amable con todos los visitantes, incluso con aquel terrible Condamin, tan comprometedor. Se eclipsaba lo más posible, hablaba poco, dejaba que las dos

tertulias se fusionasen, y parecía no sentir más que la alegría discreta de un amo de casa, feliz al ser un lazo de unión entre personas distinguidas, creadas para comprenderse. Marta, por dos veces, había creído poner a los visitantes a sus anchas, presentándose. Pero sufría al ver al cura en medio de tanta gente; esperaba a que estuviese solo, pues le prefería grave, andando lentamente en el sosiego de la glorieta. Los Trouche, cada martes, volvían a su insidioso espionaje, detrás de las cortinas; en tanto que madame Faujas y Rosa, en el fondo del vestíbulo, alargaban la cabeza, admirando con entusiasmo la buena gracia con que el señor párroco sabía recibir a las personas más distinguidas de Plassans.

Vaya, señora—decía la cocinera.—En seguida se ve que es persona distinguida... Mírelo usted; ahora saluda al subprefecto. A mí me gusta más el señor párroco, aunque el subprefecto sea más guapo... ¿Por qué no va usted al jardín? Yo en su lugar, me pondría un traje de seda y me presentaría. Al fin y al cabo, es usted su madre.

Pero la vieja aldeana se encogía de hombros.

—No se avergüenza de mí—respondía.—pero yo temería contrariarle... Prefiero mirarle desde aquí. Me da más gusto.

—Ah, ya lo entiendo. Debe usted de estar muy orgullosa. No es como el señor Mouret, que había condenado la puerta para que nadie entrara. Ni una visita ni una comida, el jardín tan solo, que daba miedo de noche. Vivíamos como lobos. Verdad es que el señor Mouret no habría sabido recibir; ponía una cara, cuando por casualidad venía alguien... Dígame si no tendría que tomar modelo del señor párroco. En lugar de encerrarme, yo bajaría al jardín, me divertiría como los demás; en una palabra, ocuparía mi puesto... Pues no señor;

él está allá arriba, escondido como quien teme que le den sarna... Y a propósito, ¿quiere usted que subamos a ver lo que hace?

Un martes subieron. Aquel día, las dos tertulias estaban muy alegres; las risas entraban por las abiertas ventanas, en tanto que un proveedor, que llevaba a los Trouche un cesto de botellas de vino, hacía en el segundo un gran ruido de vajilla rota, al coger las botellas vacías. Mouret estaba en su despacho, encerrado con doble llave.

—La llave no me deja ver—dijo Rosa, después de aplicar el ojo a la cerradura.

—Espere—murmuró madame Faujas.

Delicadamente dió vuelta al extremo de la llave, que sobresalía un poco. Mouret estaba sentado en el centro de la habitación, ante la gran mesa vacía, cubierta de espesa capa de polvo, sin un papel, sin un libro; estaba apoyado en el respaldo de la silla, con los brazos colgando, la cabeza blanca y fija, perdida la mirada. No se movía.

Las dos mujeres le examinaron en silencio, una tras otra.

—Me ha dado frío—dijo Rosa al bajar.—¿Se ha fijado usted en sus ojos? ¡Y qué suciedad! Hace dos meses que no ha puesto una pluma sobre la mesa... ¡Yo que me figuraba que estaba ahí dentro escribiendo... ¡Cuando pienso que está la casa tan alegre, y que él se divierte haciéndose el muerto, completamente solo!...

## XVII

La salud de Marta ocasionaba inquietudes al doctor Porquier. Este conservaba su sonrisa afable, la trataba como médico de la buena sociedad para quien la enfermedad no existe nunca, y que da una receta como prueba un traje una modista; pero cierto frunce de sus labios decía que la "querida señora" no tenía sólo una ligera tos de sangre, como procuraba persuadirle. En el buen tiempo, le aconsejó que se distrajese, que diera paseos, pero en coche, sin cansarse. Entonces Marta asaltada cada día más por una angustia vaga, por la necesidad de distraer sus nerviosas impacencias, organizó paseos a los pueblos vecinos. Dos veces por semana, partía después del almuerzo, en una vieja calesa repintada que le alquilaba un cochero de Plassans; recorría en ella dos o tres leguas, de modo que estuviera de vuelta hacia las seis. Su acariciado sueño era llevar consigo al Padre Faujas; no había consentido en seguir la prescripción del doctor sino con tal esperanza; pero el cura, sin negarse abiertamente, siempre pretextaba estar ocupado. Marta tenía que contentarse con la compañía de Olimpia o de madame Faujas.



él está allá arriba, escondido como quien teme que le den sarna... Y a propósito, ¿quiere usted que subamos a ver lo que hace?

Un martes subieron. Aquel día, las dos tertulias estaban muy alegres; las risas entraban por las abiertas ventanas, en tanto que un proveedor, que llevaba a los Trouche un cesto de botellas de vino, hacía en el segundo un gran ruido de vajilla rota, al coger las botellas vacías. Mouret estaba en su despacho, encerrado con doble llave.

—La llave no me deja ver—dijo Rosa, después de aplicar el ojo a la cerradura.

—Espere—murmuró madame Faujas.

Delicadamente dió vuelta al extremo de la llave, que sobresalía un poco. Mouret estaba sentado en el centro de la habitación, ante la gran mesa vacía, cubierta de espesa capa de polvo, sin un papel, sin un libro; estaba apoyado en el respaldo de la silla, con los brazos colgando, la cabeza blanca y fija, perdida la mirada. No se movía.

Las dos mujeres le examinaron en silencio, una tras otra.

—Me ha dado frío—dijo Rosa al bajar.—¿Se ha fijado usted en sus ojos? ¡Y qué suciedad! Hace dos meses que no ha puesto una pluma sobre la mesa... ¡Yo que me figuraba que estaba ahí dentro escribiendo... ¡Cuando pienso que está la casa tan alegre, y que él se divierte haciéndose el muerto, completamente solo!...

## XVII

La salud de Marta ocasionaba inquietudes al doctor Porquier. Este conservaba su sonrisa afable, la trataba como médico de la buena sociedad para quien la enfermedad no existe nunca, y que da una receta como prueba un traje una modista; pero cierto frunce de sus labios decía que la "querida señora" no tenía sólo una ligera tos de sangre, como procuraba persuadirle. En el buen tiempo, le aconsejó que se distrajese, que diera paseos, pero en coche, sin cansarse. Entonces Marta asaltada cada día más por una angustia vaga, por la necesidad de distraer sus nerviosas impacencias, organizó paseos a los pueblos vecinos. Dos veces por semana, partía después del almuerzo, en una vieja calesa repintada que le alquilaba un cochero de Plassans; recorría en ella dos o tres leguas, de modo que estuviera de vuelta hacia las seis. Su acariciado sueño era llevar consigo al Padre Faujas; no había consentido en seguir la prescripción del doctor sino con tal esperanza; pero el cura, sin negarse abiertamente, siempre pretextaba estar ocupado. Marta tenía que contentarse con la compañía de Olimpia o de madame Faujas.

Una tarde, al ir con Olimpia al pueblecito de las Tullettes, y al pasar por delante de la pequeña finca del tío Macquart, éste la vió y la llamó desde lo alto de su terraza, en la que se veían plantados dos morales.

—¿Y Mouret? ¿Por qué no ha venido Mouret?

Marta tuvo que detenerse un instante en casa del tío, al que tuvo que explicar largamente que estaba enferma y que no podía comer con él. Macquart quería de todos modos matar un pollo.

—No importa—dijo al fin.—Lo mataré y tú te lo llevarás.

Y fué a matarlo en seguida. Cuando volvió con el pollo, lo extendió sobre el poyo de piedra de delante de la casa, murmurando con aire entusiasmado:

—¿Eh? Está gordo, el muy granuja.

El tío estaba justamente bebiéndose una botella de vino bajo los morales, en compañía de un muchachón, flaco, vestido todo de gris. Había decidido a las dos mujeres a sentarse, sacando sillas, haciendo los honores de su casa con risita de satisfacción.

—¿Estoy bien aquí? verdad?... Mis morales son hermosísimos. En verano fumo la pipa al fresco. El invierno me siento allá, junto a la pared, al sol... ¿Ves mis legumbres? El gallinero está en el fondo. Tengo también un pedazo de tierra detrás de la casa, con patatas y alfalfa... ¡Caramba! Me vuelvo viejo, y es hora de que disfrute un poco.

Se frotaba las manos, moviendo dulcemente la cabeza y mirando su finca con ternura. Pero un pensamiento pareció ponerle sombrío.

—¿Hace mucho tiempo que no has visto a tu padre?—preguntó bruscamente.—Rougon no es amable... Ahí a la izquierda, está para vender un campo de trigo. Si él hubiera querido, los dos lo

habríamos comprado. Un hombre que nada en dinero... ¿qué le importaba? Una mezquina suma de tres mil francos, creo... Pero no ha querido. La última vez, hasta hizo que tu madre me dijera que no estaba... Ya verás como no serán felices.

Y repitió varias veces, moviendo la cabeza y recobrando su risa maligna.

—No; no serán felices.

Después fué por unos vasos, pues quería en absoluto que las dos mjerres probaran su vino. Era el vinillo de San Eutropio, un vino que él había descubierto; lo bebía con religión. Marta se humedeció apenas los labios. Olimpia acabó de vaciar la botella. En seguida aceptó un vaso de jarabe. El vino era muy fuerte, decía.

—¿Y qué tal te va con tu párroco?—preguntó de repente el tío a la sobrina.

Marta, sorprendida, molesta, le miró sin responder.

—Me han dicho que te ata muy corto—continuó el tío ruidosamente.—Esos sotanas no desean otra cosa... Cuando me lo contaron, respondí que Mouret se lo tenía muy merecido. Yo le había avisado... Yo te lo plantaría en la calle. Mouret no tiene más que venir a pedirme consejo, y si quiere, yo le ayudaré. Nunca he podido sufrir esos bichos... Conozco uno, el Padre Fénil, que tiene una casa al otro lado de la calle. No es ese mejor que los otros; es más malo que un mico, y me divierte. Creo que no se lleva muy bien con tu párroco, ¿verdad?

Marta se había puesto palidísima.

—La señora es hermana del Padre Faujas—dijo señalando a Olimpia, que escuchaba con curiosidad.

—Lo que he dicho no concierne a la señora—re-

puso el tío sin desconcertarse.—La señora no se enfada... Va a tomar otro poquito de jarabe.

Olimpia consintió que le echara tres dedos de jarabe. Pero Marta se había levantado, quería irse. El tío la obligó a visitar su propiedad. En el extremo del jardín, se detuvo, contemplando una gran casa blanca, edificada en el declive, a algunos centenares de metros de las Tullettes. Los patios interiores se parecían a los de una cárcel; las estrechas ventanas, regulares, que marcaban líneas negras en las fachadas, daban al cuerpo del centro una desnudez descolorida de hospital.

—Es la casa de los alienados—murmuró el tío, que había seguido la dirección de los ojos de Marta.—Ese muchacho que estaba conmigo, es uno de los guardianes. Somos muy amigos, y de cuando en cuando viene a que nos bebamos una botella.

Y volviéndose al hombre vestido de gris, que terminaba el vaso bajo los morales:

—¡Eh, Alejandro!—gritó.—Ven y di a mi sobrina cuál es la ventana de nuestra pobre vieja.

Alejandro se acercó complaciente.

—¿Ve usted esos tres árboles?—dijo extendiendo el dedo, como si trazara un plano en el aire.—Pues algo encima del de la izquierda, debe usted de ver una fuente, en un rincón del patio... Siga usted la ventana de la planta baja, a la derecha; es la quinta ventana.

Marta permanecía silenciosa, blancos los labios, y con los ojos clavados a su pesar en aquella ventana que le enseñaba. El tío Macquart miraba también, pero con una complacencia que le hacía entornar los ojos.

—A veces la veo—dijo.—por las mañanas, cuando el sol da al otro lado. Está muy bien, ¿verdad, Alejandro? Es lo que les digo siempre, cuando voy

a Plassans... Aquí estoy muy bien colocado para velar por ella. No sería posible estar mejor.

Y dejó escapar su risita de satisfacción.

—Ya ves, hija mía; la cabeza de los Macquart no es más firme que la de los Rougon. Cuando me siento en este sitio, frente a esa pícara casa, me digo muchas veces que quizá venga un día toda la casta, ya que está mamá en ella... A Dios gracias, yo no temo por mí, que tengo la sesera en su sitio. Pero conozco algunos que... Pues bueno; yo estaré aquí para recibirles, les veré desde mi casa, y los recomendaré a Alejandro, y eso que no siempre se ha portado bien conmigo la familia.

Y añadió con su espantosa sonrisa de lobo acomodado:

—Es una suerte para todos vosotros que esté yo en las Tullettes.

Marta se puso a temblar. Aunque conocía la afición del tío por las bromas feroces y la alegría que tenía al torturar a las personas a quienes llevaba consejo, parecíale que decía verdad, y que toda la familia acabaría por ser alojada allí, en aquellas hileras grises de ventanuchas. No quiso quedarse un instante más, a pesar de las instancias de Macquart, que hablaba de descorchar otra botella.

—Bueno, ¿y el pollo?—gritó en el momento en que Marta subía al coche.

Corrió por él y se lo puso en las rodillas.

—Es para Mouret; ¿oyes? Cuando vaya yo a verle, le preguntaré qué tal le ha sabido.

Entornaba los ojos mirando a Olimpia. El cochero iba a partir, cuando Macquart se aferró de nuevo al carruaje, continuando:

—Vé a casa de tu padre, y háblale del campo de trigo... Mira, es ese que está delante nosotros... Rougon hace mal. Somos perros demasiado viejos

para enfadarnos. Sería peor para él, y él ya lo sabe... Hazle comprender que hace mal.

La calesa partió. Olimpia, al volverse, vió a Macquart bajo los morales, riendo con Alejandro, y descorchando aquella otra botella de que había hablado. Marta recomendó expresamente al cochero que no pasara más por las Tullettes. Por otra parte la fatigaban aquellos paseos; los fué haciendo más raros, y los abandonó por completo cuando comprendió que el Padre Faujas no consentiría nunca en acompañarla.

Una mujer nueva completamente, nacía en Marta. Se había afinado por la vida nerviosa que llevaba. Su tontería burguesa, aquella pesada paz adquirida en quince años de somnolencia detrás de un mostrador, parecía fundirse en la llama de su devoción. Se vestía mejor, y los jueves hablaba en casa de los Rougon.

—Madame Mouret se rejuvenece—decía madame de Condamín maravillada.

—Sí—murmuraba el doctor Porquier moviendo la cabeza.—Vive retrocediendo.

Marta, más delgada, con las mejillas rosadas y los ojos soberbios, ardientes y negros, tuvo entonces por espacio de algunos meses una belleza singular. Su rostro irradiaba; un gasto extraordinario de vida emanaba de todo su ser, envolviéndola en una vibración cálida. Parecía que su olvidada juventud ardiera en ella, a los cuarenta años, con esplendor de incendio. Ya desbocada en los rezos, arrebatada por un deseo incesante, desobedecía al Padre Faujas. Se estropeaba las rodillas sobre las losas de San Saturnino, vivía en lo cánticos, en las adoraciones, se consolaba delante de las radiantes custodias, de las iluminadas capillas, de los altares y de los engalanados curas, que ponían resplandores de astros en el fondo

negro de la nave. Advertíase en ella una especie de apetito físico de aquellas glorias, un apetito que la torturaba, que la hundía el pecho y le vaciaba el cráneo, cuando no lo satisfacía. Sufría demasiado, se moría, y le era preciso ir en busca del alimento de su pasión, hundirse en los cuhicheos del confesonario, encorvarse bajo el poderoso estremecimiento de los órganos, desmayarse en el espasmo de la comunión. Entonces no sentía ya nada, el cuerpo no le dolía. Sentíase arrebatada a la tierra, agonizante sin sufrimientos, convertida en una pura llama que se consumía de amor.

El Padre Faujas redoblaba su severidad, la contenía aún tratándola con dureza. Marta le admiraba por aquel despertar apasionado, por aquel ardor con que amaba y moría. Con frecuencia la interrogaba de nuevo sobre su infancia. Fué a casa de madame Rougon, y estuvo algún tiempo perplejo, descontento de sí mismo.

—La casera se queja de ti—le decía su madre.—¿Por qué no la dejas que vaya a la iglesia cuando quiera? Haces mas en contrariarla. Es muy buena para nosotros.

—Se está matando—respondía el cura.

Madame Faujas se encogía de hombros con su ademán habitual.

—Eso es cosa suya. Cada cual encuentra placer en lo que le parece. Vale más que se mate rezando que no de una indigestión, como esa pica-rona de Olimpia. Muéstrate menos severo con madame Mouret. Si no, la casa acabará por parecerle imposible.

Un día en que le daba estos consejos, dijo el párroco con sombría voz:

—Madre, esa mujer será el obstáculo.

—¡Ella!—exclamó la vieja aldeana.—¡Si te adora, Ovidio!... Harás de ella lo que quieras en

cuanto dejes de reñirla. En los días de lluvia te llevaría en brazos desde aquí a la catedral, para que no te mojaras los pies.

El Padre Faujas comprendió también la necesidad de no emplear más la rudeza. Temía un fracaso. Poco a poco, dejó mayor libertad a Marta, permitiéndole los encierros, los largos rosarios, los rezos repetidos ante cada estación del camino de la cruz; hasta le permitió ir dos veces por semana a su confesonario de San Saturnino. Marta, no oyendo ya aquella voz terrible que le acusaba de su piedad como de un vicio vergonzosamente satisfecho, pensó que Dios le había hecho gracia. Por fin entró en las delicias del paraíso. Tuvo enternecimientos, lágrimas inagotables que lloraba sin sentir las fluir; crisis nerviosas de las que salía debilitada, desvanecida, como si toda su vida se hubiera escapado a lo largo de sus mejillas. Rosa la llevaba entonces a su cama, en la que permanecía horas enteras con los labios adelgazados y los entreabiertos ojos de una muerta.

Una tarde la cocinera, asustada por su inmovilidad, creyó que expiraba. No pensó en llamar a la puerta de la estancia en que estaba Mouret encerrado; subió al segundo piso, y suplicó al Padre Faujas que bajara al lado de su ama. Cuando el cura entró allí, en la alcoba, Rosa corrió por éter, dejándolo solo frente a aquella mujer desmayada, echada de través sobre el lecho. El se contentó con coger entre las suyas las manos de Marta. Entonces, ésta se movió, repitiendo palabras deshilvanadas. Luego, cuando le hubo conocido, al verle en pie, le subió al rostro una oleada de sangre, colocó bien la cabeza sobre la almohada, e hizo un ademán como para taparse con los cobertores.

—¿Está usted mejor, hija querida?—le pregun-

tó el cura.—Me inquieta usted mucho.

Con la garganta oprimida, sin poder responderle, Marta prorrumpió en sollozos, dejando caer la cabeza en los brazos del cura.

—No sufro; soy demasiado feliz—murmuró con voz débil como un soplo.—Déjeme llorar; las lágrimas son mi alegría. ¡Ah! ¡Qué bueno es usted por haber venido! Hace mucho rato que le esperaba, que le llamaba...

Su voz se debilitaba cada vez más, hasta llegar a convertirse en un murmullo de ardiente plegaria.

—¿Quién me dará alas para volar hacia usted? Mi alma, alejada de usted, impaciente por impregnarse de usted, sin usted languidece, le desea con ardor y por usted suspira... ¡Oh, mi Dios, mi único bien, mi consuelo, mi dulzura, mi tesoro, mi dicha, mi vida, mi Dios, mi todo...

Sonreía al balbucear este jirón del acto de deseo. Juntaba las manos y parecía ver la grave cabeza del Padre Faujas rodeada de una aureola. El cura había conseguido siempre detener la confesión en los labios de Marta; tuvo miedo un instante, y desasíó vivamente los brazos. Y, manteniéndose en pie:

—Sea usted juiciosa, yo le quiero—dijo con autoridad.—Dios rechazará sus homenajes si no se los dirige usted con la razón calmada... Ahora es preciso que se cuide.

Rosa volvía desesperada por no haber encontrado el éter. El cura se sentó junto al lecho, repitiendo a Marta con dulce voz:

—No se atormente usted. Su amor conmovió a Dios. Cuando llegue la hora, bajará a usted, llenándola de eterna felicidad.

Cuando salió de la alcoba, dejó a Marta radian-

te, como resucitada. A partir de aquel día, la moldeó como blanda cera.

Marta llegó a serle muy útil, en algunas misiones delicadas cerca de madame Condamin; también frecuentó asiduamente a madame Rastoil, bastando un simple deseo que expresó el cura. Mostraba obediencia absoluta, no tratando de comprender, repitiendo lo que él le pedía. Ni siquiera tomaba él la menor precaución delante de ella; le enseñaba en crudo la lección, sirviéndose de ella como de una mera máquina. Si él se lo hubiera ordenado, Marta habría pedido limosna por la calle. Y cuando se ponía inquieta, cuando tendía las manos hacia él, henchido el pecho, hinchados los labios de pasión, el cura la derribaba con una sola palabra, la aplastaba bajo la voluntad del cielo. Nunca se atrevió a hablarle Marta. Entre ella y el cura existía una muralla de cólera y de repugnancia. Cuando salía él de las cortas luchas que tenía que sostener con ella, se encogía de hombros, lleno del despecho de un luchador detenido por un niño. Se lavaba, se cepillaba, como si a su pesar hubiese tocado un animal inmundo.

—¿Por qué no usas la docena de pañuelos que te dió madame Mouret?—le preguntaba su madre.—Sería tan feliz la pobre si los viera en tus manos! Un mes pasó bordando, y respondía:

—No, madre; úselos usted. Son pañuelos de mujer. Echan un olor que no puedo soportar.

Si Marta se doblegaba ante el cura, si no era más que una cosa de él, se agriaba cada día más, tornándose regañona en los mil pormenores de la vida. Rosa decía que nunca había visto así a su señora. Pero su odio crecía sobre todo contra su marido. La vieja levadura de rencor de los Rougon despertaba frente a aquel hijo de una Macquart, de aquel hombre a quien acusaba de ser

el tormento de su vida. Abajo, en el comedor, cuando madame Faujas u Olimpia bajaban a hacerle compañía, no disimulaba y llenaba a Mouret de reproches.

—¿Cuando pienso que me ha tenido veinte años como un empleado, con la pluma en la oreja, entre un barril de aceite y un saco de almendras... Nunca un gusto, un regalo... Me ha quitado mis hijos. Es capaz de huir cualquier día, para hacer creer que yo le hago imposible la vida. Felizmente están ustedes aquí, y dirán la verdad en todas partes.

También caía sobre Mouret sin provocación ninguna. Todo lo que él hacía, sus miradas, sus ademanes, las raras palabras que pronunciaba, la ponían fuera de tino. Ni verle podía ya sin sentirse como sublevada por un furor inconsciente. Las riñas estallaban sobre todo al final de las comidas, cuando Mouret, sin aguardar los postres, doblaba su servilleta y se levantaba en silencio.

—Bien podrías esperar a levantarte al mismo tiempo que todos—le decía con acritud.—Es muy poco fino lo que haces.

—He acabado y me voy—respondía él con lentitud.

Pero Marta veía en aquella retirada cotidiana una táctica preconcebida por su marido para ofender al Padre Faujas. Entonces perdía toda mesura.

—Eres un mal educado, y me avergüenzas... ¡Oh! ¡Feliz sería yo contigo si no hubiera encontrado amigos que se dignan consolarme de tus brutalidades! Ni siquiera sabes estar con decencia en la mesa. No me dejas hacer ni una comida tranquila. Quédate ¿me oyes? Si no comes, nos verás comer.

Mouret acababa de doblar la servilleta con toda tranquilidad, como si no hubiera oído, y se iba lentamente. Se le oía subir la escalera y encerrarse

con doble llave. Entonces Marta se ahogaba balbuceando:

—¡Oh, monstruo!... Me mata, me mata...

Era preciso que madame Faujas la consolara. Rosa corría al pie de la escalera, gritando con toda su alma, para que Mouret la oyera al través de la puerta:

—¡Es usted un monstruo, señor! ¡Razón tiene la señora al decir que es usted un monstruo.

Ciertas riñas, particularmente, fueron violentísimas. Marta, cuya razón vacilaba, se figuraba que su marido quería pegarle; esta fué una idea fija. Pretendía que él la acechaba, que esperaba una ocasión. No se atrevía, decía ella, porque nunca la encontraba sola; por la noche, temía que gritase, que pidiese socorro. Rosa juró que había visto al señor esconder un grueso bastón en su despacho. Madame Faujas y Olimpia no tuvieron la menor dificultad en creer tales historias; compadecían a su casera, se la disputaban, se constituían en sus guardianas. "Ese salvaje", como llamaban a Mouret, no la trataría brutalmente en presencia de ellas. Por la noche, le encargaban que fuera con ellas, si él se movía. La casa no vivió ya sino en continua alarma.

—Es capaz de un mal golpe—afirmaba la cocinera.

Aquel año, siguió Marta las ceremonias religiosas de Semana Santa con gran fervor. El viernes, en la negra iglesia, agonizaba, en tanto que los cirios, uno por uno, se apagaban bajo la lamentable tempestad de las voces que rodaban en el fondo de las tinieblas de la nave. Parecíale que su aliento se extinguía con aquellas luces. Cuando se extinguió el último cirio, y el muro de sombras, ante ella, quedó implacable y cerrado, Marta se desmayó, con los costados oprimidos, vacío el

pecho. Una hora permaneció acurrucada en su silla en actitud orante, sin que las mujeres arrodilladas a su alrededor se dieran cuenta de aquel ataque. Cuando volvió en sí, la iglesia estaba desierta. Soñaba que le daban disciplinazos, que sus miembros manaban sangre; tenía tan intolerables dolores en la cabeza, que se llevaba a ellas las manos, como para arrancar las espinas cuyas púas sentía en el cráneo. Por la noche, durante la comida, estuvo muy rara. La conmoción nerviosa persistía; volvía a ver, cerrando los ojos, las moribundas almas de los cirios que huían en la negrura; examinaba maquinalmente sus manos, buscando los agujeros por donde había huído su sangre. Toda la Pasión sangraba en ella.

Madame Faujas, al verla sufriendo, quiso que se acostase temprano. La acompañó, la metió en cama. Mouret, que tenía una llave de la alcoba, se había retirado ya a su despacho, donde pasaba las veladas. Así que Marta, con los cobertores hasta la barba, dijo que tenía calor, que se encontraba mejor, madame Faujas habló de apagar la vela, para que durmiese tranquilamente; pero la enferma se incorporó asustada, suplicante:

—No, no apague usted la luz; póngala sobre la cómoda, que yo la vea... Me moriría en las tinieblas.

Y con los ojos agrandados como temblorosa por el recuerdo de un esantoso drama:

—¡Es horrible, horrible!—murmuró más bajo, con aterradora piedad.

Volvió a caer sobre la almohada, pareció atargarse, y madame Faujas salió de puntillas de la alcoba. Aquella noche, todos estaban acostados a las diez. Rosa, al subir, observó que Mouret estaba aún en su despacho. Miró por la cerradura, y le vió dormido sobre la mesa, al lado de una

vela de cocina, cuyo lúgubre pábilo se carbonizaba.

—Peor para él; no lo despierto—dijo subiendo más.—Que le dé un torticolis, si quiere.

Hacia la media noche dormía la casa profundamente cuando se oyeron gritos en el primer piso. Al pronto fueron quejas sordas, que pronto se trocaron en verdaderos aullidos, en llamadas ahogadas y roncadas de víctima a quien se degüella. El Padre Faujas, que despertó sobresaltado, llamó a su madre. Esta apenas tuvo tiempo de echarse una falda. Fué a llamar a la puerta de Rosa, diciendo:

—Baje pronto; creo que asesinan a madame Mouret.

Entre tanto, los gritos aumentaban. Pronto estuvo en pie toda la casa. Olimpia salió con los hombros cubiertos con sólo una pañoleta, y seguida de Trouche, que acababa de entrar un tanto borracho. Rosa bajó, seguida por los demás inquilinos.

—¡Abra usted, abra usted, señora!—gritó, perdida la cabeza y golpeando la puerta con el puño.

Sólo le respondieron grandes suspiros; después, cayó un cuerpo, pareció empeñarse en el suelo una lucha atroz, en medio de los derribados muebles. Sordos golpes estremecían las paredes; por debajo de la puerta salía tal estertor, que los Faujas y los Trouche se miraron palideciendo.

—Es que su marido la mata—murmuró Olimpia.

—Tiene usted razón, es ese salvaje—dijo la cocinera.—Le vi al subir... fingiendo que dormía. Preparaba el golpe.

Y golpeando de nuevo la puerta con ambos puños, gritó:

—¡Abra usted, señor! Llamaremos a la policía

si no abre... ¡Ah! ¡Maldito! ¡acabará en el patíbulo.

Entonces, volvieron a empezar los gritos. Trouche decía que el bribón debía de estar sangrando a la pobre señora como a un pollo.

—Pero no podemos contentarnos con llamar.—dijo adelantándose el Padre Faujas.—Esperen.

Apoyó en la puerta uno de sus robustos hombros, y la abrió con esfuerzo lento y continuo. Las dos mujeres se precipitaron a la alcoba, donde se ofreció a sus ojos el más extraño espectáculo.

En el centro de la habitación, en el suelo, yacía Marta, jadeante, desgarrada la camisa, la piel, ensangrentada de rasguños, magullada a golpes. Sus sueltos cabellos se habían enredado en la pata de una silla; sus manos debían de haberse agarrado a la cómoda con fuerza tal, que el mueble estaba atravesado ante la puerta. En un rincón, Mouret, en pie, con la palmatoria en la mano, la miraba retorcerse en el suelo, con aire alelado.

Fué preciso que el Padre Faujas retirara la cómoda.

—¡Es usted un monstruo!—gritó Rosa enseñando los puños a Mouret.—¡Poner a una mujer en ese estado!... Y habría acabado con ella si no llegamos a tiempo...

Madame Faujas y Olimpia rodeaban solícitas a Marta.

—¡Pobre amiga! —murmuraba la primera.—Esta noche tenía un presagio... Estaba asustadísima.

—¿Dónde le duele a usted?—preguntaba la otra.—¿No tiene usted nada roto? Miren el hombro lleno de cardenales; en la rodilla tiene un rasguño enorme... Cálmese usted. Estamos nosotros aquí, y la defenderemos.

Marta gimoteaba ya como un niño. En tanto



que las dos mujeres la examinaban, olvidando que había hombres allí, Trouche lanzaba solapadas miradas al cura, que, sin afectación, acababa de arreglar los muebles. Rosa ayudó a volverla a acostar. Cuando estuvo en la cama, anudado el cabello, todos se quedaron un instante, estudiando curiosamente la alcoba, fijándose en detalles. Mouret había permanecido en pie en el mismo rincón, sin dejar la palmatoria, como petrificado por lo que había visto.

—Les aseguro—balbuceó,—que no le he hecho daño, que ni con un dedo la he tocado.

—¡Oh! Hace un mes que esperaba usted la ocasión—gritó Rosa exasperada.—Ya lo sabemos, y bastante que le hemos vigilado a usted... La señora esperaba sus malos tratos. Mire, no mienta, que me pone usted fuera de mí.

Las otras mujeres, si bien no se creían autorizadas para hablar como Rosa, le lanzaban miradas amenazadoras.

—Les aseguro—repitió Mouret con voz suave,—que no le he pegado. Venía a acostarme... Cuando toqué la vela que estaba sobre la cómoda, se despertó sobresaltada; extendió los brazos lanzando un grito, y empezó a golpearse la frente con los puños y a arañarse todo el cuerpo...

La cocinera movió la cabeza de un modo terrible.

—¿Por qué no ha abierto usted?—preguntó.—Bien fuerte hemos pegado.

—Les aseguro que no he sido yo—dijo de nuevo Mouret con más dulzura aún.—Yo no sabía qué le pasaba. Se ha tirado al suelo, se mordía, daba saltos que derribaban los muebles. No me he atrevido a pasar; estaba como imbécil. Dos veces les he gritado a ustedes que entraran, pero no han debido ustedes de oirme, porque ella gri-

ta demasiado fuerte. He tenido mucho miedo. No soy yo, se lo aseguro a ustedes.

—¿Es ella la que se ha pegado, verdad?—preguntó Rosa riendo con sarcasmo.

Y añadió, dirigiéndose a madame Faujas:

—Habrá tirado el palo por la ventana, al oírnos llegar.

Mouret, dejando al fin la palmatoria sobre la cómoda, se había sentado, con las manos apoyadas en las rodillas. No se defendía ya; miraba estúpidamente a aquellas mujeres medio vestidas, que agitaban los delgados brazos delante del lecho. Trouche había cruzado una mirada con el Padre Faujas. El pobre hombre les parecía poco feroz, en mangas de camisa, con un pañuelo amarillo atado alrededor de la cabeza. Se acercaron y examinaron a Marta, que, con el rostro convulso, parecía salir de un sueño.

—¿Qué pasa, Rosa?—preguntó.—¿Qué hace aquí tanta gente? Estoy rendida. Diles que me dejen tranquila, hazme el favor.

Rosa vaciló un momento.

—Su marido está en la alcoba, señora—murmuró.—¿No teme usted quedarse sola con él?

Marta la miró asombrada.

—No, no—respondió.—Váyanse, tengo mucho sueño.

Entonces, las cinco personas salieron de la habitación, dejando a Mouret sentado, extraviada la vista y fija en la cama.

—No podrá cerrar otra vez la puerta—dijo la cocinera al subir.—Al primer grito, la echo abajo, y me tiro encima. Voy a acostarme vestida. ¿Han visto ustedes cómo mentía la buena señora, para no comprometer a ese salvaje? Se dejaría matar sin acusarle. ¿Qué cara de hipócrita, verdad?

Las tres mujeres hablaron un instante, en el

rellano del segundo piso, con las palmatorias en la mano, mostrando la sequedad de sus huesos bajo las mal prendidas pañoletas; concluyeron diciendo que no había suplicio bastante grande para un hombre como aquel. Trouche, que había subido el último, murmuró riendo detrás del Padre Faujas:

—Aun está regordeta la casera. Pero no debe de ser agradable una mujer que se revuelca como un bicho por el suelo.

Se separaron. La casa volvió a entrar en su gran silencio, y la noche acabó con sosiego. Al día siguiente, cuando las tres mujeres quisieron hablar de la espantosa escena, hallaron a Marta sorprendida, como avergonzada y cortada; no respondía, y desviaba la conversación. Esperó que no hubiera nadie allí para mandar por un obrero que arreglara la puerta. Madame Faujas y Olimpia se dijeron que quería no hablar más para evitar el escándalo.

A los dos días, día de Pascua, Marta gozó en San Saturnino todo un despertar ardiente, con las alegrías triunfantes de la resurrección. Las tinieblas del viernes eran barridas por una aurora; la iglesia se hundía, blanca, embalsamada, iluminada como para divinas nupcias; las voces de los niños de coro tenían agudos sonos de flauta; y ella, en medio de aquel cántico de alegría, se sentía levantada por un goce más terrible aún que sus angustias por la crucifixión. Volvió a casa con ojos ardorosos, con la voz ronca; hizo transcurrir la velada, hablando con una alegría no común en ella. Cuando subió a acostarse, Mouret estaba ya en la cama. Y hacia la media noche, aterradores gritos estremecieron de nuevo la casa.

La escena de la antevíspera se renovó; sólo que al primer puñetazo dado en la puerta, Mouret

fué a abrir, en camisa, con el rostro desencajado. Marta, completamente vestida, llorando amargamente, tumbada boca abajo, se destrozaba la cabeza contra la pata de la cama. El cuerpo de su traje parecía arrancado; en su cuello medio desnudo se veían dos magulladuras.

—Esta vez habrá querido extrangularla—murmuró Rosa.

Las mujeres la desnudaron. Mouret, después de abrir la puerta se había vuelto a la cama, temblando, pálido como un difunto. No se defendió y pareció no oír siquiera los insultos, desapareciendo, hundiéndose entre las sábanas.

Desde entonces, tales escenas ocurrieron con irregulares intervalos. La casa no vivía ya sino temiendo algún crimen; al menor ruido, los inquilinos del segundo saltaban de la cama. Marta evitaba siempre las alusiones; de ningún modo quería que Rosa pusiese un catre para Mouret en el despacho. Al romper el día, parecía llevarse hasta el recuerdo del drama de la noche.

Entretanto, en el barrio se esparcía poco a poco el rumor de que en casa de los Mouret ocurrían cosas raras. Contábase que el marido mataba a golpes a su mujer todas las noches. Rosa había hecho jurar a madame Faujas y a Olimpia que no dijeran nada, puesto que su señora parecía querer callarse; pero ella misma, con sus alardes de compasión, por sus alusiones y reticencias, había contribuido a formar en casa de los tenderos la leyenda que circulaba. El carnicero, un guasón, pretendía que Mouret pegaba a su mujer porque la había encontrado con el cura; pero la frutera defendía a la "pobre señora", un cordero sin mancha, incapaz de ninguna "barbaridad"; en tanto que la panadera veía en el marido "a uno de esos hombres que maltratan a la mujer por gusto". En

el mercado no se nombraba ya a Marta más que con los ojos en blanco, con las palabras mimosas que se emplean con un niño enfermo. Cuando Olimpia iba a comprar una libra de cerezas o de fresas, la conversación recaía inevitablemente sobre los Mouret. Durante un cuarto de hora, se oía una oleada de palabras tiernas.

—¿Y en su casa de usted?

—No me hable usted. Lloro como una Magdalena... Da lástima. Preferible sería verla muerta.

—El otro día me compró alcachofas; tenía la mejila hecha un dolor.

—¡Oh! Si él la aporrea... ¡Y si vieran su cuerpo, como yo lo he visto!... No es más que una llaga... Cuando está en el suelo le da puntapiés... Yo temo siempre encontrarla con la cabeza aplastada, cuando bajamos de noche.

—No debe de ser agradable para ustedes el vivir en esa casa. Yo me mudaría. Me pondría mala, si cada noche asistiera a tales horrores...

—¿Y qué sería de esa desgraciada? Es tan buena, tan dulce... Nos quedamos por ella... ¿A cinco sueldos, verdad, la libra de cerezas?

—Sí, cinco sueldos. ¡Ah! Usted tiene constancia y buen corazón.

Aquella historia del marido que aguardaba la media noche para caer sobre su esposa con un palo, estaba sobre todo destinada a apasionar a las comadres del mercado. Cada día aumentaban la historia con detalles espantosos. Una devota afirmaba que Mouret era un poseído, que cogía a su mujer por el cuello con los dientes, con tanta fuerza que el Padre Faujas tenía que hacer tres cruces en el aire con el pulgar izquierdo para obligarle a soltar su presa. Entonces, añadía, Mouret caía inerte al suelo, y de su boca salía una rata negra que desaparecía, sin que se pudiera des-

cubrir en el suelo el menor agujero. El pescadero de la esquina de la calle Taravelle aterró al barrio al emitir la opinión de que "aquel bandido había sido mordido tal vez por un perro rabioso".

Pero la leyenda encontraba incrédulos entre las personas de viso de Plassans. Cuando llegó a la Carrera Sauvaire, divirtió la mar a los pequeños rentistas, alineados sobre los bancos, tomando el tibio sol de mayo.

—Mouret es incapaz de pegar a su mujer—decían los retirados vendedores de almendras.—Parece que le han dado cañazo; ni siquiera viene ya a pasear... Su mujer es la que debe de ponerle a pan y agua.

—No se puede decir nada—respondía un capitán retirado.—Conocí a un oficial de mi regimiento a quien su mujer abofeteaba por un quitame allá esas pajas. Así llevaban diez años. Un día se le ocurrió darle puntapiés; él se puso furioso... por poco la ahoga... Quizá a Mouret no le gusten los puntapiés.

—Menos le gustan los curas sin duda—terminaba riendo una voz.

Madame Rougon fingió ignorar algún tiempo el escándalo que ocupaba a la ciudad. Seguía sonriente, evitando comprender las alusiones hechas delante de ella. Pero un día, después de una larga visita que le había devuelto el señor Delangre, llegó a casa de su hija, asustadísima, llorosa.

—¡Ah, hija adorada!—dijo abrazando a Marta.—¿Qué acaban de decirme? ¿Llegaría tu marido a alzarte la mano? ¿Son mentiras, verdad? Yo he dado el mentís más formal. Conozco a Mouret. Es mal educado pero no malo.

Marta se ruborizó; sintió la turbación, la vergüenza que experimentaba cada vez que se hablaba del asunto en su presencia.

—¡Oh, no será la señora la que se queje!—exclamó Rosa con su ordinario atrevimiento.—Hace mucho tiempo que habría ido yo a avisar a usted, de no temer que la señora me riñera.

La vieja dama dejó caer las manos, con aspecto de inmensa y dolorosa sorpresa.

—¿Conque es verdad?—murmuró.—¿Te pega?... ¡Ah, canalla!

Se echó a llorar.

—¡Haber llegado a mis años para ver cosas semejantes! Un hombre a quien colmamos de beneficios a la muerte de su padre, cuando sólo era un empleadillo en casa... Fué Rougon el que quiso vuestra boda. Además, nunca se ha portado bien con nosotros; vino a retirarse a Plassans para pasarnos por las narices los cuatro sueldos que había ganado. A Dios gracias, nosotros no le necesitábamos; éramos más ricos que él y eso le tenía enojado. Es una alma mezquina; y es tan celoso, que siempre se ha negado a poner los pies en mi salón; habría reventado de envidia... Pero no te dejaré con semejante monstruo, hija mía. Felizmente, tenemos leyes.

—Cálmese usted; se exagera mucho, se lo aseguro—dijo Marta cada vez más molesta.

—Verá usted cómo le defiende!—dijo la cocinera.

En aquel momento, el Padre Faujas y Trouche, que estaban de conferencia en el fondo del jardín, avanzaron, atraídos por el ruido.

—Señor cura, soy una madre infelicitísima—continuó madame Rougon llorando más fuerte.—No tengo más que una hija al lado mío, y sé que no tiene bastantes lágrimas que llorar... Se lo ruego; usted que vive cerca de ella, consuélala, protéjala...

El cura la miraba, como para escudriñar la causa de aquel repentino dolor.

—Acabo de ver a una persona a quien no quiero nombrar—Continuó fijando a su vez las miradas en el cura.—Esa persona me ha aterrado... Dios sabe que no quiero acusar a mi yerno; pero ¿no tengo el deber de defender los intereses de mi hija?... Pues bien; mi yerno es un miserable; maltrata a su mujer, escandaliza a la ciudad, se mete en todos los negocios sucios... Verá usted como volverá a meterse en política, cuando lleguen las elecciones. La última vez, él era el que guiaba a la crápula de los arrabales... Esto me matará, señor cura.

—El señor Mouret no permitiría que se le hicieran observaciones—aventuró el cura.

—¡Pero yo no puedo abandonar a mi hija a semejante hombre!—exclamó madame Rougon.—No le dejaré que nos deshonre... La justicia no se ha hecho para los perros.

Trouche se movía; aprovechó una pausa.

—El señor Mouret está loco—declaró brutalmente.

La palabra cayó como un martillazo; todos se miraron.

—Quiero decir que no tiene la cabeza firme—continuó Trouche.—No tienen ustedes más que mirarle a los ojos... Yo confieso que no estoy tranquilo. En Besançon había un hombre que adoraba a su hija, y que la mató una noche, sin saber lo que hacía.

—Hace mucho tiempo que está tocado—murmuró Rosa.

—¡Es espantoso!—dijo madame Rougon.—Tiene usted razón; la última vez que le vi, me pareció su aspecto muy raro. Nunca ha tenido la inteligencia muy clara... ¡Ah, hija de mi vida! Prométeme confiármelo todo... Ya no voy a po-

der dormir tranquila.. A la primera extravagancia de tu marido, ¿sabes? no vaciles más, no te expongas más... A los locos se les encierra.

Partió repitiendo la frase. Trouche se quedó solo con el Padre Faujas, se echó a reír con su perversa risa, que exhibía sus negros dientes.

—¡Me deberá un buen cirio la caserita!—murmuró.—Podrá revolcarse cuanto quiera por las noches.

El cura, con el rostro terroso y los ojos bajos, no respondió palabra. Después se encogió de hombros, y se fué a leer su breviario a la glorieta, en el fondo del jardín.

## XVIII

Los domingos, por costumbre de antiguo comerciante, Mouret salía a dar una vuelta por la ciudad. Sólo los domingos abandonaba la estrecha soledad en que se encerraba con una especie de vergüenza. Era maquinal. Por la mañana se afeitaba, se ponía camisa limpia, cepillaba el rendigote y el sombrero; luego, después del almuerzo, sin que supiera cómo, se encontraba en la calle, andando a pasitos, con las manos a la espalda.

Un domingo, al salir de su casa, vió, en la acera de la calle de Balande, a Rosa, que hablaba vivamente con la criada del señor Rastoil. Al verle, las dos cocineras se callaron. Examinábanle con aspecto tan singular, que Mouret quiso cerciorarse de si le salía por los faldones la punta del pañuelo. Cuando llegó a la plaza de la Subprefectura, volvió la cabeza, y las encontró plantadas en el mismo sitio. Rosa imitaba el balanceo de un borracho, en tanto que la criada del presidente se reía a carcajadas.

—Ando demasiado de prisa, y se burlan de mí—pensó Mouret.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO MARTEL"  
Apdo. 1325 MONTERREY, MEXICO

der dormir tranquila.. A la primera extravagancia de tu marido, ¿sabes? no vaciles más, no te expongas más... A los locos se les encierra.

Partió repitiendo la frase. Trouche se quedó solo con el Padre Faujas, se echó a reír con su perversa risa, que exhibía sus negros dientes.

—¡Me deberá un buen cirio la caserita!—murmuró.—Podrá revolcarse cuanto quiera por las noches.

El cura, con el rostro terroso y los ojos bajos, no respondió palabra. Después se encogió de hombros, y se fué a leer su breviario a la glorieta, en el fondo del jardín.

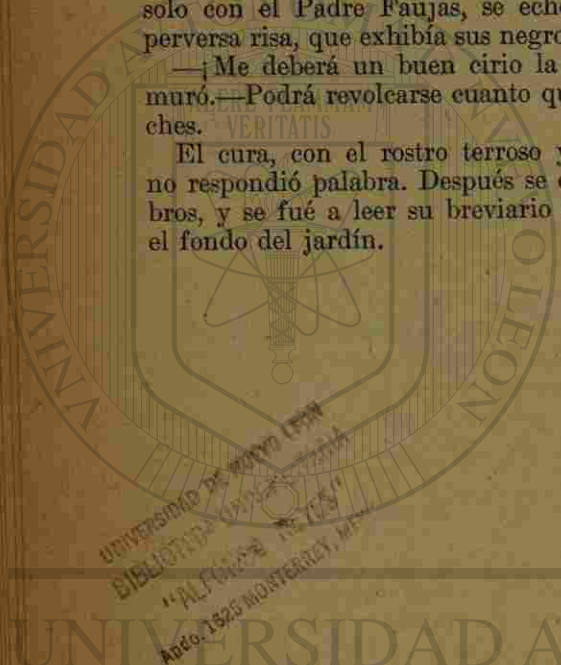
## XVIII

Los domingos, por costumbre de antiguo comerciante, Mouret salía a dar una vuelta por la ciudad. Sólo los domingos abandonaba la estrecha soledad en que se encerraba con una especie de vergüenza. Era maquinal. Por la mañana se afeitaba, se ponía camisa limpia, cepillaba el rendigote y el sombrero; luego, después del almuerzo, sin que supiera cómo, se encontraba en la calle, andando a pasitos, con las manos a la espalda.

Un domingo, al salir de su casa, vió, en la acera de la calle de Balande, a Rosa, que hablaba vivamente con la criada del señor Rastoil. Al verle, las dos cocineras se callaron. Examinábanle con aspecto tan singular, que Mouret quiso cerciorarse de si le salía por los faldones la punta del pañuelo. Cuando llegó a la plaza de la Subprefectura, volvió la cabeza, y las encontró plantadas en el mismo sitio. Rosa imitaba el balanceo de un borracho, en tanto que la criada del presidente se reía a carcajadas.

—Ando demasiado de prisa, y se burlan de mí—pensó Mouret.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO MARTEL"  
Apdo. 1325 MONTERREY, MEXICO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS Y SERVICIOS DE INFORMACIÓN

Acortó más aún el paso. En la calle de la Banne, a medida que avanzaba hacia el Mercado, los tenderos salían a las puertas, siguiéndole curiosamente con la vista. Mouret hizo un leve saludo al carnicero, que se quedó atontado sin devolvérselo. La panadera, a quien dirigió un sombrerazo, pareció tan asustada, que se echó hacia atrás. La frutera, el droguero, el confitero se lo señalaban con el dedo de una acera a otra. Detrás de él quedaba una gran agitación; formábanse grupos, y se elevaban ruidos de voces, confundidas con carcajadas.

—¿Han visto ustedes qué tieso anda?

—Sí; al saltar aquel charco por poco hace una cabriola.

—Dicen que todos son así.

—¡Oh! He tenido mucho miedo... ¿Por qué les dejan salir? Debería estar prohibido.

Mouret, intimidado, no se atrevía ya a volverse; le asaltaba una vaga inquietud, sin comprender con claridad que se hablaba de él. Anduvo más deprisa, moviendo los brazos con soltura. Sintió haberse puesto el redingote viejo, un redingote castaño, que no estaba ya de moda. Al llegar al mercado, vaciló un momento, y después se metió resueltamente por medio de las verduleras. Pero allí el verle produjo una verdadera revolución.

Las compradoras de todo Plassans le abrieron calle para que pasara. Las vendedoras, de pie en sus puestos, en jarras, le examinaron descaradamente. Hubo empujones, y algunas mujeres se subieron en los poyos del Mercado del trigo. El seguía apresurando el paso, tratando de salir de allí, y no pudiendo decidirse a creer que era él la causa de aquel alboroto.

—¡Oh! Parecen sus brazos aspas de molino—dijo una aldeana que vendía frutas.

—Anda como un loco; por poco me tira el puesto—añadió una vendedora de legumbres.

—¡Cogedle! ¡Cogedle!—gritaban los molineros.

Mouret, lleno de curiosidad, se detuvo en seco, y se empinó ingenuamente para ver lo que pasaba; creía que acababan de coger a un ladrón. La muchedumbre soltó una carcajada inmensa; voces, silbidos, gritos de animales se dejaron oír.

—No es malo, no le hagáis daño.

—¡Oh! No me fiaría yo. De noche se levanta para extrangular a la gente.

—La verdad es que tiene unos ojos que meten miedo.

—¿De modo que le ha dado de repente?

—Sí, de repente... ¡Lo que somos! ¡Un hombre tan bueno!... Me voy; me hace daño verle. Aquí están los tres sueldos de los nabos.

Mouret acababa de conocer a Olimpia en medio de un grupo de mujeres. Había comprado unos melocotones soberbios, que llevaba en un saquito de labor de señora empingorotada. Debía de referir alguna historia conmovedora, porque las comadres que le rodeaban, lanzaban exclamaciones ahogadas, juntando las manos de un modo lamentable.

—Entonces—terminaba,—la cogió por los cabellos, y le habría cortado la cabeza con una navaja de afeitar, si no hubiéramos llegado tiempo de impedir el crimen... No le digan ustedes nada, que hará una desgracia.

—¿Eh? ¿Qué desgracia? — preguntó Mouret asustado a Olimpia.

Las mujeres se habían separado, y Olimpia parecía estar en guardia; se escurrió prudentemente, murmurando:

—No se incomode usted, señor Mouret... Sería mejor que se volviera usted a casa.

Mouret se refugió en una callejuela que condu-

cía a la carrera Sauvaire. Redoblaron los gritos, y fué perseguido un instante por el retumbante rumor del mercado.

—¿Qué les pasa hoy?—pensó.—Quizá era de mí de quien se burlaban; pero no he oído mi nombre... Habrá ocurrido algún accidente...

Quitóse el sombrero, y lo miró, temiendo que algún pilluelo le hubiera tirado un puñado de yeso; tampoco llevaba ni cometa ni cola de ratón colgada en la espalda. Este examen le calmó. Prosiguió su andar de burgués paseante, en el silencio de la callejuela, y desembocó tranquilamente en la carrera Sauvaire. Los pequeños rentistas estaban en su sitio, tomando el sol en un banco.

—¡Toma, si es Mouret!—dijo con gran asombro el capitán retirado.

La más viva curiosidad se pintó en los semblantes adormecidos de aquellos señores. Alargaron el cuello, sin levantarse, dejando a Mouret en pie delante de ellos; le estudiaban minuciosamente, de pies a cabeza.

—¿Damos un paseíto?—preguntó el capitán, que parecía el más atrevido.

—Sí, un paseíto—repitió distraído Mouret.—Hace buen día.

Aquellos señores cambiaron una sonrisa de inteligencia. Tenían frío, el cielo acababa de encapotarse.

—Muy bueno—murmuró el antiguo curtidor.—No es usted exigente... Es verdad que ya viene usted de invierno. Lleva usted un redingote muy raro.

Las sonrisas se cambiaron en risas. Mouret pareció asaltado por una idea súbita.

—Miren ustedes—dijo, volviéndose bruscamente,—si no tengo un sol en la espalda.

Los comerciantes de almendras retirados no pu-

dieron conservar más la seriedad, y estallaron. El guasón de la partida, el capitán, guiñó los ojos.

—¿Un sol? ¿Dónde?—preguntó.—No veo más que una luna.

Los otros reventaban, pareciéndoles aquello la mar de espiritual.

—¿Una luna?—dijo Mouret.—Hágame el favor de borrarla; me ha ocasionado disgustos.

El capitán le dió dos o tres golpes, añadiendo:

—Bueno, ya la he quitado, querido. No debe de ser muy cómodo llevar una luna en la espalda... ¿Está usted malo?

—No estoy muy bien—dijo con su voz de indiferencia.

Y creyendo sorprender varios cuchicheos en el banco:

—¡Oh! En mi casa me cuidan mucho. Mi mujer es muy buena, y me mima... Pero necesito mucho reposo. Por eso no salgo ya, y no me ven ustedes como antes. En cuanto esté curado, volveré a los negocios.

—Pues se dice—interrumpió brutalmente el antiguo curtidor,—que es su mujer de usted la que no está buena.

—¡Mi mujer!... ¡No está enferma, es mentira!—exclamó animándose.—No tiene nada, nada absolutamente... Nos odian porque nos estamos quietitos en casa... ¡Enferma mi mujer! Es muy fuerte, y ni siquiera tiene nunca un dolor de cabeza.

Y continuó con frases cortas, balbuceando con los inquietos ojos del que miente y con la turbada lengua del charlatán que se ha vuelto silencioso. Los pequeños rentistas movían compasivamente la cabeza, en tanto que el capitán se llevaba el índice a la frente. Un antiguo sombrerero del arrabal, que había escudriñado a Mouret desde el lazo de la corbata hasta el último botón de su re-



dingote, se había quedado finalmente absorto mirándole los zapatos. El lazo del zapato izquierdo estaba desatado, lo cual parecía exorbitante al sombrerero; daba éste codazos a sus vecinos, enseñándoles, con el rabillo del ojo, el lacito cuyos extremos arastraban. Muy pronto todas las miradas de los del banco se clavaron en el lazo. Fué el colmo. Aquellos señores se encogieron de hombros, como para denotar que no conservaban ya la menor esperanza.

—Mouret—dijo paternalmente el capitán.—Atese usted las cintas del zapato.

Mouret se miró los pies; pero pareció no comprender, y siguió hablando. Después, como no le respondieran, se calló, permaneció allí un rato más, acabando por proseguir despacito su paseo.

—Se va a caer, con seguridad—declaró el excurtidor levantándose para verle más tiempo.—¡Es singular! ¿Estará chiflado?

Al extremo de la carrera Sauvaire, cuando pasó Mouret por delante del Círculo de la Juventud, volvió a hallar las ahogadas risas que le acompañaban desde que puso los pies en la calle. En la puerta del Círculo vió perfectamente que Severino Rastoil lo enseñaba a un grupo de jóvenes. Decididamente, era de él de quien así se reía la ciudad. Bajó la cabeza, con una especie de miedo, sin explicarse aquel encarnizamiento, y desfiló a lo largo de las casas. Cuando iba a entrar en la calle Canquoin, oyó un ruido a su espalda; volvió la cabeza, y vió a tres pilluelos que le seguían; dos de ellos crecidos, con aire descarado, y uno muy chico, muy serio, que llevaba en la mano una naranja podrida cogida en medio del arroyo. Entonces, siguió la calle Canquoin, cortó por la plaza de los Recoletos, y se halló de nuevo en la calle de la Banne. Los pilluelos le seguían aún.

—¿Queréis que os tire de las orejas?—les gritó corriendo hacia ellos bruscamente.

Los chiquillos se echaron a un lado, gritando, escapándose a gatas. Mouret, coloradísimo, se sintió ridículo. Hizo un esfuerzo para calmarse, y reemprendió su paso de paseo. Lo que le espantaba era el cruzar la plaza de la subprefectura, el pasar bajo las ventanas de los Rougon, con aquel séquito de golfillos que oía engrosarse y envalentonarse a su espalda. Cuando avanzaba, se vió precisamente obligado a dar un rodeo para no toparse con su suegra, que volvía de las visperas con madame Condamin.

—¡Al lobo! ¡Al lobo!—gritaban los golfos.

Mouret, con la frente sudorosa, con los pies tropezando en los adoquines, oyó que la vieja madame Rougon decía a la esposa del conservador de aguas y bosques:

—¡Mírelo usted! ¡Desgraciado! Es una vergüenza. No podemos tolerar esto por más tiempo.

Entonces, irresistiblemente, Mouret echó a correr. Con los brazos extendidos, perdida la cabeza, se precipitó en la calle Balande, en que se engolfó con él la bandada de mocosos, en número de diez o doce. Parecía que los tenderos de la calle de Balance, las mujeres del mercado, los paseantes de la carrera, los jóvenes del Círculo, los Rougon, los Condamin, todo Plassans, con ahogadas risas, corrían tras él por la empinada pendiente de la calle. Los niños pateaban, saltando sobre los puntiagudos adoquines, y haciendo un ruido de jauría suelta en el tranquilo barrio.

—¡Cogedle!—gritaban.

—¡Hup! ¡Hup! ¡Vaya una levita!

—¡Corred, corred por la calle Taravelle! ¡Le pellizcaremos!

—¡Al galope! ¡Al galope!

Mouret, enloquecido, tomó una carrera desesperada para llegar a la puerta de su casa; pero le resbaló un pie, y cayó sobre la acera, en la que estuvo unos segundos, abatido. Los mocosos, temiendo un golpe, formaron un círculo lanzando gritos de triunfo; en tanto que el más pequeño, avanzando con gravedad, le tiró una naranja podrida, que se aplastó bajo su ojo izquierdo. Mouret se levantó penosamente, y entró en su casa sin limpiarse. Rosa tuvo que coger una escoba para echar a los chiquillos.

A partir de aquel domingo, todo Plassans quedó convencido de que Mouret estaba loco de atar. Citábanse hechos sorprendentes. Por ejemplo, que se encerraba días enteros en una habitación desmantelada, en la que no se había barrido hacía un año; y esto no era invención, porque las personas que lo contaban, lo sabían por la misma dueña de la casa. ¿Qué hacía en aquel cuarto? Las versiones variaban; la criada decía que hacía el muerto, lo cual espantaba a todo el barrio. En el mercado, se creía firmemente que se escondía en un ataúd, en el cual se tendía cuan largo era, con los ojos abiertos y las manos sobre el pecho; y esto de la mañana a la noche, por gusto.

—Hace mucho que le amenazaba el mal—repetía Olimpia en las tiendas.—Estaba latente; se ponía triste, y buscaba los rincones para esconderse, lo mismo que los animales enfermos. Yo, desde el día que puse el pie en la casa, dije a mi marido: "El casero no anda bueno". Tenía los ojos amarillos, la cara huraña. Y desde entonces, toda la casa ha ido manga por hombro... Ha tenido toda clase de rarezas; contaba los terrones de azúcar, guardaba hasta el pan. Era de una avaricia tan grande, que su pobre mujer no tenía calzado que ponerse... Es una desdichada, y la

compadezco con toda mi alma. ¡Buenas las ha pasado! Figúrense su vida con ese maniático, que ni siquiera sabe estar con decencia en la mesa; tira la servilleta a mitad de comida y se va como atontado, después de hacer porquerías en el plato... ¡Y más fastidiosos! Por un tarro de mostaza mal colocado armaba un caramillo. Ahora no dice ya nada; mira como un animal feroz, y se tira al cuello de uno sin dar un grito. Yo he visto cosas que, si quisiera hablar...

Cuando había despertado ardiente curiosidad y se veía abrumada a preguntas, murmuraba:

—No, no, eso no es cosa mía... Madame Mouret es una santa, que sufre como verdadera cristiana; ella tiene su modo de pensar, y hay que respetarlo... ¿Creerán ustedes que le quiso cortar la cabeza con una navaja de afeitar?

Decía siempre lo mismo, pero obtenía efecto seguro; cerrábanse los puños, y las mujeres hablaban de extrangular a Mouret. Cuando un incrédulo movía la cabeza, le hacían callar pidiéndole que explicase las espantosas escenas de cada noche; sólo un loco era capaz de saltar al cuello de una mujer, cuando ésta se acostaba. Había un punto de misterio que ayudó muy especialmente a divulgar el cuento por la ciudad. Por espacio de cerca de un mes, el rumor fué creciendo. En la calle Balande, a pesar de los trágicos comadrazgos referidos por Olimpia, había renacido la calma, y las noches transcurrían tranquilamente. Marta sentía nerviosas impaciencias cuando, sin hablar claro, sus íntimos le recomendaban que fuera prudente.

—¿Quiere usted hacer su voluntad, no es cierto?—le decía Rosa.—Usted verá... El volverá a las andadas. Cualquiera día nos la encontraremos a usted asesinada.

Madame Rougón acudía a la sazón cada dos días. Entraba con aspecto angustidísimo, y preguntaba a Rosa en el vestíbulo:

—¿No ha ocurrido nada hoy?

Después, al ver a su hija, la besaba con furia de ternura, como si hubiese temido no encontrarla allí. Pasaba las noches horribles—decía.—Temblaba a cada campanillazo, pensando siempre que le iban a participar cualquier desgracia; ya no vivía. Y cuando Marta le aseguraba que no corría ningún peligro, su madre la miraba con alucinación, y exclamaba:

—¡Eres un ángel! Si no estuviera yo aquí, te dejarías matar sin exhalar un suspiro. Pero está tranquila, que yo velo por ti, y tomo mis precauciones. El día que tu marido levante un dedo, se las verá conmigo.

Y no se explicaba más claro. Lo cierto era que visitaba a todas las autoridades de Plassans. Así había contado las desdichas de su hija al alcalde, al subprefecto, al presidente, en tono confidencial y haciéndoles jurar discreción absoluta.

—Es una madre desesperada la que se dirige a ustedes—murmuraba con una lágrima.—Les entrego el honor, la dignidad de mi pobre hija. Mi esposo caería enfermo, si hubiera escándalo público, y sin embargo, no puedo esperar a que venga la catástrofe... Aconséjenme qué debo hacer.

Aquellos señores se mostraban amabilísimos. La tranquilizaron, prometiéndole velar por madame Mouret, aunque sin dar la cara; al menor peligro, obrarían. Insistió ella particularmente con el señor Péqueur des Saulaies y con el señor Rastoil, ambos vecinos de su yerno, que podían intervenir al punto si sucedía una desgracia.

Aquella historia de un loco juicioso, que esperaba la media noche para ponerse furioso, dió

vivo interés a las reuniones de las dos tertulias en el jardín de los Mouret. Todos se mostraban muy solícitos para saludar al Padre Faujas. A las cuatro, bajaba éste, haciendo con bondad los honores de la glorieta; continuaba eclipsándose, respondiendo con movimientos de cabeza. Los primeros días, no hubo más que embozadas alusiones al drama que ocurría en la casa; pero un martes, el señor Maffre, que miraba la fachada con inquietud, se arriesgó a preguntar, señalando con la vista una ventana del primer piso:

—¿Ese es el cuarto, verdad?

Entonces, bajando la voz, las dos tertulias hablaron de la extraña aventura que trastornaba el barrio. El cura dió algunas explicaciones vagas; era muy enojoso, muy triste; él compadecía a todo el mundo, sin aventurarse más.

—Pero usted, doctor—preguntó madame de Condamin al señor Porquier.—Usted que es el médico de la casa, ¿qué piensa de esto?

El doctor Porquier movió largo rato la cabeza antes de responder. Al principio se mostró discreto.

—Es muy delicado—dijo.—Madame Mouret no tiene mucha salud. En cuanto a su esposo...

—Yo he visto a madame Rougón—dijo el subprefecto.—Está muy inquieta.

—Su yerno la ha reventado siempre—interrumpió brutalmente el señor de Condamin.—El otro día, me encontré yo a Mouret en el Círculo, y me ganó una partida. Le hallé tan inteligente como de costumbre. El buen señor no ha sido nunca un águila.

—Yo no he dicho que estuviera loco, como lo entiende el vulgo—repuso el doctor, que se creyó atacado.—Pero tampoco digo que sea prudente dejarle en libertad.

Esta declaración produjo cierta emoción. El señor Rastoil miró instintivamente la tapia que separaba los dos jardines. Todos los rostros miraban al doctor.

—Yo conocí—continuó éste, una dama encantadora, que vivía en grande, dando comidas, recibiendo a las más distinguidas personas y hablando con mucho ingenio. Pues bien; en cuanto entraba aquella señora en su cuarto, se encerraba, y pasaba parte de la noche andando a gatas alrededor de la habitación, ladrando como una perra. En su casa creyeron mucho tiempo que se escondía un perro en su cuarto... Aquella señora ofrecía un caso de lo que los médicos llamamos locura lúcida.

El Padre Surin contenía la risa mirando a las señoritas Rastoil a quienes hacía gracia aquel caso de una señora de viso que hacía el perro. El doctor Porquier se sonó con gravedad.

—Podría citar veinte casos semejantes—añadió. —Individuos que parecen en el pleno uso de su razón y que se entregan a las más sorprendentes extravagancias en cuanto se hallan a solas. El señor de Bourdeau ha conocido mucho a un marqués a quien no quiero nombrar...

—Fué íntimo amigo mío—dijo el señor de Bourdeau.—Con frecuencia comía en la prefectura. Su caso hizo un ruido enorme.

—¿Qué caso? —preguntó madame de Condamín, al ver que el doctor y el subprefecto se callaban.

—El caso no es muy limpio—repuso el señor de Bourdeau echándose a reír.—El marqués, de poca inteligencia por otra parte, pasaba días enteros en su gabinete, diciendo que escribía una gran obra de economía política... Al cabo de diez

años se descubrió que se pasaba el día haciendo bolitas de igual tamaño con...

—Con sus excrementos—terminó el doctor con voz tan grave, que la palabra pasó sin que ni siquiera las damas se sonrojaran.

—Yo—dijo el Padre Bourrette, a quien divertían estas historias como cuentos de hadas,—tuve una penitente rarísima. Tenía la manía de matar moscas; no podía ver una sin experimentar el irresistible prurito de cazarla. Después, cuando se confesaba, lloraba amargamente, acusándose de la muerte de los pobres bichos, creyéndose condenada... No pude corregirla.

El relato del cura tuvo fortuna. El señor Péqueur des Saulaies y el señor Rastoil se dignaron sonreírse.

—Poco daño hay, cuando sólo se matan moscas—observó el doctor.—Pero los locos lúcidos no tienen todos la misma inocencia. Algunos hay que torturan a su familia con cualquier vicio oculto, convertido en manía; desdichados que beben, que se entregan a desenfrenos secretos, que roban por necesidad de robar, que se mueren de orgullo, de celos, de ambición. Y tienen la hipocresía de la locura, hasta el punto de que consiguen refrenarse, llevar a cabo los más complicados proyectos, responder a derechas, sin que nadie pueda sospechar sus lesiones cerebrales. Después, en cuanto vuelven a la intimidad, en cuanto se hallan solos con sus víctimas, se entregan a sus concepciones delirantes, se convierten en verdugos. Si no asesinan, matan lentamente.

—¿De modo que el señor Mouret?...—preguntó madame de Condamín.

—El señor Mouret ha sido siempre posma, inquieto, déspota. La lesión parece haberse agravado con la edad. Hoy, no vacilo en clasificarlo entre

los locos malos... Tuve un cliente que se encerraba como él en una habitación separada, en donde se pasaba días enteros fraguando acciones abominables...

—Pero, doctor, si esa es su opinión, debe usted avisar—exclamó el señor Rastoil.—Debe usted informar a quien corresponde.

El doctor Porquier se quedó un tanto turbado.

—Hablamos nada más—dijo, recobrando su sonrisa de médico de las damas.—Si me requieren, si las cosas adquirieran gravedad, yo cumpliría con mi deber.

—¡Bah! — terminó perversamente el señor de Condamin.—No son los más locos los que se cree... Para un médico alienista no hay un cerebro sano... El doctor acaba de recitarnos una página de un libro sobre la locura lúcida que yo he leído, y que es tan interesante como una novela.

El Padre Faujas había escuchado con curiosidad, sin tomar parte en la conversación. Después, al ver que se callaban todos, dijo que aquellas historias de locos, entristecían a las damas, y quiso que se hablara de otra cosa. Pero la curiosidad estaba enardecida, y ambas tertulias se pusieron a espiar los menores actos de Mouret. Este no bajaba más que una hora diaria al jardín, después de almorzar, en tanto que los Faujas estaban con su esposa. En cuanto ponía los pies en él, caía bajo la activa vigilancia de la familia de Rastoil y de los concurrentes a la subprefectura. No podía detenerse ante un cuadro de legumbres, interesarse por una lechuga, aventurar un ademán, sin dar margen, a derecha e izquierda, en los dos jardines, a los comentarios más deplorables. Todo el mundo se volvía contra él. Sólo el señor de Condamin le defendía aún. Pero un día, la hermosa Octavia le dijo almorzando:

—Pero ¿qué te importa que ese Mouret esté loco?

—¿A mí, querida? Absolutamente nada—respondió asombrado.

—Entonces, déjale loco, puesto que todos te dicen que lo está... No sé qué manía tienes de pensar lo contrario de tu mujer. Por ahí no vas a ninguna parte... Ten el ingenio, en Plassans, de no ser ingenioso.

El señor de Condamin sonrió.

—Tienes razón, como siempre — dijo galantemente.—Ya sabes que he puesto mi fortuna en tus manos... No me esperes a comer. Voy a caballo hasta San Eutropio, para echar un vistazo a una corta de leña.

Partió, mascando un puro.

Madame de Condamin no ignoraba que su esposo bebía los vientos por una muchacha, hacia San Eutropio. Pero era tolerante y dos veces hasta le había salvado de las consecuencias de historias feas. En cuanto a él, estaba muy tranquilo acerca de la virtud de su mujer; sabía que tenía sobrado talento para tener un lío en Plassans.

—¿A que no imaginan ustedes en qué pasa Mouret el tiempo en el cuarto en que se necierra?

—dijo al día siguiente el conservador de aguas y bosques cuando fué a la subprefectura.—Pues en contar las "eses" que tiene la Biblia. Ha temido haberse equivocado, y por tres veces ha vuelto a empezar el cálculo... ¡A fe mía, que tienen ustedes razón; está más loco que un chivo el infeliz!

Y a partir de aquel momento, el señor de Condamin cargó terriblemente sobre Mouret. Llevaba las cosas demasiado lejos, y empleaba toda su habilidad en inventar historias que aterraban a la familia Rastoil. Sobre todo, escogió como víctima al señor Maffre. Un día le contó que había visto a Mouret en una de las ventanas de la calle,

en cueros vivos, con sólo un sombrero de mujer, y haciendo reverencias al vacío. Otro día, aseguraba con asombroso aplomo que estaba seguro de haber visto a Mouret a tres leguas de la ciudad, bailando en el fondo de un bosquecillo, como un salvaje; después, como el juez de paz pareciese dudar, se incomodaba, decía que Mouret podía huir por la chimenea sin que nadie lo notase. Los tertulios de la subprefectura sonreían; pero al día siguiente, la criada de Rastoil divulgaba aquellos extraordinarios lances por la ciudad, en la cual la leyenda del hombre que pegaba a su mujer adquiría proporciones extraordinarias.

Una tarde, la mayor de las señoritas Rastoil, Aurelia, contó ruborizándose que, el día antes, habiéndose asomado a la ventana a cosa de media noche, había visto al vecino paseándose por su jardín con un gran cirio. El señor de Condamin creyó que la joven se burlaba de él, pero Aurelia daba detalles precisos.

—Tenía el cirio en la mano izquierda. Se arrojó en el suelo, y después, se arrastró de rodillas y sollozando.

—Quizá ha cometido algún crimen y enterrado el cadáver en el jardín—dijo el señor Maffre, que se había puesto lívido.

Entonces las dos reuniones convinieron en vigilar una noche, hasta las doce si era menester, para sacar el agua clara de aquella aventura. A la noche siguiente, estuvieron en acecho en ambos jardines, pero Mouret no pareció. Así perdieron tres noches. La subprefectura abandonaba la partida; madame de Condamin se negaba a quedarse bajo los castaños, cuando, a la cuarta noche, con un cielo de color de tinta, tembló una luz en la planta baja de la casa de los Mouret. El señor Péqueur des Saulaies, advertido, se deslizó en el

callejón de las Chevillottes, para invitar a la familia Rastoil a ir a la terraza de su jardín, desde la que se dominaba el jardín vecino. El presidente, al acecho con sus hijas detrás de la cascada, vaciló un rato, reflexionando que, políticamente, se comprometía mucho al ir a casa del subprefecto; pero la noche era tan negra, y su hija Aurelia estaba tan empeñada en probar la realidad de su relato, que siguió al señor Péqueur des Saulaies, en la sombra, con quedos pasos. Así fué como la legitimidad, en Plassans, penetró por vez primera en casa de un funcionario bonapartista.

—No hagan ruido—encargó el subprefecto.—Inclínense sobre la terraza.

El señor Rastoil y sus hijas encontraron allí al doctor Porquier, a madame de Condamin y a su marido. Las tinieblas eran tan espesas, que se saludaron sin verse. Entre tanto, todas las respiraciones estaban contenidas. Mouret acababa de mostrarse en la escalinata, con una vela plantada en un gran candelero de cocina.

—Ya ven ustedes que tiene un cirio—murmuró Aurelia.

Nadie protestó. El hecho quedó comprobado; Mouret llevaba un cirio. Bajó lentamente la escalinata, torció a la izquierda y permaneció inmóvil ante un cuadro de lechugas. Levantaba la vela para alumbrarlas, y su rostro aparecía completamente amarillo, sobre el negro fondo de la noche.

—¡Qué cara!—dijo madame de Condamin.—Con seguridad la sueño... ¿Es que duerme, doctor?

—No, no—respondió el doctor Porquier.—No es sonámbulo; está bien despierto... ¿Distinguen la fijeza de sus miradas? Observen también la sequedad de sus movimientos...

—Cállese usted que no necesitamos una confe-

rencia—interrumpió el señor Péqueur des Saulaies.

Entonces, reinó el más profundo silencio. Mouret, después de saltar los bojes, se había arrodillado en medio de las verduras. Bajaba la vela, y buscaba a lo largo de los surcos, bajo las extendidas hojas verdes. De cuando en cuando, exhalaba un gruñido; parecía aplastar, hundir algo en el suelo. Esto duró cerca de media hora.

—Llora, ya lo decía yo—decía complacientemente Aurelia.

—Realmente es horrible—balbuceaba madame de Condamin.—Vamos dentro, háganme el favor.

Mouret dejó caer la vela, que se apagó. Se le oyó refunfuñar y subir la escalinata tropezando en los peldaños. Las señoritas Rastoil habían lanzado un leve grito de terror. No se tranquilizaron sino en el saloncito iluminado, en donde el señor Péqueur de Saulaies se empeñó en que aceptara la reunión una taza de té y bizcochos. Madame de Condamin continuaba temblorosa; se hacía un ovillo en una marquesita; aseguraba, con enterrecida sonrisa, que nunca se había sentido tan impresionada, ni siquiera una mañana en que había tenido la mala idea de ir a ver una ejecución capital.

—Es singular—dijo el señor Rastoil, que reflexionaba hondamente hacía rato.—Mouret parecía buscar babosas. Los jardines están plagados de ellas; y me han dicho que no se las destruye bien sino de noche.

—¡Babosas!—exclamó el señor de Condamin.—¡Valiente cosa le importan a él las babosas! ¿Se va acaso a buscar babosas con un cirio? Yo más bien creo, como el señor Maffre, que se trata de un crimen... ¿No ha tenido nunca Mouret una

criada que haya desaparecido? Sería preciso averiguarlo.

El señor Péqueur des Saulaies comprendió que su amigo el conservador del aguas y bosques exageraba demasiado. Bebiendo un sorbo de té, murmuró:

—¡Cuando piensa uno que ese desgraciado se ha metido en política... No quiero reprochar la alianza de usted con los republicanos, señor presidente; pero confiese usted que el señor marqués de Lagrifoul tenía en él un partidario muy raro.

El señor Rastoil se había puesto muy serio. Hizo un ademán vago sin responder.

—Y sigue metiéndose; quizá es la política lo que le vuelve el juicio—dijo la bella Octavia sacándose delicadamente los labios.—Dicen que toma con gran empeño las próximas elecciones, ¿verdad?

Se dirigía a su marido, al que lanzó una mirada.

—¡Reventará!—dijo el señor de Condamin.—Por todas partes repite que es el amo del escrutinio, y que hará elegir a un zapatero, si se le antoja.

—Exagera usted—dijo el doctor Porquier.—Ya no tiene tanta influencia. Toda la ciudad se burla de él.

—Eso es lo que engaña a usted. Si quiere, llevará a las urnas a todo el barrio antiguo y a muchos pueblos... Está loco, es cierto, pero eso es una recomendación... Demasiado razonable me parece para republicano.

Esta mediocre chanza tuvo gran fortuna. Hasta las señoritas Rastoil se rieron con risa de colegialas. El presidente se dignó aprobar con la cabeza, y dejó su gravedad, diciendo, mientras procuraba no mirar al subprefecto:

—Lagrifoul no nos ha hecho tal vez los servicios que teníamos derecho a esperar; pero un zapatero sería verdaderamente vergonzoso para Plassans.

Y añadió vivamente, como para evitar la respuesta a la declaración que acababa de hacer:

—Es la una y media, y esto es un escándalo... Señor subprefecto, un millón de gracias.

Madame de Condamin fué la que halló medio de terminar, echándose un chal sobre los hombros.

—Pero no es posible—dijo,—dejar que lleve las elecciones un hombre que va a arrojillarse a media noche en medio de las verduras.

Aquella noche llegó a ser legendaria. El señor de Condamin se divirtió muchísimo al contar la aventura al señor de Bourdeu, a Maffre y a los curas, que no habían visto al vecino con el cirio. Tres días más tarde, el barrio juraba haber visto al loco que pegaba a su mujer, paseándose con la cabeza envuelta en una sábana. En la glorieta, en las conversaciones de las tardes, se hablaba sobre todo de la posible candidatura del zapatero de Mouret. Reíanse, sin dejar de estudiarse unos a otros. Era una manera de pulsarse políticamente. El señor de Bourdeu, por ciertas confidencias de su amigo el presidente, creía comprender que podría realizarse una inteligencia tácita respecto al candidato entre la subprefectura y la oposición moderada, de modo que los republicanos fuesen vergonzosamente derrotados. Así es que cada vez se mostraba más sarcástico con el marqués de Lagrifoul, cuyas menores planchas en la Cámara recogía escrupulosamente. El señor Delangre, que iba muy de tarde en tarde, alegando los cuidados de la administración municipal, sonreía astutamente a cada nueva burla de exprefecto.

—Ya no tiene usted más que enterrar al marqués, señor cura—dijo un día al oído del Padre Faujas.

Madame de Condamin, que le oyó, volvió la cabeza, llevándose un dedo a los labios con mohín de exquisita malicia.

El Padre Faujas dejaba ya hablar de política delante de él. Hasta daba a veces un consejo; estaba por la unión de los espíritus honrados y religiosos. Entonces, todos se ablandaban, Péqueur des Saulaies, Rastoil, de Bourdeu, hasta el señor Maffre. Debía de ser fácil entenderse entre personas de bien, trabajar en común por la consolidación de los grandes principios, sin los cuales no puede existir ninguna sociedad. Y la conversación versaba sobre la propiedad, la familia, la religión. A veces volvía a nombrarse a Mouret, y el señor de Condamin murmuraba:

—No dejo que venga aquí mi mujer sino temblando. Tengo miedo, ¿qué quieren? En las elecciones verán ustedes cosas raras, si aun está libre.

Entre tanto, todas las mañanas, Trouche procuraba asustar al Padre Faujas, en la conversación que con él tenía regularmente. Le daba las noticias más alarmantes; los obreros del barrio antiguo se preocupaban demasiado por la casa de los Mouret; hablaban de ver al buen hombre, de juzgar su estado, de tomar su opinión.

El cura, de ordinario, se encogía de hombros. Pero un día salió Trouche de su cuarto muy contento. Fué a besar a Olimpia, exclamando:

—¡Esta vez, hija mía, es cosa hecha!

—¿Te permite obrar?

—Sí, con entera libertad. Bien tranquilos vamos a estar, cuando no esté aquí el otro.

Ella estaba aún acostada; se agazapó más bajo los cobertores, riendo como una niña.



—¡Ah, bueno! Entonces todo va a ser nuestro, ¿verdad? Yo tomaré el otro cuarto. Y quiero bajar al jardín, y guisar abajo... Bien nos lo debe mi hermano. Buen servicio le habrás hecho.

Por la noche, Trouche llegó a casa de las diez al cafetueho en que se reunía con Guillermo Porquier y con otros jóvenes de viso de la ciudad. Le dieron bromas por su tardanza, y le acusaron de haber estado con una de las picaruelas de la Obra de la Virgen. Generalmente esta broma le lisonjeaba, pero aquella noche se puso grave. Dijo que había tenido asunto, asuntos serios. Sólo a media noche, cuando hubo vaciado los garrafones del mostrador, se puso tierno y expansivo. Tuté a Guillermo y balbuceó, retrepado contra la pared y volviendo a encender la pipa a cada frase:

—Esta tarde he visto a tu padre... Es un gran hombre... Necesitaba un papel. Ha estado muy fino, muy fino. Me lo ha dado. Lo tengo aquí, en el bolsillo. Al principio no quería. Decía que era cosa de la familia. Yo le he dicho: "Yo soy de la familia, tengo la orden de la mamá..." Tú conoces a la mamá; vas a su casa. Una gran mujer. Se me había mostrado muy contenta, cuando fui antes a exponerle el caso... Entonces, me dió el papel. Puedes tocarlo; lo sentirás en mi bolsillo...

Guillermo le miraba fijamente, ocultando su viva curiosidad bajo una risa de duda.

—No miento—continuó el borracho.—El papel está en mi bolsillo... ¿Lo has sentido?

—Es un periódico—dijo el joven.

Trouche, riendo, sacó de su redingote un gran sobre que dejó sobre la mesa en medio de las tazas y los vasos. Un rato lo defendió de Guillermo, que había alargado la mano; después se lo dejó tomar, riendo fuerte, como si le hicieran cosquillas. Era una declaración del doctor Porquier

sobre el estado mental de Mouret, propietario, de Plassans.

—¿De modo que le van a encerrar?—preguntó Guillermo devolviendo el papel.

—Eso no te importa, amiguito — respondió Trouche, desconfiando.—Este papel es para su mujer. Yo no soy más que un amigo que quiere hacer un favor. Ella hará lo que quiera. Tampoco se puede dejar matar, la pobre señora.

Estaba tan borracho, que cuando le echaron a la calle, Guillermo tuvo que acompañarle hasta la calle Balande. Quería acostarse en todos los bancos de la Carrera Sauvaire, y llegando a la plaza de la Subprefectura, sollozó, repitiendo:

—Ya no hay amigos; porque soy pobre se me desprecia... Tú eres un buen muchacho... Cuando seamos los amos, tú vendrás a tomar café conmigo. Si el cura nos estorba, le mandaremos a hacer compañía al otro... No es fuerte, el cura, a pesar de sus alharacas; yo le hago ver lo blanco negro... Tú eres un amigo, ¿verdad? Mouret se ha hundido, y nos beberemos su vino.

Cuando dejó a Trouche en su casa, Guillermo atravesó la dormida ciudad, y fué a silbar bajito ante la casa del juez de paz. Era una seña. Los hijos de Maffre, a quienes el padre encerraba por su mano en un cuarto, abrieron una ventana del primer piso por la que bajaron con ayuda de los barrotes de las rejas que guardaban la planta baja. Cada noche se iban de aquel modo al vicio, en compañía del hijo de Porquier.

—Bueno—les dijo éste cuando en silencio hubieron llegado a las negras callejas de los arrabales.—Haríamos mal en disimular... Si mi padre me vuelve a enviar a hacer penitencia a cualquier parte, ya sabré cómo responderle... ¿Apostáis a que en cuanto yo quiera me admiten en el Circu-

lo de la Juventud?

Los hijos Maffre sostuvieron la apuesta. Los tres se metieron en una casa amarilla, de persianas verdes, adosada a un ángulo de los baluartes, en el fondo de un callejón sin salida.

A la siguiente noche, Marta tuvo un ataque horrible. Por la mañana había asistido a una larga ceremonia religiosa, que Olimpia había querido ver hasta el fin. Cuando Rosa y los inquilinos acudieron a los gritos desgarradores que lanzaba, la hallaron tendida al pie del lecho, con la frente partida. Mouret, de rodillas sobre la cama, temblaba.

—¡Esta vez la ha matado!—gritó la cocinera.

Le cogió en brazos, aunque estaba en camisa, y le empujó fuera de la alcoba hasta su despacho, cuya puerta estaba al otro lado del rellano; volvió a tirarle el colchón y unos cobertores. Trouche había partido corriendo en busca del doctor Porquier. El doctor restañó la herida de Marta; dos milímetros más abajo, dijo, el golpe era mortal.

En el vestíbulo, delante de todo el mundo, declaró que era preciso obrar, que no se podía dejar más tiempo la vida de madame Mouret a merced de un loco furioso.

Marta tuvo que guardar cama al día siguiente. Aun tenía algo de delirio. Veía una mano de hierro que le abría el cráneo con una flamante espada. Rosa se negó resueltamente a dejar entrar a Mouret. Le sirvió el almuerzo en su despacho, sobre la polvorienta mesa. No comió. Miraba estúpidamente el plato, cuando la cocinera hizo entrar en el despacho a tres señores vestidos de negro.

—¿Son ustedes los médicos?—preguntó.—¿Cómo sigue?

—Sigue mejor—respondió uno de aquellos señores.

Mouret cortó pan tranquilamente, como si fuera a comer.

—Yo habría querido que estuvieran aquí los niños — murmuró. — Ellos cuidarían, estaríamos menos solos... Desde que se fueron los niños está enferma... Tampoco yo estoy bueno.

Se había llevado un bocado de pan a la boca, y gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas. El personaje que había hablado, le dijo entonces, lanzando una mirada a sus compañeros:

—¿Quiere usted que vayamos por los niños?

—¡Sí que quiero!—exclamó Mouret.—¡Vamos en seguida!

En la escalera no vio a Trouche ni a su mujer, inclinados sobre la baranda del segundo piso, y siguiéndole a cada peldaño, con ardientes miradas. Olimpia bajó rápidamente detrás de él y entró en la cocina, en donde Rosa, emocionadísima, miraba por la ventana. Y cuando en un coche que esperaba a la puerta se hubo llevado a Mouret, subió de cuatro en cuatro los dos pisos; cogió a Trouche por los hombros y le hizo bailar alrededor del rellano, reventando de alegría.

—¡Facturado!—gritó.

Marta estuvo ocho días en cama. Su madre iba a verla cada tarde, mostrándose extraordinariamente tierna. Los Faujas, los Trouche se relevaban al lado de su cama. Madame de Condamin le hizo muchas visitas. No se hablaba de Mouret. Rosa había respondido a su ama que el señor había tenido que ir a Marsella. Pero cuando Marta pudo bajar por primera vez y sentarse a la mesa en el comedor, se asombró, y preguntó por su marido con un principio de inquietud.

—Vamos, querida señora, no se exalte usted—dijo madame Faujas.—Volverá usted a caer enferma. Ha sido preciso tomar una resolución. Sus

amigos de usted han tenido que consultarse y obrar en bien de sus intereses.

—No tiene usted que echarle de menos—exclamó brutalmente Rosa.—después del garotazo que le dió en la cabeza. El barrio respira desde que no está ya aquí. Siempre se temía que prendiera fuego o que saliera a la calle con un cuchillo. Yo escondía todos los cuchillos de la cocina, y la criada del señor Rastoil también... Y la pobre madre de usted, que no vivía... Toda la gente que venía a ver a usted durante su enfermedad, señoras, caballeros, me decían cuando yo les despedía: "Es un gran peso que quitan a Plassans". Cuando un hombre así va y viene en libertad, toda la ciudad vive sobresaltada.

Marta escuchaba este flujo de palabras con los ojos agrandados, horriblemente pálida. Había dejado caer la cuchara; y miraba hacia delante, por la abierta ventana, como si la hubiese aterrorizado alguna visión tras los árboles frutales del jardín.

—¡Las Tullettes, las Tullettes! — tartamudeó escondiendo el rostro entre las temblorosas manos.

Se echaba hacia atrás, y se envaraba ya con un ataque de nervios, cuando el Padre Faujas, que había acabado su potaje, le cogió las manos, y se las estrechó con fuerza, murmurando con su más insinuante acento:

—Sea usted fuerte ante esta prueba que Dios le envía. El concederá a usted consuelos, si no se rebela usted; El sabrá deparar a usted la dicha que merece.

Bajo la presión de las manos del cura, bajo la dulce inflexión de sus palabras, Marta se enderezó, como resucitada, ardiente las mejillas.

—¡Sí, sí!—dijo sollozando.—Necesito mucha felicidad... Prométame usted mucha felicidad...

## XIX

Las elecciones generales debían celebrarse en Octubre. A mediados de Septiembre, monseñor Rousselot partió bruscamente para París, después de una larga entrevista con el Padre Faujas. Hablóse de una enfermedad grave de una de sus hermanas, que vivía en Versalles. Cinco días más tarde, estaba de regreso, y hacía en su gabinete que el Padre Surin le leyese. Arrellanado en un sillón, frioleramente envuelto en un enguatado gabán de seda violeta, aunque la estación era aún muy calurosa, escuchaba con una sonrisa la femenina voz del joven sacerdote, que escandía amorosamente unas estrofas de Anacreonte.

—Bien, bien — murmuraba. — Conoce usted la música de esa hermosa lengua.

Después, mirando el reloj con inquieto rostro, prosiguió:

—¿Ha venido ya el Padre Faujas esta mañana? ¡Ay, hijo mío, qué barullo! Aun tengo en los oídos el abominable estrépito del ferrocarril... En París no ha parado de llover un momento. Tenía yo diligencias en las cuatro puntas de la ciudad y no he visto más que barro.

amigos de usted han tenido que consultarse y obrar en bien de sus intereses.

—No tiene usted que echarle de menos—exclamó brutalmente Rosa.—después del garotazo que le dió en la cabeza. El barrio respira desde que no está ya aquí. Siempre se temía que prendiera fuego o que saliera a la calle con un cuchillo. Yo escondía todos los cuchillos de la cocina, y la criada del señor Rastoil también... Y la pobre madre de usted, que no vivía... Toda la gente que venía a ver a usted durante su enfermedad, señoras, caballeros, me decían cuando yo les despedía: "Es un gran peso que quitan a Plassans". Cuando un hombre así va y viene en libertad, toda la ciudad vive sobresaltada.

Marta escuchaba este flujo de palabras con los ojos agrandados, horriblemente pálida. Había dejado caer la cuchara; y miraba hacia delante, por la abierta ventana, como si la hubiese aterrorizado alguna visión tras los árboles frutales del jardín.

—¡Las Tullettes, las Tullettes! — tartamudeó escondiendo el rostro entre las temblorosas manos.

Se echaba hacia atrás, y se envaraba ya con un ataque de nervios, cuando el Padre Faujas, que había acabado su potaje, le cogió las manos, y se las estrechó con fuerza, murmurando con su más insinuante acento:

—Sea usted fuerte ante esta prueba que Dios le envía. El concederá a usted consuelos, si no se rebela usted; El sabrá deparar a usted la dicha que merece.

Bajo la presión de las manos del cura, bajo la dulce inflexión de sus palabras, Marta se enderezó, como resucitada, ardiente las mejillas.

—¡Sí, sí!—dijo sollozando.—Necesito mucha felicidad... Prométame usted mucha felicidad...

## XIX

Las elecciones generales debían celebrarse en Octubre. A mediados de Septiembre, monseñor Rousselot partió bruscamente para París, después de una larga entrevista con el Padre Faujas. Hablóse de una enfermedad grave de una de sus hermanas, que vivía en Versalles. Cinco días más tarde, estaba de regreso, y hacía en su gabinete que el Padre Surin le leyese. Arrellanado en un sillón, frioleramente envuelto en un enguatado gabán de seda violeta, aunque la estación era aún muy calurosa, escuchaba con una sonrisa la femenina voz del joven sacerdote, que escandía amorosamente unas estrofas de Anacreonte.

—Bien, bien — murmuraba. — Conoce usted la música de esa hermosa lengua.

Después, mirando el reloj con inquieto rostro, prosiguió:

—¿Ha venido ya el Padre Faujas esta mañana? ¡Ay, hijo mío, qué barullo! Aun tengo en los oídos el abominable estrépito del ferrocarril... En París no ha parado de llover un momento. Tenía yo diligencias en las cuatro puntas de la ciudad y no he visto más que barro.

—¿Está satisfecho monseñor de las resultas de su viaje?—preguntó con familiaridad de un niño mimado.

—Sé lo que quería saber—respondió el obispo recobrando su astuta sonrisa.—Hubiera debido llevármelo a usted. Habría usted aprendido cosas muy útiles para su edad, y más estando destinado al obispado por su nacimiento y sus relaciones.

—Eseucho, Monseñor—dijo el curita con aire de súplica.

Pero el prelado volvió la cabeza.

—No, no, esas cosas no se dicen... Sea usted amigo del Padre Faujas, que quizá le ayude mucho algún día.

El Padre Surin juntó las manos con ademán de curiosidad tan zalamera, que monseñor Rousselot continuó:

—Faujas había tenido dificultades en Besancon... Estaba en París, muy pobre... El es quien fué a ofrecerse. Precisamente el ministro buscaba curas adictos al gobierno. He comprendido que Faujas le asustó al pronto, con su aspecto sombrío y su sotana vieja... Aquí lo envié sólo para ver... El ministro se ha mostrado muy amable conmigo.

El obispo terminaba las frases con un ligero movimiento de la mano, buscando las palabras, temiendo decir más de la cuenta. Después, venció el afecto que tenía a su secretario, y añadió vivamente:

En fin, créame usted; sea usted útil al párroco de San Saturnino; ahora va a necesitar a todo el mundo, y me parece hombre que no olvida injurias ni beneficios. Pero no intime usted con él. Acabará mal. Esto es una impresión personal mía.

—¿Acabará mal?—repitió el curita con sorpresa.

—¡Oh! En este momento está en pleno triunfo... Lo que me inquieta es su cara, hijo mío; tiene un gesto horrible. Ese hombre no morirá en su cama... No me comprometa usted; yo no quiero más que vivir tranquilo, ni necesito más que reposo.

El Padre Surin tomaba de nuevo el libro cuando el Padre Faujas se hizo anunciar. Monseñor Rousselot, risueño, con las manos extendidas, salió a su encuentro, llamándole "mi querido párroco".

—Déjanos, hijo mío—dijo a su secretario, que se retiró.

Habló de su viaje. Su hermana estaba mejor; él había podido estrechar la mano a sus antiguos amigos.

—Y ¿ha visto usted al ministro?—preguntó el Padre Faujas mirándole fijamente.

—Sí, he creído deber hacerle una visita—respondió el obispo, sintiéndose colorado.—Me ha hablado muy bien de usted.

—¿De modo que ya no duda usted? ¿Confía en mí?

—En absoluto, querido párroco. Además yo no entiendo de política; le dejo a usted en libertad.

Hablaron toda la mañana. El Padre Faujas obtuvo de él que hiciera una visita a su diócesis. El le acompañaría y le apuntaría las menores palabras. Además, era necesario mandar instrucciones a los párrocos de los municipios más pequeños. Esto no ofrecía dificultades, pues el clero obedecería. La labor más delicada estaba en el mismo Plassans, en el barrio de San Marcos. La nobleza, encastillada en el fondo de sus hoteles, se escapaba en absoluto a la acción del cura; éste no había podido obrar hasta entonces más que sobre los realistas ambiciosos, los Rastoil, los Maffre, los de Bourdeu. El obispo le prometió sondear ciertos

salones del barrio de San Marcos en los que era recibido. Además, aun admitiendo que la nobleza votase en contra, no reuniría sino una minoría ridícula, si la burguesía clerical la abandonaba.

—Ahora—dijo monseñor Rousselot levantándose,—convendría quizá que yo supiese el nombre del candidato de usted, a fin de recomendarle.

El Padre Faujas sonrió.

—Los nombres son peligrosos—respondió.—En ocho días, no quedaría ni un trozo de nuestro candidato si le nombrásemos hoy... El marqués de Lagrifoul se ha hecho imposible. El señor de Bourdeu, que cuenta con salir, es más imposible aún. Les dejaremos que se destruyan uno a otro, y nosotros intervendremos en el último momento... Diga usted sencillamente que una elección puramente política sería muy sensible, que sería preciso, en interés de Plassans, un hombre ajeno a los partidos, que conozca a fondo las necesidades de la ciudad y de su distrito... Dé usted a entender también que ese hombre se ha encontrado, pero no vaya usted más allá.

El obispo sonrió a su vez. Detuvo al cura en el momento en que éste se despedía.

—¿Y el Padre Fénil?—le preguntó bajando la voz. — ¿No teme usted que se atravesase en sus proyectos?

El Padre Faujas se encogió de hombros.

—No ha vuelto a resollar—dijo.

—Precisamente—repuso el prelado,—esa tranquilidad es lo que me inquieta. Conozco a Fénil, que es el cura más rencoroso de mi diócesis. Tal vez ha abandonado la vanidad de vencer a usted en el terreno político; pero esté usted seguro de que se vengará de hombre a hombre... Le debe de espiar a usted desde el fondo de su retiro.

—¡Bah!—dijo el Padre Faujas, mostrando sus

blancos dientes.—No se me tragará vivo, creo yo.

El Padre Surin acababa de entrar. Cuando hubo partido el párroco de San Saturnino, hizo reír mucho a Monseñor, diciendo:

—¿Y si se devoraran uno a otro, como aquellas zorras de que sólo quedaron los rabos?

El período electoral iba a abrirse. Plassans, a la que las cuestiones políticas solían dejar indiferente, tenía un principio de ligera fiebre. Una boca invisible parecía predicar la guerra en las pacíficas calles. El marqués de Lagrifoul, que habitaba en La Palud, gran caserío vecino, había bajado hacia quince días, a casa de uno de sus deudos, el conde de Valqueyras, cuyo hotel ocupaba todo un rincón del barrio de San Marcos. Exhibiase, paseándose por la Carrera Sauvairé, iba a San Saturnino, saludaba a las personas influyentes, sin salir no obstante de su displicencia de gentil hombre. Pero aquellos esfuerzos de amabilidad, que habían bastado la primera vez, no parecían tener un gran éxito. Corrían acusaciones, engrosadas cada día, salidas no se sabía de dónde; el marqués era de una deplorable nulidad; con otro cualquiera, Plassans habría tenido desde hacía tiempo un ramal de ferrocarril que le uniese a la línea de Niza; finalmente, cuando un hijo del país iba a ver al marqués en Plassans, tenía que hacerle tres o cuatro visitas antes de obtener el más pequeño servicio. Sin embargo, aunque la candidatura del marqués estaba muy comprometida por estos reproches, ningún otro candidato se había hecho ver claramente. Se hablaba del señor de Bourdeu, y al mismo tiempo se decía que sería muy difícil reunir mayoría para aquel antiguo prefecto de Luis Felipe, que en ninguna parte tenía agarraderas sólidas. La verdad era que, en Plassans, una influencia desconocida acababa de perturbar por completo

las probabilidades de las diferentes candidaturas, rompiendo la alianza de legitimistas y republicanos. Lo que dominaba era una perplejidad general, una confusión llena de enojos, una necesidad de terminar cuanto antes las elecciones.

—La mayoría está descontenta—repetían los políticos de la Carrera Sauvaire.—Ahora falta saber cómo se fijará.

En esta fiebre de división que pasaba por la ciudad, los republicanos quisieron tener su candidato. Escogieron a un maestro sombrerero, un señor Maurin, buen sujeto muy querido de los obreros. Trouche, en los cafés, por la noche, proponía a un proscrito de Diciembre, un carpintero de las Tulettes, que tenía el buen sentido de rehusar. Hay que advertir que Trouche se presentaba como un republicano de los más ardientes. El se habría puesto al frente—decía,—de no tener entre la clrigalla al hermano de su mujer; con gran pesar se veía obligado a comer el pan de los santurrones, lo que le obligaba a quedarse en la sombra. Fue uno de los primeros en divulgar atrocidades del marqués de Lagrifoul; también aconsejó la ruptura con los legitimistas. Los republicanos, que eran poco numerosos, tenían que ser forzosamente derrotados. Pero el triunfo de Trouche fué el acusar a los de la Subprefectura y a los Rastoil de haber hecho desaparecer al pobre Mouret, con objeto de privar al partido democrático de uno de sus más honorables jefes. La noche en que lanzó esta acusación, en casa de un licorero de la calle Canquoin, las personas que allí se hallaban se miraron con aspecto singular. Los comadrazgos del barrio viejo, enterneciéndose por el “loco que pegaba a su mujer”, ahora que estaba ya encerrado, contaban que el Padre Faujas había querido desembarazarse de un marido molesto. Entonces Trouche,

cada noche, repitió su cuento, dando puñetazos en las mesas de los cafés, con tal convicción, que acabó por imponer una leyenda en la que el señor Péqueur des Saulaies representaba el más extraño papel del mundo. Hubo en las opiniones un cambio absoluto en favor de Mouret. Este se convirtió en una víctima política, en un hombre cuya influencia se había temido, hasta el punto de encerrarle en el manicomio de las Tulettes.

—Dejadme arreglar mis asuntos—decía Trouche con aire confidencial.—Yo entonces plantaré a esas devotas del diantre, y contaré cosas magníficas sobre su Obra de la Virgen... Una hermosa casa en la que las señoras se dan citas...

Entretanto, el Padre Faujas se multiplicaba; había algún tiempo que siempre se le veía en la calle. Se aderezaba mejor, y se esforzaba por tener en los labios una amable sonrisa. Los párpados, a ratos, se bajaban, apagando la obscura llama de su mirada. A menudo, perdida la paciencia, cansado de aquellas luchas mezquinas de cada día, entraba en su desalhajada habitación con los puños cerrados, deseando algún coloso que ahogar para aliviarse empleando su inútil fuerza. La vieja madame Rougon, a quien continuaba viendo en secreto, era su buen genio; ella le guiaba, tenía su gran cuerpo doblado ante ella en una silla baja, y le repetía que debía agradar, que lo estropearía todo mostrando sus desnudos brazos de luchador. Más tarde, cuando fuera el amo, cogería a Plassans por el cuello y le extrangularía, si esto podía contentarle. No sentía en verdad la menor ternura para Plassans, contra el cual tenía el rencor de cuarenta años de miseria, y a quien hacía reventar de despecho desde el golpe de Estado.

—Soy yo la que llevo sotana—le decía a veces

sonriendo.—Usted tiene modales de gendarme, mi querido párroco.

El cura se mostraba, sobre todo, muy asiduo en la sala de lectura del Círculo de la Juventud. Allí oía con indulgencia a los muchachos hablar de política. Movía la cabeza, y repetía que la honradez bastaba. Su popularidad crecía. Un día había consentido en jugar al billar, mostrándose de notable destreza; en la intimidad, aceptaba cigarrillos. El Círculo seguía en todo sus opiniones. Lo que acabó de caracterizarle como hombre tolerante, fué la manera bondadosísima con que abogó por la recepción de Guillermo Porquier, que había renovado su instancia.

—He visto a ese joven—dijo.—Fué a hacerme confesión general, y ¡caramba! le di la absolución. Para todo pecado, misericordia... Porque haya descolgado unos rótulos en Plassans y haya contraído deudas en París, no le vamos a tratar como leproso...

Cuando Guillermo fué recibido, dijo riendo a los hijos Maffre:

—Bueno, me debéis dos botellas de Champagne... Ya veís que el párroco hace todo lo que yo quiero. Tengo un secreto para hacerle cosquillas en el punto sensible, y entonces, hijitos, se ríe y no me niega nada.

—Pues no parece quererte mucho—observó Alfonso.—Te mira muy atravesado.

—¡Bah! Es que le habré hecho las cosquillas demasiado fuerte... Ya veréis como pronto somos los mejores amigos del mundo.

En efecto, el Padre Faujas pareció coger cariño al hijo del doctor; decía que aquel pobre muchacho necesitaba ser guiado por una mano muy suave. Guillermo, en poco tiempo, se convirtió en el gallito del Círculo; inventó juegos, hizo saber la

receta del ponche con "Kirsch", corrompió a todos los jovencuelos salidos del colegio. Sus vicios amables le dieron una influencia enorme. Mientras los órganos roncaban encima de la sala de billar, Guillermo bebía "chops", rodeado de los hijos de todos los personajes de viso de Plassans, y contándoles indecencias que les hacían morir de risa. El Círculo entró así en truhanerías maquinadas en los rincones. Pero el Padre Faujas no oía nada. Guillermo decía que era "una gran cabezota" que meditaba grandes pensamientos.

—El Padre será obispo en cuanto quiera—decía.—Ya ha rechazado una parroquia en París. Desea quedarse en Plassans, pues ha cogido cariño a la ciudad... Yo le elegiría diputado. ¡El sí que nos defendería en la Cámara! Pero no aceptaría; es demasiado modesto... Cuando lleguen las elecciones, podrán consultarle. Ese no hará ningún embuchado.

Luciano Delangre era el hombre grave del Círculo. Mostraba gran deferencia hacia el Padre Faujas, y conquistaba para él al grupo de jóvenes estudiosos. A menudo iba con él al Círculo, hablando vivamente, y callándose en cuanto entraban en la sala común.

El cura, con regularidad, al salir del café establecido en los sótanos de los Mínimos, iba a la Obra de la Virgen. Llegaba a la mitad del recreo, y se mostraba sonriendo en la escalinata del patio. Entonces todas las chiquillas acudían, disputándose sus bolsillos, en los que siempre había estampas de santos, rosarios, medallas benditas. Se había hecho querer por aquellas niñas grandes, dándoles golpecitos en las mejillas y recomendándoles que fueran muy buenas, lo cual ponía solapadas sonrisas en sus descarados rostros. A menudo la religiosas se quejaban a él; las niñas confiadas a su



cuidado eran ingobernables; se pegaban, se arrancaban los pelos, hacían cosas peores aún. El no veía en esto más que pecadillos. En la capilla, sermoneaba a las más turbulentas, que salían sumisas. A veces, se valía como pretexto de alguna falta más grave para mandar llamar a sus padres, que se despedían conmovidos por su bondad. Las pilluelas de la Obra de la Virgen le habían conquistado el corazón de las familias pobres de Plassans. Por la noche, al volver a su casa, contaban cosas extraordinarias referentes al señor párroco. No era raro encontrar a dos de ellas, en los sombríos rincones de los baluartes, a punto de abofetearse para decidir a cuál quería más el señor párroco.

—Esas picaruelas representan muy bien de dos a tres mil votos—pensaba Trouche, mirando, desde la ventana de su despacho, las amabilidades del Padre Faujas.

Se había ofrecido para conquistar a “aquellos corazoncitos”, como llamaba a las muchachas; pero el cura, inquieto por sus relucientes miradas, le había prohibido formalmente que pusiera los pies en el patio. Trouche se contentaba, cuando las religiosas volvían la espalda, con tirar golosinas a los “corazoncitos”, como se tiran migas de pan a los gorriones. Sobre todo, llenaba de anises el delantal de una gran rubia, hija de un curtidor, que, a los trece años, tenía cuerpo de mujer formada.

El día del Padre Faujas no había acabado; en seguida hacía breves visitas a las señoras de la buena sociedad. Madame Rastoil, madame Delangre le recibían entusiasmadas; repetían sus menores dichos, y sacaban de ellos conversación para toda la semana. Pero su gran amiga era madame de Condamin. Esta conservaba una familiaridad sonriente, una superioridad de mujer bonita que

sabe que es omnipotente. Sostenía fragmentos de conversación en voz baja, tenía ojeadas y sonrisas particulares, que denotaban una alianza secreta. Cuando el cura se presentaba en su casa, ella echaba con una mirada a su marido. “El gobierno estaba en consejo”, como decía complacido el conservador de aguas y bosques, montando a caballo con toda filosofía. Era madame Rougon la que había hablado al cura de madame de Condamin.

—Aun no es del todo aceptada—le replicó. Es mujer de gran talento bajo su coquetería aparente. Puede usted confiarse a ella; ella verá en el triunfo de usted una manera de imponerse por completo; le será a usted de la mayor utilidad, si tiene usted que repartir destinos y cruces... Ha conservado en París un buen amigo, que la manda tantos lacitos rojos como le pide.

Manténase alejada madame Rougon con manobra de suprema habilidad; por ello la hermosa Octavia se había convertido en la más activa aliada del Padre Faujas. Se atrajo a un amigo y a los amigos de sus amigos. Salía a su campaña cada mañana y hacía una propaganda asombrosa, sólo con ayuda de saluditos que repartía con la yema de sus enguantados dedos. Sobre todo obraba sobre los burgueses, decuplicando la influencia femenina, cuya necesidad había comprendido el cura desde sus primeros pasos en la estrecha sociedad de Plassans. Ella fué la que cerró el pico a los Paloque, que se encarnizaban con la casa de los Mouret; arrojó una torta de miel a los dos monstruos.

—¿Conque nos guarda usted rencor, querida señora?—dijo un día a la mujer del juez, con quien se tropezó. —Hace usted muy mal; sus amigos no la olvidan; piensan en usted y le preparan una sorpresa.

—¡Valiente sorpresa será!—exclamó agriamente madame Paloque.—No se burlarán más de nosotros; he procurado quedarme en mi rincón.

Madame de Condamin sonreía.

—¿Qué diría usted—preguntó—si el señor Paloque fuera condecorado?

La del juez se quedó muda. Una ola de sangre le puso el rostro azul, y la dejó espantosa.

—Usted se burla—tartamudeó.—Eso es una nueva intriga contra nosotros... Si no fuera verdad, no la perdonaría a usted nunca.

La hermosa Octavia tuvo que jurarle que no había nada más cierto. El nombramiento era seguro, sólo que no aparecería en el "Monitor" sino después de las elecciones, porque el gobierno no quería que se dijera que compraba los votos de la magistratura. Y dió a entender que el Padre Faujas no era extraño a aquella recompensa tanto tiempo esperada; había hablado de ella con el subprefecto.

—Entonces tenía razón mi marido—dijo asustada madame Paloque.—Hace mucho tiempo que me alborota para que vaya a dar satisfacción al cura... Yo soy testaruda, y antes me habría dejado matar... Pero desde el momento en que el cura quiere dar el primer paso... La verdad es que nosotros no pedimos más que vivir en paz con todo el mundo. Mañana iremos a la subprefectura.

Al día siguiente, los Paloque estuvieron muy humildes. La mujer habló horriblemente mal del Padre Fénil. Con impudor admirable, contó que había ido un día a verle, y que en su presencia había hablado de echar de Plassans "a toda la patulea del Padre Faujas".

—Si usted quiere—dijo al párroco llamándole aparte,—yo le daré una nota dictada por el Gran Vicario. Se trata de usted. Son, según creo, feas

historias que quería hacer imprimir en la "Gaceta de Plassans".

—¿Y cómo tiene usted esa nota?—preguntó el cura.

—Bástele a usted saber que la tengo—respondió sin desconcertarse.

Después, sonriendo:

—La he hallado—dijo.—Y ahora recuerdo que, encima de una tachadura, hay dos o tres palabras de puño y letra del mismo vicario... Yo lo confiaré al honor de usted... Porque nosotros no queremos comprometernos.

Antes de darle la nota, por espacio de tres días fingió sentir escrúpulos. Fué preciso que madame de Condamin le jurara en secreto que la jubilación del señor Rastoil sería pronto pedida, de manera que pronto podría el señor Paloque heredar la presidencia. Entonces, la señora entregó el papel. El Padre Faujas no quiso conservarlo; se lo llevó a madame Rougon, encargándole que hiciese uso de él, sin dejar por ello de mantenerse en la sombra, si el gran vicario pareciera mezclarse lo más mínimo en las elecciones.

Madame de Condamin dejó también entrever al señor Maffre que el emperador pensaba en condecorarle, y prometió formalmente al doctor Porquier que encontraría un destino para el granuja de su hijo. Sobre todo en los jardines, en las reuniones íntimas de la tarde, se mostraba complaciente en grado sumo. El verano estaba próximo a terminarse; madame de Condamin llegaba con trajes ligeritos, tiritando un tanto, y arriesgándose a resfriarse con tal de exhibir sus brazos y de vencer los últimos escrúpulos de la tertulia Rastoil. Bajo la glorieta de los Mouret fué donde se decidió realmente la elección.

—Bueno, señor subprefecto—dijo el Padre Fau-

jas sonriendo, un día en que estaban reunidas las dos tertulias.—Se acerca la gran batalla.

Habían acabado de reirse, en la intimidad, de las luchas políticas. Se estrechaban la mano en la parte trasera de las casas, en los jardines, al paso que se devoraban en las fachadas. Madame de Condamin echó una viva mirada al señor Péqueur des Saulaies, que se inclinó con su corrección acostumbrada, recitando de un solo aliento:

—Yo me quedo en mis tiendas, señor cura. He tenido la fortuna de hacer comprender a Su Exce-lencia que el gobierno debe abstenerse en interés inmediato a Plassans. No habrá candidato oficial.

El señor de Bourdeu se puso pálido. Latieron sus párpados, y sus manos hicieron un movimiento de alegría.

—¡No había candidato oficial!—repitió el señor Rastoil, desconcertado por la inesperada noticia y saliendo de la reserva en que se había mantenido hasta entonces.

—No—repuso el señor Péqueur des Saulaies.—La ciudad tiene bastantes hombres honrados y es lo bastante crecida para escoger por sí misma su representante.

Se había inclinado levemente hacia el señor de Bourdeu, que se levantó balbuceando:

—Sin duda, sin duda.

Entre tanto, el Padre Surin había organizado una partida de "tintín remolín". Las señoritas Rastoil, los hijos de Maffre, Severino, estaban precisamente buscando el pañuelo, el mismo pañuelo del cura, que éste acababa de esconder. Toda la juventud daba vueltas alrededor de las personas graves, en tanto que el cura gritaba con su voz de falsete:

—¡Que se queman! ¡Que se queman!

Angelina fué la que encontró el pañuelo, en el

abierto bolsillo del doctor Porquier, en el que el cura lo había deslizado diestramente. Riéronse mucho, y se consideró como una ingeniosa broma la elección de aquel escondite.

—Ahora tiene probabilidades Bourdeu—dijo el señor Rastoil cogiendo aparte al Padre Faujas.—Es un fastidio. Y no puedo decírselo, pero nosotros no le votaremos; está demasiado comprometido como orleanista.

—¡Mire usted a su hijo Severino!—exclamó madame de Condamin, interrumpiendo la conversación.—¡Qué chiquillo! Ha dejado el pañuelo debajo del sombrero del Padre Baurette.

Después bajó la voz.

—A propósito, le felicito, señor Rastoil. He recibido una carta de París en que me aseguran haber visto el nombre de su hijo en una lista del guardasellos; creo que será nombrado sustituto de Faverralles.

El presidente se inclinó, con el rostro teñido en sangre. El ministerio no le había perdonado la elección del marqués de Lagrifoul. Desde entonces, por una especie de fatalidad, no había podido ni colocar a su hijo ni casar a sus hijas. No se quejaba, pero tenía fruncimientos de labios que hablaban muchísimo.

—Le decía a usted—dijo para ocultar su emoción,—que de Bourdeu es peligroso; por otro lado, no es de Plassans, no conoce nuestras necesidades. Tanto montaría reelegir al marqués.

—Si el señor de Bourdeu mantiene la candidatura—declaró el Padre Faujas,—los republicanos tendrán una mayoría imponente, lo cual producirá un efecto detestable.

Madame de Condamin sonreía. Pretendió no entender nada de política, y se escapó, en tanto que el cura llevaba al presidente hasta el fondo de

la glorieta, en donde continuó la conversación en voz baja. Cuando volvieron despacito, el señor Rastoil respondía:

—Tiene usted razón; sería un candidato conveniente. No es de ningún partido, y con él se haría la inteligencia... Yo no soy más amigo que usted del imperio, ¿estamos? Pero acaba por ser pueril el enviar a la Cámara diputados que no llevan otro mandato que el de molestar al gobierno. Plassans sufre, y necesita un hombre de negocios, un hijo del país en situación de defender sus intereses.

—¡Que se queman! ¡Que se queman!—gritaba la aflautada voz de Aurelia.

El Padre Surin, que guiaba la cuadrilla, atravesó la glorieta huroncando.

—¡Que se enfrían! Que se enfrían!—repetía la señorita, regocijada por la inutilidad de las pesquisas.

Pero uno de los hijos de Maffre, levantando una maceta, descubrió el pañuelo, doblado en cuatro.

—Esa zancuillarga de Aurelia se lo habría podido meter en la boca—dijo madame Paloque.—Caberle le cabe, y nadie habría ido a buscarlo.

Su marido la hizo callar con una mirada furiosa. No le toleraba la menor palabra agria. Temiendo que el señor de Condamin hubiese oído, murmuró:

—¡Qué hermosa juventud!

—Querido señor—decía el conservador de aguas y bosques al señor de Bourdeu,—el triunfo de usted es seguro; sólo que debe usted tomar sus precauciones cuando esté en París. Sé de buena tinta que el gobierno está decidido a dar un golpe de fuerza, si la oposición le estorba mucho.

El subprefecto le miró, muy inquieto, preguntándose si el otro se burlaba de él. El señor Péqueur des Saulaies se contentó con sonreír, retor-

ciéndose el mostacho. Después, la conversación volvió a hacerse general, y el señor de Bourdeu creyó observar que todo el mundo le felicitaba por su próximo triunfo con discreción llena de tacto. Gozó de una hora de popularidad exquisita.

—Es sorprendente ver cuánto más pronto maduran las uvas al sol—observó el Padre Bourrette, que no se había movido de su silla, clavando los ojos en el techo de la glorieta.

En el Norte—explicó el doctor Porquier,—no se obtiene a veces la madurez sino quitando las hojas que rodean los racimos.

Entablábase una discusión sobre este punto, cuando Severino dió a su vez el grito de:

—¡Que se queman! ¡Que se queman!

Pero había colgado el pañuelo tan inocentemente detrás de la puerta del jardín, que el Padre Surin lo encontró en seguida. Cuando el curita lo hubo escondido, la partida escudriñó en vano el jardín durante cerca de media hora; tuvieron que darse por vencidos. Entonces el cura lo enseñó en el mismo centro de un arriate, tan artísticamente hecho una pelota, que parecía una piedra blanca. Fué el golpe más bonito de la tarde.

La noticia de que el gobierno renunciaba a patrocinarse un candidato, corrió por la ciudad, en la que produjo gran emoción. Semejante abstención tuvo el lógico resultado de inquietar a los diferentes grupos políticos, que contaban con la división producida por una candidatura oficial para alcanzar victoria. El marqués de Lagrifoul, el señor de Bourdeu, el sombrerero Maurin, parecían tener que repartirse los votos por terceras partes casi iguales; seguramente habría empate, y Dios sabe qué nombre saldría de la segunda votación. En verdad, se hablaba de un cuarto candidato cuyo nombre nadie podía precisar, un hombre de buena voluntad,

que quizá consiguiera poner a todos de acuerdo. Los electores de Plassans, sobrecogidos de miedo desde que se sentían comprometidos, no querían otra cosa que entenderse, escogiendo a uno de sus conciudadanos agradable a todos los partidos.

—El gobierno hace mal en tratarnos como a niños terribles — decían picados los agudos políticos del Círculo del Comercio.—No parece sino que la ciudad es un foco revolucionario. Si la administración hubiese tenido el tacto de patrocinar un candidato posible, todos habríamos votado por él. El subprefecto ha hablado de dar una lección. Pues bien, no la aceptamos. Nosotros sabremos encontrar nuestro candidato, y haremos ver que Plassans es una ciudad de buen sentido y de verdadera libertad.

Y lo buscaban. Pero los nombres indicados por amigos o por interesados no hacían sino aumentar la confusión. En una semana hubo más de veinte candidatos. Madame Rougon, inquieta, no comprendiendo ya, fué a ver al Padre Faujas, furiosa con el subprefecto. Aquel Péqueur era un asno, un belitre, un maniquí para adornar un salón oficial; había dejado derrotar al gobierno, y acababa de comprometerlo con una actitud de indiferencia ridícula.

—Cálmese usted—dijo el cura sonriendo.—Esta vez el señor Péqueur se limita a obedecer. La victoria es segura.

—¡Eh! ¡Si usted no tiene candidato!—exclamó

—¿Dónde está el candidato de usted?

Entonces el cura desenvolvió su plan. Ella lo aprobó como mujer de talento, pero acogió con la mayor sorpresa el nombre que le confió el cura.

—¡Cómo!—dijo.—¿A él le ha elegido usted? Nadie ha pensado jamás en él, se lo aseguro.

—Así lo espero—repuso el cura sonriendo de

nuevo.—Necesitábamos un candidato en el que nadie pensara, de modo que todo el mundo pudiera aceptarlo sin creerse comprometido.

Después, con el abandono de un hombre fuerte que se digna explicar su conducta:

—Tengo que dar a usted mil gracias—continuó.—Usted me ha evitado muchas faltas. Yo miraba siempre la meta, y no veía los cordelitos tendidos que hubieran quizá bastado para romperme el alma. ¡A Dios gracias, ha acabado esa guerra pueril; voy a poder moverme con libertad... En cuanto a mi elección, esté usted segura de que es buena. Desde que llegué a Plassans, estoy buscando un hombre, y no he encontrado más que ese. Es dúctil, inteligente, activísimo; ha sabido no indisponerse con nadie aquí, lo que no hace un ambicioso vulgar. No ignoro que usted no es muy amiga suya, y por esto no me he confiado antes a usted. Pero hace usted mal, y ya verá usted lo que hace ese personaje en cuanto se encarrile; morirá senador... Finalmente, lo que me ha decidido es lo que de su historia me han contado. Parece que por tres veces ha vuelto a tomar a su mujer, después de haberla encontrado en flagrante delito, y cada vez ha hecho que el bonachón de su suegro le diera cien mil francos. Si realmente se ha hecho rico de esta suerte, es un "punto" que sería muy útil en París para ciertos trabajos... ¡Oh! ya puede usted buscar. Si le descartamos, sólo imbéciles nos quedan en Plassans.

—Entonces es un regalo que hace usted al gobierno—dijo sonriendo Felicidad.

Se dejó convencer. Y al día siguiente, el nombre de Delangre corrió de un extremo a otro de la ciudad. Los amigos, se decía, a fuerza de insistir, le habían decidido a aceptar la candidatura. La había rehusado mucho tiempo, juzgándose indig-

no, y repitiendo que no era político, y que por el contrario, los señores de Lagrifoul y de Bourden tenían gran experiencia en los negocios públicos. Después, como le dijeran que Plassans necesitaba precisamente de un diputado ajeno a los partidos, se había dejado convencer, pero haciendo las más explícitas profesiones de fe. Quedaba bien entendido que no iría a la Cámara ni a vejar ni a apoyar al Gobierno; que únicamente se consideraría representante de los intereses de la ciudad, y que, por otra parte, votaría siendo el alcalde de Plassans, de modo que mostrase bien el papel conciliador y completamente administrativo de que consentía en encargarse. Tales palabras parecieron singularmente prudentes. Los agudos políticos del Círculo del Comercio, repetían a porfía aquella misma noche:

—Ya lo había dicho yo. Delangre es el hombre que necesitamos... Tengo curiosidad por saber lo que responderá el subprefecto, cuando salga de la urna el nombre del alcalde. No se nos acusará de haber votado como colegiales enfadados; tampoco podrán reprocharnos que hayamos caído de hinojos ante el Gobierno. Si el imperio recibiera algunas lecciones así, mejor irían los negocios.

Fué un reguero de pólvora. La mina estaba preparada, y una chispa había bastado. Por todas partes a la vez, en los tres barrios de la ciudad, en cada casa, en cada familia, se oyó el nombre del señor Delangre pronunciado con los mayores elogios. Se convertía en el esperado Mesías, en el salvador ignorado el día antes, revelado por la mañana y adorado por la noche.

En el fondo de las sacristías, en el fondo de los confesionarios, era balluceado el nombre del señor Delangre; retumbaba en el eco de las naves, caía de los púlpitos, se repetía de oído en oído, como

un sacramento, ensanchándose hasta el fondo de las últimas casas devotas. Los curas lo llevaban en los pliegues de las sotanas; El Padre Baurrette le daba la respetable bondad de su vientre; el Padre Surin la gracia de su sonrisa; monseñor Rousset el encanto femenino de su bendición pastoral. Las damas de la buena sociedad no acababan nunca de hablar del señor Delangre; le hallaban un carácter tan hermoso, una figura tan fina, tan espiritual... Madame Rastoil se ruborizaba aún; madame Paloque estaba casi hermosa al entusiasmarse; en cuanto a madame de Condamín, se hubiera batido a abanicazos por él, y le ganaba corazones por su manera de estrechar la mano a los electores que prometían sus votos. Finalmente, el señor Delangre apasionaba al Círculo de la Juventud. Severino le había tomado por héroe, en tanto que los hijos de Maffre y Guillermo iban a conquistarle voluntades a los lugares vitandos de la ciudad. Y hasta las picaruelas de la Obra de la Virgen, en el fondo de las desiertas calles de los baluartes, jugaban con los aprendices curtidores del barrio celebrando los méritos del señor Delangre.

El día del escrutinio, fué aplastante la mayoría. Toda la ciudad era cómplice. El marqués de Lagrifoul, y después el señor de Bourden, furibundos ambos, gritaron traición y retiraron sus candidaturas. El señor Delangre, pues, había quedado solo en presencia del sombrerero Maurin. Este obtuvo los votos de mil quinientos republicanos intratables del arrabal. El alcalde tuvo a su lado los campos, la colonia bonapartista, los burgueses clericales de la ciudad nueva, los perezosos comerciantes del barrio viejo y hasta algunos ingenuos realistas del barrio de San Marcos, cuyos habitantes nobles se abstuvieron. Así reunió treinta y tres mil votos. El asunto fué tan bien llevado, y el triunfo obteni-

do con tanta gallardía, que Plassans se quedó sorprendidísimo, la noche de la elección, por haber tenido una voluntad tan unánime. La ciudad creyó que acababa de tener un sueño heroico, que una mano poderosa debía de haber golpeado el suelo para sacar de él aquellos treinta y tres mil electores, aquel ejército ligeramente temible, cuya fuerza nadie hasta entonces había sospechado. Los políticos del Círculo del Comercio se miraban con aire perplejo, como hombres a quienes confunde la victoria.

Por la noche, la tertulia del señor Rastoil se unió a la del señor Péqueur des Saulaies, para regocijarse discretamente en un saloncito de la subprefectura que daba a los jardines. Se tomó el té. El gran triunfo del día acababa de fusionar los dos grupos en uno sólo. Todos los contertulios estaban allí.

—Yo no he hecho oposición sistemática a ningún gobierno—acabó por declarar el señor Rastoil al aceptar los pastelitos que le ofrecía el señor Péqueur des Saulaies.—La magistratura no debe inmiscuirse en las luchas políticas. Llegó hasta confesar de buen grado que el imperio ha realizado ya grandes cosas, y que está llamado a realizarlas más grandes aún, si persiste en la vía de la justicia y de la libertad.

Inclinóse el subprefecto, como si tales elogios fuesen dirigidos a él personalmente. El día antes, el señor Rastoil había leído en el "Monitor" el decreto nombrando a su hijo sustituto de Faveroles. Se hablaba mucho también de un matrimonio concertado entre Luciano Delangre y la mayor de las señoritas Rastoil.

—Sí, es cosa hecha—respondió muy bajo el señor de Condamín a madame Paloque, que acababa de preguntarle acerca de ello.—Ha escogido a Angelina. Creo que él habría preferido a Aurelia.

Pero deben de haberle hecho comprender que no podían, decentemente, casar a la menor antes que a la mayor.

—¿Angelina? ¿Está usted seguro?—murmuró perversamente madame Paloque.—Yo creía que Angelina tenía un parecido...

El conservador de aguas y bosques se llevó un dedo a los labios sonriendo.

—Es una suerte; ¿verdad? Al fin y al cabo...—continuó la fea.—Los lazos entre ambas familias serán más fuertes... Ahora somos amigos... Paloque espera la cruz. A mí me parece todo bien.

El señor Delangre no llegó hasta más tarde. Se le hizo una verdadera ovación. Madame de Condamín, acababa de participar al doctor Porquier que su hijo Guillermo era nombrado oficial principal de correos. Distribuía las buenas noticias; decía que el Padre Bourrette sería gran vicario de Monseñor al siguiente año; daba un obispado al Padre Surin antes de los cuarenta, y anunciaba la cruz para el señor Maffre.

Ese pobre de Bourdeu...—dijo el señor Rastoil con un postrer pesar.

—¡Oh, no hay que compadecerle!—exclamó la joven alegremente.—Yo me encargo de consolarle. La Cámara no era para él. El necesita una prefectura... Dígale usted que acabaremos por encontrarle una prefectura.

Crecieron las risas. El amable humor de la bella Octavia, el cuidado que ponía en contentar a todos, encantaba a la reunión. Realmente, ella hacía los honores de la subprefectura. Ella reinaba. Y ella fué la que, bromeando, dió al señor Delangre los consejos más prácticos acerca del puesto que debía ocupar en el Cuerpo Legislativo. Le llamó aparte y le ofreció presentarle a personajes importantes, lo cual aceptó con gratitud. A las

once, el señor de Condamin habló de que el jardín se iluminase. Pero ella calmó el entusiasmo de aquellos señores, diciendo que no estaría bien, y que no se debía aparentar que se burlaban de la ciudad.

—¿Y el Padre Fénil—preguntó bruscamente al Padre Faujas, llevándolo al hueco de un balcón.

—Ahora pienso en él... ¿No ha resollado?

—El Padre Fénil es hombre de talento—respondió el cura con leve sonrisa.—Se le ha hecho comprender que hará muy mal en meterse en política en lo sucesivo.

El Padre Faujas, en medio de aquella triunfante alegría, permanecía grave. Tenía la victoria ruda. La charla de madame de Condamin le fatigaba; la satisfacción de aquellos ambiciosos vulgares le llenaba de desprecio. En pie, apoyado en la chimenea, parecía meditar con la vista perdida a lo lejos. Era el amo, y ya no tenía necesidad de mentir a sus instintos; podía alargar la mano, coger la ciudad, hacerla temblar; aquella alta figura negra llenaba el salón. Poco a poco, los sillones se habían acercado, formando círculo en torno suyo. Los hombres esperaban de él una palabra de satisfacción. Las mujeres le solicitaban con la vista como sumisas esclavas. Pero él, brutalmente, rompiendo el círculo, fué el primero en irse, despidiéndose con una frase breve.

Cuando entró en casa de los Mouret, por el callejón de las Chevillottes y por el jardín, encontró a Marta sola en el comedor, en una silla recostada en la pared, muy pálida, y mirando con vaga pupila la lámpara que se extinguía. Arriba, Trouche recibía, cantando una picardía graciosa, que Olimpia y sus invitados acompañaban dando en los vasos con el mango de los cuchillos.

## XX

El Padre Faujas puso la mano sobre el hombro de Marta.

—¿Qué hace usted aquí? — preguntó. — ¿Por qué no ha ido usted a acostarse?... Le había prohibido que me esperara.

Marta despertó como sobresaltada. Balbuceó:

—Creía que volvería usted más pronto. Me he dormido. Rosa ha debido de hacer té.

Pero el cura, llamando a la cocinera, la riñó porque no había obligado a su ama a acostarse. Le hablaba con tono de mando que no admitía réplica.

—Rosa, dé usted el té al señor párroco — dijo Marta.

—¡No necesito té!—exclamó él incomodándose.

—¡Acuéstese usted en seguida! Es ridículo. Ya no soy dueño de mis actos... Rosa, alúmbreme usted.

La cocinera le acompañó hasta el pie de la escalera.

—El señor cura sabe muy bien que no es culpa mía—dijo.—La señora es muy rara. Con lo enferma que está, no puede permanecer una hora en



once, el señor de Condamin habló de que el jardín se iluminase. Pero ella calmó el entusiasmo de aquellos señores, diciendo que no estaría bien, y que no se debía aparentar que se burlaban de la ciudad.

—¿Y el Padre Fénil—preguntó bruscamente al Padre Faujas, llevándolo al hueco de un balcón.

—Ahora pienso en él... ¿No ha resollado?

—El Padre Fénil es hombre de talento—respondió el cura con leve sonrisa.—Se le ha hecho comprender que hará muy mal en meterse en política en lo sucesivo.

El Padre Faujas, en medio de aquella triunfante alegría, permanecía grave. Tenía la victoria ruda. La charla de madame de Condamin le fatigaba; la satisfacción de aquellos ambiciosos vulgares le llenaba de desprecio. En pie, apoyado en la chimenea, parecía meditar con la vista perdida a lo lejos. Era el amo, y ya no tenía necesidad de mentir a sus instintos; podía alargar la mano, coger la ciudad, hacerla temblar; aquella alta figura negra llenaba el salón. Poco a poco, los sillones se habían acercado, formando círculo en torno suyo. Los hombres esperaban de él una palabra de satisfacción. Las mujeres le solicitaban con la vista como sumisas esclavas. Pero él, brutalmente, rompiendo el círculo, fué el primero en irse, despidiéndose con una frase breve.

Cuando entró en casa de los Mouret, por el callejón de las Chevillottes y por el jardín, encontró a Marta sola en el comedor, en una silla recostada en la pared, muy pálida, y mirando con vaga pupila la lámpara que se extinguía. Arriba, Trouche recibía, cantando una picardía graciosa, que Olimpia y sus invitados acompañaban dando en los vasos con el mango de los cuchillos.

## XX

El Padre Faujas puso la mano sobre el hombro de Marta.

—¿Qué hace usted aquí? — preguntó. — ¿Por qué no ha ido usted a acostarse?... Le había prohibido que me esperara.

Marta despertó como sobresaltada. Balbuceó:

—Creía que volvería usted más pronto. Me he dormido. Rosa ha debido de hacer té.

Pero el cura, llamando a la cocinera, la riñó porque no había obligado a su ama a acostarse. Le hablaba con tono de mando que no admitía réplica.

—Rosa, dé usted el té al señor párroco — dijo Marta.

—¡No necesito té!—exclamó él incomodándose.

—¡Acuéstese usted en seguida! Es ridículo. Ya no soy dueño de mis actos... Rosa, alúmbreme usted.

La cocinera le acompañó hasta el pie de la escalera.

—El señor cura sabe muy bien que no es culpa mía—dijo.—La señora es muy rara. Con lo enferma que está, no puede permanecer una hora en

su cuarto. Es preciso que vaya, que venga, que jadee, que dé vueltas por el placer de darlas, sin hacer nada... Yo soy la primera perjudicada; siempre me está estorbando... Después, cuando cae sobre una silla, tiene para rato. Se queda quieta, mirando hacia adelante con espanto, como si viera cosas abominables... Más de diez veces le he dicho esta noche que si no subía se incomodaría usted. Ni siquiera ha parecido oírme.

El cura subió la escalera sin responder. Arriba, delante del cuarto de los Trouche, alargó el brazo, como para golpear la puerta con el puño. Pero los cantos habían cesado; por el ruido de las sillas, comprendió que los convidados se retiraban, y se apresuró a entrar en su cuarto. Trouche, en efecto, bajó casi en seguida con dos camaradas recogidos bajo las mesas de algún cafetucho; en la escalera gritaba que sabía vivir y que iba a acompañarles. Olimpia se inclinó sobre la baranda.

—Puede usted echar los cerrojos—dijo a Rosa.—Como de costumbre, no volverá hasta mañana.

Rosa, a quien no había podido ocultar la mala conducta de su marido, la compadecía mucho. Echó los cerrojos gruñendo:

—¡Cácese usted! Los hombres le pegan o se van de juerga... ¡Ah! Prefiero estar como estoy.

Cuando volvió, encontró de nuevo a su amantada, caída en una especie de estupor doloroso, con las miradas clavadas en la lámpara. La sacudió, y la hizo subir a acostarse. Marta se había vuelto muy miedosa. Por la noche—decía,—veía grandes claridades en las paredes de su habitación, y oía violentos golpes en la cabecera. Rosa dormía ahora a su lado, en un gabinetito, desde el cual corría a tranquilizarla, al menor gemido.

Aquella noche, estaba desnudándose aún, cuando la oyó estertorar; hallóla en medio de los arrancados cobertores, con los ojos agrandados por un terror mudo, con los puños en la boca para no gritar. Tuvo que hablarle lo mismo que a un niño, separando las cortinas, mirando bajo los muebles, jurándole que se había equivocado, que no había nadie allí. Tales miedos terminaban por ataques de catalepsia, que la tenían como muerta, con la cabeza sobre la almohada, abiertos los ojos.

—Es que el señor la atormenta—masculló la cocinera al meterse por fin en la cama.

El día siguiente era uno de los de visita del doctor Porquier. Este iba a visitar a madame Mouret dos veces por semana, con regularidad. Le dió golpecitos en las manos, y le repitió con amable optimismo:

—Vamos, querida señora, eso no es nada... ¿Sigue usted tosiendo un poco, verdad? Un simple resfriado que se ha descuidado, y que curaremos con jaropes.

Entonces, quejóse Marta de dolores intolerables en la espalda y en el pecho, sin separar la vista de él, y buscando en su rostro, en toda su persona, las cosas que no decía.

—¡Tengo miedo de volverme loca!—dijo con un sollozo.

El doctor la tranquilizó sonriendo. El verle producía siempre a Marta viva ansiedad; la espantaba aquel hombre tan cortés y tan dulce. A menudo, prohibía a Rosa que le dejase entrar, diciendo que no estaba enferma, que no necesitaba ver continuamente un médico en casa. Rosa se encogía de hombros y continuaba haciendo entrar al médico. Por otra parte, éste acababa por no hablarle de su enfermedad, y parecía hacerle meras visitas de cortesía.

—A veces es impotente la ciencia — respondió con gravedad.—Pero la Providencia es inagotable en sus bondades... La pobre señora se ha visto muy trastornada. No la desahucio en absoluto. El pecho no está aún más que muy poco atacado, y el clima aquí es bueno.

Entonces comenzó una disertación sobre el tratamiento de las enfermedades del pecho, en el distrito de Plassans. Preparaba un folleto sobre este tema, no para publicarlo, porque tenía la destreza de no ser sabio, sino para leerlo a algunos amigos íntimos.

—Y he aquí las razones—dijo al terminar,—que me hacen creer que la temperatura igual, la flora aromática, las aguas salubres de nuestros ribazos, son de absoluta excelencia para la curación de las afecciones del pecho.

El cura había escuchado con su aspecto duro y silencioso.

—Se equivoca usted—respondió lentamente.—Madame Mouret está muy mal en Plassans... ¿Por qué no la envía usted a pasar el invierno en Niza?

—¿A Niza?—repitió el doctor inquieto.

Miró al doctor un instante; después, con complaciente voz:

—En efecto, estaría muy bien en Niza. En el estado de sobreexcitación nerviosa en que se encuentra, un cambio de aires daría buenos resultados... Tendré que aconsejarle ese viaje. Ha tenido usted una excelente idea, señor cura.

Saludó y entró en casa de madame de Condamin, cuyas menores jaquecas le ocasionaban extraordinarios desvelos. Al día siguiente, al comer, Marta habló al doctor en términos casi violentos. Juraba no recibirle más.

—El es el que me pone enferma—dijo.—¿Pues no me ha aconsejado esta tarde que viaje?

—Y yo lo apruebo—declaró el Padre Faujas, doblando la servilleta.

Ella le miró fijamente, palidísima y diciendo en voz baja:

—¿Usted también me echa de Plassans? ¡Me moriría en país desconocido, lejos de mis costumbres, de las personas queridas!

El cura estaba de pie, a punto de abandonar el comedor. Se acercó, y dijo con una sonrisa:

—Sus amigos no desean más que su salud. ¿Por qué se rebela usted de ese modo?

—No, no quiero, no quiero, ¿entiende usted?—dijo ella retrocediendo.

Hubo una corta lucha. La sangre se había agolpado a las mejillas del cura; había cruzado los brazos, como para resistir la tentación de pegar a aquella mujer. Ella, arrinconada a la pared, se había erguido, con la desesperación de su debilidad. Después, vencida, extendió las manos y balbuceó:

—Se lo suplico, déjeme aquí... Yo le obedeceré a usted.

Y al ver que prorrumpía en sollozos, el cura se fué, encogiéndose de hombros, con el aspecto de un marido que teme los ataques de llanto. Madame Faujas, que acababa de comer tranquilamente, había asistido al diálogo con la boca llena. Dejó llorar a Marta a sus anchas.

—No es usted juiciosa, querida hija—dijo volviendo a tomar dulces.—Acabará usted por hacer que Ovidio la deteste... No sabe usted llevarle... ¿Por qué se niega usted a viajar, cuando ha de hacerle a usted bien? Nosotros cuidaríamos su casa. Todo lo encontraría usted en su sitio.

Marta seguía sollozando, sin parecer que oyera.

—¿Ovidio tiene tanto en qué pensar!—continuó la anciana.—¿Sabe usted que muchas veces trabaja hasta las cuatro de la mañana? Cuando tose

usted de noche, se afecta mucho y se le van todas las ideas. No puede trabajar más, y sufre más que usted... Hágalo usted por Ovidio, querida hija; váyase usted y volverá buena.

Pero, levantando el rostro encendido por las lágrimas, y exhalando en un grito toda su angustia, gritó Marta:

—¡Ah! ¡El cielo miente!

En los siguientes días, no se volvió a hablar del viaje a Niza. Madame Mouret enloquecía a la menor alusión a él. Negábase a salir de Plassans, con tan desesperada energía, que el mismo cura comprendió el peligro de insistir sobre el proyecto. Marta comenzaba a embarazarle terriblemente en su triunfo. Como decía riendo Trouche, ella era la primera que debía haber ido a las Tullettes. Desde el encierro de Mouret, Marta se dedicaba a las más rígidas prácticas religiosas, evitando pronunciar el nombre de su marido, pidiendo a la oración el atontamiento de su ser entero. Pero permanecía inquieta, e iba a San Saturnino con más áspera necesidad de olvido.

—La casera pierde la chaveta por momentos—contaba una noche Olimpia a su marido.—Hoy la he acompañado a la iglesia, y he tenido que levantarla del suelo... Te reírías si te repitiera todo lo que vomita contra Ovidio; está furiosa; dice que no tiene corazón, que la ha engañado prometiéndole la mar de consuelos... Pues ¡y contra Dios! Hay que oírlo. Sólo una devota puede hablar tan mal de la religión. Cualquiera diría que Dios le ha estafado una gran cantidad de dinero... ¿Sabes qué te digo? Pues que creo que su marido viene de noche a tirarle de los pies.

Trouche se divertía de lo lindo con estos cuentos.

—Peor para ella—respondía.—Si el guasón de Mouret está allá encerrado, ella lo ha querido. Yo

de Faujas, ya sé cómo arreglaría las cosas; la pondría contenta y más blanda que un guante... Pero Faujas es tonto... Ya verás cómo le sale caro... Mira, hija; tu hermano no se porta bien con nosotros para que le saquemos del atolladero. Yo me reiré cuando la casera le haga dar el tumbo... ¡Qué diablo! Cuando uno es así, no se mete con las mujeres.

—Sí, Ovidio nos desprecia demasiado—murmuraba Olimpia.

Entonces Trouche bajaba la voz.

—Escucha... Si la casera se tirara a un pozo con el burro de tu hermano, nosotros nos quedaríamos los dueños... La casa sería nuestra... Habría una buena pacotilla que hacer. Ese sí que sería un buen desenlace.

Por otra parte, los Trouche habían invadido la planta baja, después de la partida de Mouret. Primero se había quejado Olimpia de que las chimeneas humeaban, allá arriba. Después, había acabado por persuadir a Marta de que el salón, abandonado hasta entonces, era la pieza más sana de la casa. Habiendo recibido Rosa orden de encender gran fuego en él, las dos mujeres pasaron allí días enteros, en conversaciones sin fin, frente a los enormes troncos que llameaban. Uno de los sueños dorados de Olimpia era vivir así, bien vestida, tendida en un canapé, en medio del lujo de una habitación hermosa. Decidió a Marta a cambiar el papel del salón, a comprar muebles y una alfombra. Entonces, fué toda una dama. Bajaba en zapatillas y bata, hablando como ama de casa.

—Esa pobre madame Mauret—decía,—tiene tantos quebraderos de cabeza que me ha suplicado que la ayude. Yo me ocupo un poco en sus asuntos. ¿Qué quieren ustedes? Es una buena obra.

Había sabido en efecto, ganar la confianza de

Marta, que, por cansancio, le confiaba los menudos cuidados de la casa. Ella era la que tenía las llaves de la bodega y de los armarios; además, pagaba a los proveedores. Mucho tiempo reflexionó para saber si maniobraría de modo que se instalase en el comedor ella también. Pero Trouche la disuadió de ello; ya no tendrían libertad de comer y beber a sus anchas, ni se atreverían siquiera a beber el vino puro ni a invitar a un amigo a tomar café. Pero Olimpia prometió a su marido subirle su parte de postres. Se llenaba los bolsillos de azúcar, y se llevaba hasta los cabos de vela. Con este fin, había cosido grandes bolsillos de hule, que se ataba bajo las faldas, y que, cada noche, tardaba en vaciar un buen cuarto de hora.

—¿Ves tú?—decía al amontonar las mezcladas provisiones en una maleta, que en seguida metía bajo su cama.

—Si llegamos a pelearnos con la propietaria, aquí tenemos con qué pasar un cuanto tiempo. Será preciso que me suba unos tarros de confitura...

—Demasiado haces al recatarte — respondía Trouche.—Yo que tú haría que todo me lo trajera Rosa, ya que tú eres el ama.

El se había adjudicado el jardín. Mucho tiempo había envidiado a Mouret al verle cortar los árboles, enarenar, regar las lechugas; acariciaba el sueño de tener él también un rinconcito de tierra, en el que cavaría y plantaría a su gusto. De modo que, cuando ya no estuvo allí Mouret, invadió el jardín con proyectos de cambios, de transformaciones completas. Comenzó por condenar las lechugas. Decía que tenía el alma tierna y que le gustaban las flores. Pero el trabajo de la azada le fatigó al segundo día; llamóse a un jardinero, que por orden suya deshizo los cuadros, tiró las

lechugas a la basura, y preparó el suelo para recibir, en primavera, rosales, lirios, claveles, narcisos, pensamientos, geranios. Después, se le ocurrió una idea; creyó comprender que el luto, el aspecto negro de los arriates, provenía de aquellos grandes bojes sombríos que los ribeteaban, y meditó mucho tiempo el arrancar los bojes.

—Tienes mucha razón—declaró Olimpia al ser consultada.—Así parece un cementerio. Yo preferiría ribetearlos con esas ramas de hierro que imitan maderas rústicas... Yo convenceré a la casera. Manda arrancar los bojes.

Los bojes fueron arrancados. Ocho días más tarde, el jardinero ponía las maderas rústicas. Trouche quitó también varios árboles frutales que estorbaban la vista, hizo repintar las glorietas de verde claro, adornó el surtidor con rocambre. La cascada del señor Rastoil le tentó horriblemente; pero se contentó con elegir el sitio en que establecería una por el estilo "si los asuntos marchaban bien".

—¡No abrirán poco los ojos los vecinos!—decía por la noche a su mujer.—Bien verán que ahora hay aquí un hombre de gusto... Este verano, por lo menos, cuando nos asomemos a la ventana, olerá bien, y tendremos una hermosa vista.

Marta les dejaba obrar, aprobando todos los proyectos que le sometían; además, acababan por no consultarle siquiera. Los Trouche no tenían que luchar más que contra madame Faujas, que continuaba disputándoles la casa palmo a palmo. Cuando Olimpia se apoderó del salón, tuvo que sostener una batalla en regla con su madre. Poco faltó para que ésta no la ganara. El cura fué el que le estropeó la victoria.

—La bribona de tu hermana dice de nosotros todo lo mal que puede a la casera—se quejaba sin

cesar madame Faujas.—Yo le veo el juego... ¡Pues no se establece ahora en el salón, como una dama, la muy sinvergüenza!

El cura no oía, o hacía bruscos ademanes de impaciencia. Un día se enfadó y gritó:

—Madre, déjeme en paz, haga el favor... No me hable usted más de Olimpia ni de Trouche... ¡Que se dejen ahorcar si quieren!

—Se apoderan de la casa, Ovidio, tienen dientes de rata... Cuando quieras tú tu parte, todo lo habrán roído... Sólo tú les puedes hacer entrar en razón.

El cura miró a su madre con su leve sonrisa.

—Madre, usted me quiere—murmuró.—La perdono a usted... Tranquílcese; yo quiero otra cosa que la casa; no es mía, y yo no me quedo más que con lo que gano. Cuando vea usted mi parte se sentirá orgullosa... Trouche me ha sido útil. Hay que cerrar un poco los ojos.

Entonces madame Faujas tuvo que batirse en retirada. Lo hizo de muy mala gana, gruñendo al ver las risas de triunfo con que Olimpia la perseguía. El absoluto desinterés de su hijo la desesperaba en su voraz codicia, en su prudente economía de aldeana. Hubiera querido poner la casa en salvo, vacía y limpia, para que Ovidio la encontrase el día que de ella tuviese necesidad. Los Trouche, con sus largas uñas, le causaban una desesperación de avaro despojado por extraños; le parecía que devoraban su propiedad, que se le comían la carne, que les dejaban sobre la paja, a ella y a su hijo predilecto. Cuando el cura le hubo prohibido que se opusiera a la lenta invasión de los Trouche, resolvió la vieja salvar por lo menos del saqueo lo que pudiese. Entonces, se echó a robar en los armarios, como Olimpia; también se puso grandes bolsillos bajo las faldas, y

metió en un baúl todo lo que recogía, provisiones, ropa blanca y otros objetos.

—¿Qué esconde usted ahí, madre?—le preguntó una tarde el cura al entrar en su cuarto, atraído por el ruido que hacía la vieja al remover el baúl.

Ella balbuceó; pero él, comprendiendo, se entregó a una cólera espantosa.

—¡Qué vergüenza!—gritó.—¡Ahora es usted ladrona! ¡Qué pasaría si la prendieran! Sería yo la fábula de la ciudad.

—Es para ti, Ovidio—murmuraba ella.

—¡Ladrona! ¡Mi madre ladrona! ¿Cree usted quizá que yo robo también, que he venido aquí para robar, que mi única ambición es alargar las manos y robar? ¡Dios mío! ¿Pero qué idea tiene usted de mí? Tendremos que separarnos, madre, si no nos entendemos mejor.

Estas palabras anonadaron a la vieja. Esta se había quedado arrodillada delante del cofre, y se encontró sentada en el suelo, palidísima, ahogándose, con las manos extendidas. Después, cuando pudo hablar:

—Es para ti, hijo mío, para ti solo, te lo juro... Ya te lo he dicho, se lo llevan todo; ella se lo lleva todo en los bolsillos. A ti no te quedará nada, ni un terrón de azúcar... No, no tomaré nada más, puesto que eso te contraría; pero me conservarás contigo, ¿verdad? Me conservarás contigo...

El Padre Faujas no quiso prometerle nada hasta que hubiese puesto en su sitio todo lo que había quitado. Por espacio de cerca de una semana, él mismo dirigió la restitución secreta; le miraba llenarse los bolsillos, y esperaba que volviese a subir para hacer un nuevo viaje. Por prudencia, no le dejaba hacer más que dos viajes por la noche. La vieja se quedaba desconsolada a cada objeto que devolvía; no se atrevía a llorar, pero

lágrimas de pena le henchían los párpados; tenía las manos más temblorosas que cuando había vaciado los armarios. Lo que la acabó de anonadar fué el ver al segundo día, que su hija Olimpia, a cada cosa que ella devolvía a su sitio, iba detrás de ella y la cogía. La ropa, las provisiones, los cabos de vela, no hacían más que cambiar de bolsillo.

—No bajo ya nada más—dijo a su hijo rebelándose ante aquel imprevisto golpe.—Es inútil. Tu hermana va detrás de mí y lo recoge todo. ¡Ah, sinvergüenza! Tanto vale darle el baúl. Bonito almacén debe tener arriba... Ovidio, te lo ruego, déjame que me quede lo que aún tengo. No hará daño a la casera, porque, de todos modos, para ella está perdido.

—Mi hermana es lo que es.—respondió tranquilamente el cura.—Pero yo quiero que mi madre sea una mujer honrada. Me ayudará usted mejor no cometiendo tales acciones.

Madame Faujas tuvo que devolverlo todo, y, desde entonces vivió llena de odio feroz a los Trouche, a Marta, a la casa entera. Decía que había de llegar día en que tuviese que defender a Ovidio contra todo el mundo.

Entonces los Trouche reinaron como dueños. Acababan la conquista de la casa, penetrando en los más pequeños rincones. Sólo el cuarto del cura fué respetado. No temblaban sino delante de él. Lo cual no les impedía invitar a los amigos, hacer "comilonas" que duraban hasta las dos de la mañana. Guillermo Porquier acudía con partidas de jovencuelos. Olimpia, no obstante sus treinta y siete años, coqueteaba, y más de un colegial escapado la estrechó muy de cerca, lo cual le produjo risas de mujer feliz y con cosquillas. La casa fué para ella un paraíso. Trouche se reía, dándoles

bromas, cuando estaba solo con ella; el hombre pretendía haber encontrado bajo sus faldas una cartera de colegial.

—¡Toma!—decía ella sin incomodarse.—¿Acaso tú no te diviertes? Ya sabes que somos libres.

La verdad era que Trouche había estado a punto de comprometer aquella vida con una botarata demasiado gorda. Una religiosa le había sorprendido en compañía de la hija de un curtidor, de aquella pilluela rubia a quien se comía con los ojos hacía mucho tiempo. La pequeña contó que no era la única, y que otras también habían recibido bombones. La religiosa, conociendo el parentesco de Trouche con el párroco de San Saturnino, tuvo la prudencia de no divulgar la aventura, antes de haberle visto. El cura le dió las gracias y le hizo comprender que la religión sería la primera que padeciese con semejante escándalo. La cosa quedó tapada, y las damas patrocinadoras de la Obra nada sospecharon. Pero el Padre Faujas tuvo con su cuñado una explicación terrible, que provocó delante de Olimpia, para que la mujer poseyera un arma contra el marido y se pudiese hacer respetar. De modo que desde entonces, cada vez que Trouche la contrariaba, le decía Olimpia secamente:

—¡Ve a dar bombones a las niñas!

Mucho tiempo tuvieron otro motivo de temor. A pesar de la vida regalona que llevaban, y no obstante abastecerles de todo los armarios de la casera, estaban comidos de trampas en el barrio. Trouche se bebía el sueldo en el café. Olimpia empleaba en sus caprichos el dinero que sacaba de los bolsillos de Marta, contándole historias extraordinarias. En cuanto a las cosas necesarias para la vida, el matrimonio las tomaba religiosamente al fiado. Una cuenta que les inquietó mucho fué

la del pastelero de la calle de la Banne, la cual subía a más de cien francos. El pastelero era un bruto que les amenazaba con decírselo todo al Padre Faujas. Los Trouche vivían con el alma en un hilo, temiendo alguna escena espantosa; pero el día en que la cuenta fué presentada, el Padre Faujas pagó sin discusión, olvidándose hasta de dirigirles reproches. El cura parecía muy por cima de tales miserias; continuaba viviendo, rígido y negro, en aquella casa entregada al saqueo, sin perecatarse de los dientes feroces que se comían las paredes, de la lenta ruina que poco a poco hacía crujir el techo. Todo se abismaba a su alrededor, en tanto que él iba derecho a sus sueños de ambición. Seguía acampando como un soldado en la gran alcoba desnuda, no concediéndose el menor bienestar, incomodándose cuando querían mimarle. Desde que era el amo de Plassans, volvía a ser socio; su sombrero estaba rojo, sus medias se llenaban de lodo; su sotana zurcida cada día por su madre, parecía el guiñapo deplorable, raído, de color de ala de mosca, que llevaba en los primeros tiempos.

—¡Bah! Aun está buena—respondía cuando a su alrededor aventuraba alguien algunas tímidas observaciones.

Y la exhibía, la paseaba por las calles, alta la cabeza y sin preocuparse por las extrañas miradas que le echaban. En él no había bravatas; era una pendiente natural. Ahora que creía no tener ya necesidad de agradar, volvía a su desdén de toda gracia. Su triunfo era presentarse tal como era, con su gran cuerpo mal tallado, su rudeza y sus estropeadas ropas, en medio del conquistado Plassans.

Madame de Condamin, herida por aquel olor

acre de combatiente que exhalaba su sotana, quiso reñirle maternalmente un día.

—¿Sabe usted que las damas empiezan a detestarle?—dijo riendo.—Le acusan de no hacer el menor gasto para aderezarse... Antes, cuando sacaba usted el pañuelo, parecía que un niño de coro balanceaba un incensario detrás de usted.

Pareció muy asombrado. No creía haber cambiado. Pero Octavia se acercó, y con amistosa voz:

—Vamos, querido párroco; permítame que le hable con el corazón en la mano... Hace usted mal en descuidarse. Apenas se afeita usted, ya no se peina, lleva los pelos como si acabara de darse de puñetazos. Le aseguro que eso causa muy mal efecto. Madame Rastoil y madame Delanfre me decían ayer que no le conocían a usted. Comprómete usted su triunfo.

El cura se echó a reír, con risa de desafío, moviendo su cabeza inculta y poderosa.

—Ahora estamos al cabo de la calle—se contentó con responder.—Será preciso que me tomen mal peinado.

Plassans, en efecto, tuvo que tomarle mal peinado. Del flexible sacerdote se desprendía una figura sombría, despótica, que doblegaba todas las voluntades. Su rostro, que de nuevo se había puesto terroso, tenía miradas de águila; sus gruesas manos se levantaban, llenas de amenazas y de castigos. La ciudad se quedó profundamente aterrada al ver crecer tan desmesuradamente al amo que ella misma se había dado, con el hábito inmundo, el olor fuerte, el pelo enrojecido de un diablo. El miedo sordo de las mujeres afirmó más aún su poder. Fué cruel para sus penitentes, y ni una sola se atrevió a dejarle; iban a él con escalofríos cuya fiebre les hacía gozar.

—Querida—confesaba madame de Condamin a



Marta.—Me equivocaba yo al querer que se perfumase. Me he acostumbrado y hasta me parece que está mucho mejor. ¡Eso es un hombre!

El padre Faujas reinaba sobre todo en el obispado. Desde las elecciones, había creado a monseñor Rousselot una vida de prelado holgazán. El obispo vivía con sus queridos libros, en su gabinete, en el cual el cura, que desde la estancia vecina dirigía la diócesis, le tenía bajo llave realmente, dejándole ver tan sólo a las personas de quienes no desconfiaba. La clerecía temblaba ante aquel amo absoluto; los curas viejos de cabellos blancos se encorvaban ante él con su humildad eclesiástica, con el abandono de toda su voluntad. A menudo, monseñor Rousselot, encerrado con el Padre Surin, lloraba gruesas lágrimas silenciosas; echaba de menos la dura mano del Padre Fénil, que tenía horas de caricias, en tanto que ahora se sentía como aplastado bajo una presión implacable y continua. Después sonreía, se resignaba, murmurando con su amable egoísmo:

—Vamos hijo mío, pongámonos a trabajar... No debería quejarme, porque tengo la vida que he soñado siempre; soledad absoluta y libros.

Suspiraba, y añadía en voz baja:

—Sería feliz si no temiera perderle a usted, querido Surin... El acabará por no tolerarle a usted aquí. Ayer me pareció que le miraba con ojos suspicaces... Se lo suplico, diga usted siempre lo mismo que él, póngase de su parte... ¡Ay! Sólo usted me queda.

Dos meses después de las elecciones, el Padre Vial, uno de los grandes vicarios de Monseñor, fué a establecerse a Roma. Naturalmente, el Padre Faujas se adjudicó la plaza, aunque estaba hacia mucho tiempo prometida al Padre Bourrette. Ni siquiera nombró a este último para la parroquia

de San Saturnino que él dejaba; se la dió a un cura joven y ambicioso, a quien había convertido en su hechura.

—Monseñor no ha querido oír hablar de usted —dijo secamente al Padre Bourrette cuando le encontró.

Y como el anciano sacerdote balbuceara que vería a Monseñor, que le pediría una explicación, añadió más dulcemente el Padre Faujas:

—Monseñor está demasiado enfermo para recibir a usted. Confíe en mí, que yo defenderé su causa.

Desde su entrada en la Cámara, el señor Delangre había votado con la mayoría. Plassans estaba abiertamente conquistada para el imperio. Hasta parecía que el cura se propusiera algo de venganza al tratar brutalmente a aquellos pobres burgueses, condenando de nuevo las puertecillas del callejón de las Chavillottes y obligando al señor Rastoil y a sus amigos a entrar en casa del subprefecto por la plaza, por la puerta oficial. Cuando se presentaba en las reuniones íntimas, todos aquellos señores estaban humildísimos ante él. Y tal era la fascinación, el sordo terror de su corpachón descuidado, que aun no estando él allí nadie se atrevía a aventurar el menor vocablo equívoco acerca de él.

—Es un hombre del mayor mérito—declaraba el señor Péqueur des Saulaies, que contaba con obtener una prefectura.

—Un hombre notabilísimo—repetía el doctor Porquier.

Todos asentían con la cabeza. El señor de Condamin, a quien acababa por poner nervioso tal concierto de elogios, se daba a veces el gustazo de dejarles cortados.

—Sea como sea—murmuraba,—no tiene buen genio.

Esta frase helaba a la tertulia. Cada uno de

aquellos vecinos sospechaba que su vecino se había vendido al cura.

—El gran vicario tiene excelente corazón—se aventuraba a decir prudentemente el señor Rastoil.—Sólo que como todas las grandes almas, la primera impresión es quizá un tanto severa.

—Lo mismo que yo, lo mismo. Yo soy muy bueno de llevar y siempre he pasado por hombre duro—exclamaba el señor de Bourdeu, reconciliado con la tertulia desde que había tenido una larga entrevista secreta con el Padre Faujas.

Y el presidente, deseoso de tranquilizar a todo el mundo:

—Saben que se habla de un obispado para el gran vicario?

Entonces todos respiraban. El señor Maffre contaba con que el Padre Faujas sería obispo en el mismo Plassans, una vez que partiese monseñor Rousselot, cuya salud vacilaba.

—Todos ganaríamos—decía ingenuamente el Padre Bourrette.—La enfermedad ha agriado a monseñor, y yo sé que nuestro excelente Faujas hace los mayores esfuerzos para destruir en su espíritu ciertas prevenciones injustas.

—A usted le quiere mucho—aseguraba el juez Paloque, que acababa de ser condecorado.—Mi mujer le ha oído quejarse del olvido en que le dejan a usted.

Cuando el Padre Surin estaba allí, hacía coro a los elogios; pero aunque tenía la mitra en el bolsillo, según frase de los curas de la diócesis, le preocupaba el triunfo del Padre Faujas. Mirábale, ofendido por su rudeza, y recordando la profecía de Monseñor, buscaba el rayo que había de hacer polvo al coloso.

Entre tanto, todos estaban satisfechos, salvo el señor de Bourdeu y el señor Péqueur des Sau-

laies, que aun aguardaban los favores del Gobierno. De manera que ambos eran los más ardientes partidarios del Padre Faujas. Los otros, en verdad, se habrían rebelado de buena gana, de haberse atrevido; estaban cansados de agradecimiento continuo exigido por el amo, y deseaban ardentemente que una mano valerosa les libertara de él. De modo que cruzaron raras miradas, en seguida desvanecidas, un día en que madame Paloque preguntó, afectando indiferencia:

—Y ¿qué ha sido del Padre Fénil? Hace un siglo que no oigo hablar de él.

Reinó un profundo silencio. Sólo el señor de Condamin era capaz de aventurarse por tan escabroso terreno; todos le miraron.

—Creo—dijo tranquilamente,—que está emparedado en su finca de las Tullettes.

Y madame de Condamin añadió con irónica sonrisa:

—Podemos dormir tranquilos; es hombre muerto, y no volverá a meterse en los asuntos de Plassans.

Sólo Marta seguía siendo un obstáculo. El Padre Faujas sentía que se le escapaba cada día más; endurecía su voluntad, apelaba a sus fuerzas de hombre y de cura para doblegarla, sin lograr moderar en ella el ardor que él le había inspirado. Marta iba al término lógico de toda pasión, exigía avanzar cada vez más en la paz, en el éxtasis, en el anonadamiento perfecto de la dicha divina. Y era para ella una angustia mortal el estar como emparedada en el fondo de su carne, sin poder elevarse a aquel dintel de luz que creía divisar cada día más lejos, cada día más alto. Ahora tiritaba en San Saturnino, en aquella fría sombra en que había gozado contactos tan llenos de ardientes delicias; el ronquido de los órganos pasaba sobre su

inclinada nuca, sin levantarle el vello con un estremecimiento de voluptuosidad; la blanca humareda del incienso no la aletargaba ya en un sueño místico; las llameantes capillas, los copones que irradiaban como astros, las casullas de oro y plata pali decían, esfumándose ante sus miradas, enturbiadas por el llanto. Entonces, como una condenada, abrazada por los fuegos del paraíso, levantaba las manos desesperadamente, reclamaba al amante que se le negaba, balbuceando, gritando:

—¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué os habéis retirado de mí?

Avergonzada, como ofendida por la muda frialdad de las bóvedas, Marta abandonaba la iglesia con la cólera de la mujer desdenada. Soñaba con suplicios para ofrecer su sangre; sublevábase furiosamente contra aquella impotencia de ir más allá que la oración, de arrojarle de un salto en brazos de Dios. Después, vuelta a su casa, no esperaba más que en el Padre Faujas. Este sólo le podía dar a Dios; él le había abierto las alegrías de la iniciación, y debía desgarrar ya todo el velo. E imaginaba una serie de prácticas que terminaba en la satisfacción completa de su ser. Pero el cura se encolerizaba, llegaba a tratarla groseramente, se negaba a oírla mientras no estuviese de rodillas, humillada, inerte como un cadáver. Marta le escuchaba, en pie, sublevada por una rebelión de todo su cuerpo, volviendo contra él el rencor de sus engañados deseos, acusándole de la cobarde traición que la hacía agonizar.

La vieja madame Rougon creyó deber intervenir entre el cura y su hija, como lo hacía antes entre ésta y Mouret. Habiéndole contado Marta sus penas habló al cura como suegra que quiere

la dicha de su hija y pasa la vida poniendo paz en el matrimonio.

—Vamos—le dijo sonriendo.—¡Que no hayan de vivir ustedes tranquilos! Marta se queja siempre, y usted parece ponerle hocicos continuamente... Ya sé que las mujeres son exigentes, pero confiese usted que carece de un poquitín de complacencia... Estoy verdaderamente apenada por lo que ocurre. ¡Sería tan fácil entenderse! Se lo ruego a usted; sea un poco más dulce.

También le reñía amistosamente por su mala facha. Comprendía, con su olfato de mujer lista, que el cura abusaba de la victoria. Después, disculpaba a su hija; la pobre había sufrido mucho, y su nerviosa sensibilidad pedía muchas consideraciones; por otra parte tenía muy buen carácter y un temperamento amante del que un hombre hábil podría disponer a su antojo. Pero un día en que le enseñaba el modo de hacer de Marta cuanto quisiera, el Padre Faujas se cansó de aquellos eternos consejos.

—¡Ah, no!—gritó brutalmente.—Su hija de usted está loca; me fastidia, no quiero pensar más en ella... Yo pagaría caro al mocetón que de ella me librase.

Madame Rougon le miró fijamente, frunciendo los labios.

—Oiga usted, querido—le respondió después de una pausa.—No tiene usted tacto, y eso le perderá. Dé usted el tumbo si quiere. Yo, al fin y al cabo, me lavo las manos. Yo le he ayudado a usted, no por sus lindos ojos, sino para complacer a los amigos de París. Me escribían que le guiara, y yo le guiaba... Sólo que... fíjese usted; yo no aguantaré que venga usted aquí a echárselas de amo. Que el pequeño Péqueur, que el infeliz Ras-toil tiemblen a la vista de la sotana de usted, santo

y bueno. Pero nosotros no tenemos miedo, y quedaremos seguir siendo los amos. Mi marido ha conquistado a Plassans antes que usted, y lo conservaremos, se lo prevengo.

A partir de aquel día, reinó gran frialdad entre los Rougon y el Padre Faujas. Cuando Marta fue de nuevo a quejarse, le dijo su madre rotundamente:

—Tu curita se burla de ti. Con ese hombre no tendrás nunca la menor satisfacción... Yo en tu lugar, no me mordería la lengua para soltarle cuatro verdades como puños. En primer lugar, es más sucio que un peine desde hace algún tiempo; no sé cómo puedes comer a su lado.

La verdad era que madame Rougon había indicado a su marido un plan para aprovecharse de su triunfo. Ahora que la ciudad votaba correctamente, Rougon, que no había querido aventurar una campaña abierta, debía bastar para mantenerla en el buen camino. El salón verde adquiriría mayor poder. Felicidad, desde entonces, esperó con la paciente astucia a que debía su fortuna.

El día en que su madre le juró que el cura "se burlaba de ella" Marta se dirigió a San Saturnino, con el corazón manando sangre, resuelta a una tentativa suprema. Allí estuvo dos horas en la desierta iglesia, agotando los rezos, aguardando el éxtasis, torturándose para buscar consuelo. Su humildad la aplanaba sobre las losas, en tanto que todo su ser, locamente excitado, se desgarraba para no coger ni besar más que el vacío de la pasión. Cuando se levantó y salió a la calle, el cielo le pareció negro; no sentía el suelo bajo sus plantas, y las estrechas calles le producían la impresión de una inmensa soledad. Tiró el sombrero y el chal sobre la mesa del comedor, y subió en derechura al cuarto del Padre Faujas.

El cura, sentado ante su mesita, meditaba, con la pluma caída de los dedos. Le abrió, preocupado; pero cuando la vió tan pálida delante de él, con los ojos brillando de ardiente resolución, hizo un gesto de cólera.

—¿Qué quiere usted?—preguntó.—¿Por qué ha subido usted? Baje y espéreme si tiene algo que decirme.

Ella le separó y entró sin pronunciar palabra.

El vaciló un instante, luchando contra la brutalidad que ya le hacía levantar la mano. Permaneció en pie, delante de ella, sin cerrar la puerta abierta de par en par.

—¿Qué quiere usted? — repitió — Estoy ocupado.

Entonces Marta cerró la puerta. Después, sola con él, se acercó. Por fin dijo:

—Tengo que hablarle.

Se había sentado, mirando la alcoba, la estrecha cama, la pobre cómoda, el gran crucifijo de madera negra, cuya brusca aparición sobre la desnudez de la pared le produjo un corto escalofrío. Del techo caía una calma glacial. El hogar de la chimenea estaba vacío, sin una dedada de ceniza.

—Va usted a coger frío—dijo el cura con calmada voz.—Se lo ruego, bajemos.

—No; tengo que hablarle — dijo de nuevo Marta.

Y juntando las manos, como penitente que se confiesa:

—Le debo a usted mucho... Antes de su venida, yo vivía sin alma. Usted quiso mi salvación. Por usted he conocido las únicas alegrías de mi existencia. Usted es mi salvador y mi padre. Desde hace cinco años, no vivo sino por usted y para usted.

Se le desgarraba la voz y se le doblaban las rodillas. El la contuvo con un ademán.

—Pues bien—gritó Marta.—Hoy sufro, y necesito la ayuda de usted... Oígame, padre mío. No se retire usted de mí... No me puede usted abandonar así... Dios no me oye ya... Ya no lo siento... Apíadese de mí, se lo suplico. Aconséjeme, lléveme a esa divina gracia cuyas primeras dulzuras me ha hecho usted conocer; enséñeme qué debo hacer para curar, para penetrar cada vez más en el amor de Dios.

—Hay que rezar—dijo gravemente el cura.

—He rezado, he rezado horas enteras, con la cabeza entre las manos, tratando de anonadarme en cada palabra de la oración, y no me he sentido consolada ni he visto a Dios.

—Hay que rezar, rezar más, rezar siempre; rezar hasta que Dios se conmueva y baje a usted.

Marta le miraba con angustia.

—¿Entonces—preguntó,—no hay nada más que el rezo? ¿No puede usted hacer nada por mí?

—No, nada—declaró él rudamente.

Ella alzó sus temblorosas manos con desesperado arranque, con el pecho hinchado de cólera. Pero se contuvo y balbuceó:

—El cielo de usted está cerrado... Me ha llevado usted hasta él para estrellarme contra su puerta... Yo estaba muy tranquila, recuérdelo, cuando usted vino. Vivía en mi rincón, sin un deseo, sin una curiosidad. Y usted me despertó con palabras que estremecían mi corazón. Usted me hizo entrar en otra juventud... ¡Ah! No sabe usted qué goces me proporcionaba al principio! Era un calor dulcísimo que me invadía toda. Yo oía mi corazón. Tenía una esperanza inmensa. A los cuarenta años, a veces me parecía ridículo, y sonreía; después me perdonaba al sentirme tan feliz... Pero ahora,

quiero el fin de la felicidad prometida. ¿Hay otra cosa, ¿verdad? Comprenda usted que estoy cansada de ese deseo siempre despierto, que me ha abrazado, y me hace agonizar. Es preciso que me dé prisa, ahora que ya no tengo salud; no quiero ser engañada... Hay otra cosa, dígame que hay otra cosa.

El Padre Faujas permanecía impasible, dejando pasar aquella ola de ardientes palabras.

—¡No hay nada, no hay nada!—continuó Marta con arrebato.—Usted me ha engañado... Me ha prometido el cielo, abajo, en la terraza, en las tardes llenas de estrellas. Yo acepté. Me he vendido, me he entregado. Estaba loca con las primeras ternuras de la plegaria... Hoy se ha roto el pacto, y quiero volver a mi rincón, recuperar mi tranquilidad. Los echaré a todos, arreglaré mi casa, repararé la ropa en mi sitio de costumbre, en la terraza... Sí, me gustaba reparar la ropa. La costura no me fatigaba... Y quiero que Deseada esté a mi lado, en su banquillo; la pobre hacía muñecas, se reía...

Prorrumpió en sollozos.

—Quiero mis hijos!... Ellos son los que me protegían. Cuando no han estado aquí, he perdido la cabeza, he empezado a vivir mal. ¿Por qué me los ha quitado usted? Se han ido uno por uno, y la casa me ha llegado a parecer extraña. Ya no tenía el corazón en ella. Estaba contenta cuando salía por la tarde. Después, al volver por la noche, me parecía estar en casa de desconocidos. Hasta los muebles me parecían hostiles y helados. Yo odiaba la casa... Pero iré yo misma por los niños. Cuando lleguen, todo lo cambiarán aquí... ¡Ah, si pudiera volver a dormir tranquila!

Se exaltaba cada vez más. El cura intentó cal-

marla por un medio que muchas veces le había dado resultado.

—Vamos, sea usted juiciosa, querida señora—dijo procurando tomarle las manos para estrecharlas entre las suyas.

—No me toque usted—gritó Marta retrocediendo.—No quiero... Cuando me coge, soy débil como un niño... El calor de sus manos me llena de cobardía... Mañana volveríamos a empezar; porque ya no puedo vivir, y no me calma usted más que una hora.

Se había puesto sombría. Murmuró:

—No, ahora estoy ya condenada. Ya no volveré a querer mi casa. Y si vinieran los niños, preguntarían por su padre... ¡Ah! Esto es lo que me ahoga... No seré perdonada hasta que haya confesado mi crimen a un sacerdote.

Y cayendo de hinojos:

—Soy culpable. Por eso se aparta Dios de mí. Pero el Padre Faujas quiso levantarla.

—¡Calle usted! —estalló.— No puedo recibir aquí su confesión. Vaya usted mañana a San Saturnino.

—Padre mío—repuso ella suplicante.—Tenga usted compasión. Mañana no tendré ya fuerzas.

—Le prohibo a usted que hable—gritó él con más violencia.—No quiero saber nada; apartaré la cabeza, cerraré los oídos.

Retrocedía, extendidos los brazos, como para detener la confesión en los labios de Marta. Ambos se miraron un instante en silencio, con la sorda ira de su complicitad.

—No sería un cura el que la oyese—añadió él con voz más ahogada.—Aquí no hay más que un hombre para juzgarla y condenarla.

—¡Un hombre!—repitió Marta enloquecida.— Bueno, es mejor. Prefiero un hombre.

Se levantó y prosiguió febrilmente:

—No me confieso; sólo digo mi falta. Después de los hijos dejé partir al padre. Nunca me pegó el desgraciado. Yo era la que estaba loca. Yo sentía quemaduras en todo el cuerpo, y me arrastraba y necesitaba el frío de los ladrillos para calmarme. Después del ataque, me daba tanta vergüenza el verme desnuda delante de gente, que no me atrevía a hablar. ¡Si usted supiera qué horribles pesadilas me tiraban en el suelo! Todo el infierno giraba en mi cabeza. El, el pobre hombre me daba lástima. Me tenía miedo. Cuando ustedes se marchaban no se atrevía a acercarse, y pasaba la noche sobre una silla.

El Padre Faujas trató de interrumpirla.

Se mata usted — dijo. — No remueva esos recuerdos. Dios tendrá en cuenta sus sufrimientos.

—Yo fui la que le envié a la Tullettes—prosiguió Marta imponiéndole silencio con enérgico ademán.—Ustedes todos me decían que estaba loco... ¡Ah, qué intolerable vida! Siempre he tenido terror a la locura. Cuando era joven, me parecía que me arrebataban el cráneo y que se me vaciaba la cabeza. Tenía como un bloque de hielo en la frente... Pues bien, he vuelto a tener esa sensación de frío, he temido volverme loco... Sí, se lo llevaron. Yo dejé que lo hicieran. No comprendía ya... Pero desde entonces no puedo cerrar los ojos sin verle allí... Eso es lo que me clava horas enteras en un sitio, con los ojos abiertos... Y conozco la casa y la tengo siempre delante. El tío Macquart me la enseñó. Es gris como una cárcel, con ventanas negras.

Se ahogaba. Llevóse a los labios un pañuelo que retiró de ellos manchado con algunas gotas de sangre. El cura, con los brazos fuertemente cruzados, aguardaba el fin del ataque.

—¿Usted lo sabe todo, verdad? — acabó por

balbucear.—Soy una miserable, he pecado por usted... Pero deme la vida, deme la alegría, y entraré sin remordimientos en esa dicha sobrehumana que usted me ha prometido.

—Miente usted—dijo lentamente el Padre.—Yo no sé nada. Yo ignoraba que hubiera usted cometido ese crimen.

Ella retrocedió a su vez, juntas las manos, tartamudeando, fijando en él sus aterradas miradas. Después, perdiendo toda conciencia, arrebatada, tornándose familiar:

—Oiga usted, Ovidio—murmuró.—Le amo a usted, y usted lo sabe ¿verdad? Le amé, Ovidio, el día en que entró usted aquí... Yo no se lo decía, porque veía le desagradaba a usted. Pero comprendía que adivinaba usted mi corazón. Yo estaba satisfecha, y esperaba que podríamos ser felices un día, en una unión completamente divina... Por usted he vaciado la casa. Me he arrastrado de rodillas, he sido su esclava... No puede usted ser cruel hasta el fin. Usted lo ha consentido todo, me ha permitido ser sólo suya, separar los obstáculos que se nos interponían... Recuérdelo usted, se lo ruego. Ahora que estoy enferma, abandonada, con el corazón destrozado, con la cabeza perdida, es imposible que usted me rechace. No nos hemos dicho nada en voz alta, es verdad. Pero mi amor hablaba y el silencio de usted respondía. Me dirijo al hombre, no al cura. Me ha dicho usted que aquí había un hombre. El hombre me escuchará. Le amo a usted, Ovidio, le amo y muero.

Sollozaba. El Padre Faujas había enderezado su alta estatura. Se acercó a Marta, y dejó caer sobre ella su desprecio a la mujer.

—¡Ah, miserable carne!—dijo.—Yo contaba con que sería usted razonable, con que no llegaría us-

ted nunca la vergüenza de decir inmundicias... Sí, es la lucha eterna del mal contra las voluntades fuertes... Ustedes son la tentación de lo bajo, la cobardía, la caída final... El cura no tiene más enemigos que ustedes, y deberían arrojarlas de las iglesias, como impuras y malditas.

—Le amo a usted, Ovidio—balbuceó de nuevo Marta.—Le amo a usted... Socórrame...

—Demasiado me he acercado a usted ya—continuó él. Si fracaso, usted, mujer, será la que me haya quitado la fuerza con sólo su deseo. ¡Retírese! ¡Váyase! ¡Usted es Satán! Le pegaré a usted para hacerle salir el ángel malo de su cuerpo.

Marta se había dejado resbalar, medio sentada contra la pared, muda de terror ante el puño con que la amenazaba el cura. Soltábanse sus cabellos, y un gran mechón blanco le cubría la frente. Cuando buscando socorro en la desnuda alcoba, vió el Crucifijo de madera negra, aun tuvo fuerzas para tender hacia él los brazos, con apasionado ademán.

—¡No implore usted a la cruz!—exclamó el cura en el colmo del arrebató.—Jesús vivió casto; por eso supo morir.

Madame Faujas entraba con su gran cesto de provisiones.

Lo soltó en seguida al ver a su hijo lleno de tan horrible cólera. Le cogió los brazos.

—Ovidio, cálmate, hijo mío—murmuró acariciándole.

Y volviéndose a la anonadada Marta y fulminándola con la mirada:

—¿No podrá dejarle en paz? Puesto que no la quiere a usted, no le ponga usted malo. Vamos, baje usted. Es imposible que se quede aquí.

Marta no se movía. Madame Faujas tuvo que levantarla y empujarla hacia la puerta; gruñía, la

acusaba de haber esperado a que ella saliese, y le hacía prometer que no volvería a trastornar la casa con semejantes escenas.

Después cerró violentamente la puerta tras ella. Marta bajó tambaleándose. Ya no lloraba. Repetía:

—Francisco vendrá; Francisco los echará a todos a la calle.

## XXI

La diligencia de Tolón, que pasaba por las Tulettes, en donde hacía parada, partía de Plessans a las tres. Marta, enderezada por el latigazo de una idea fija, no quiso perder momento. Volvióse a poner chal y sombrero, y ordenó a Rosa que se vistiese en seguida.

—No sé qué le ocurrirá a la señora—dijo la cocinera a Olimpia.—Creo que partimos para un viaje de algunos días.

Marta dejó las llaves en las puertas. Tenía prisa de hallarse en la calle. Olimpia, que la acompañaba, intentó en vano saber dónde iba y cuántos días estaría ausente.

—En fin, esté usted tranquila—le dijo en el dintel con amable voz.—Yo cuidaré bien de todo y usted lo encontrará todo en orden... No se apure usted por apresurarse. Si va usted a Marsella, tráiganos mariscos frescos.

Y no había aún doblado Marta la esquina de la calle Taravelle, cuando Olimpia tomaba posesión de toda la casa. Cuando entró Trouche, encontró a su mujer golpeando en las puertas, hurgando en los muebles, huroneando, canturreando, y llenando las habitaciones con el vuelo de sus faldas.



acusaba de haber esperado a que ella saliese, y le hacía prometer que no volvería a trastornar la casa con semejantes escenas.

Después cerró violentamente la puerta tras ella. Marta bajó tambaleándose. Ya no lloraba. Repetía:

—Francisco vendrá; Francisco los echará a todos a la calle.

## XXI

La diligencia de Tolón, que pasaba por las Tullettes, en donde hacía parada, partía de Plessans a las tres. Marta, enderezada por el latigazo de una idea fija, no quiso perder momento. Volvióse a poner chal y sombrero, y ordenó a Rosa que se vistiese en seguida.

—No sé qué le ocurrirá a la señora—dijo la cocinera a Olimpia.—Creo que partimos para un viaje de algunos días.

Marta dejó las llaves en las puertas. Tenía prisa de hallarse en la calle. Olimpia, que la acompañaba, intentó en vano saber dónde iba y cuántos días estaría ausente.

—En fin, esté usted tranquila—le dijo en el dintel con amable voz.—Yo cuidaré bien de todo y usted lo encontrará todo en orden... No se apure usted por apresurarse. Si va usted a Marsella, tráiganos mariscos frescos.

Y no había aún doblado Marta la esquina de la calle Taravelle, cuando Olimpia tomaba posesión de toda la casa. Cuando entró Trouche, encontró a su mujer golpeando en las puertas, hurgando en los muebles, huroneando, canturreando, y llenando las habitaciones con el vuelo de sus faldas.

—Se ha ido la burra de la criada con ella— le dijo Olimpia, arrellanándose en un sillón.—¿Eh, qué suerte si las dos se cayeran al fondo de un barranco? Bueno, lo mismo da; por algún tiempo vamos a estar a nuestras anchas. ¡Uf! ¡Qué bien estamos solos! ¿verdad, Honorato? Ven a darme un beso. Estamos en casa y podemos ponernos en camisa si queremos.

Entre tanto, Marta y Rosa llegaron a la carrera Sauvaire, precisamente cuando iba a partir la diligencia. El pescante estaba libre. Cuando la criada oyó que su ama decía al postillón que se detendría en las Tullettes, no se instaló en el coche sino rezongando. La diligencia no había salido aún de la ciudad cuando dijo la criada, gruñendo con su acento regañón:

—Yo que creía que por fin había usted entrado en razón. Creí que nos íbamos a Marsella a ver al señorito Octavio. Habríamos traído cangrejos y una langosta... Me he dado demasiada prisa. Usted es siempre la misma; siempre corre en busca de las penas y no sabe qué inventar para quebrar-se los cascos.

Marta, en la esquina del pescante, medio desvanecida, se abandonaba. Una debilidad mortal se apoderaba de ella, ahora que ya no luchaba contra el dolor que le destrozaba el pecho. Pero la cocinera ni siquiera la miraba.

—¡Vaya una ocurrencia la de ir a ver al señor!— proseguía.—¡Bonito espectáculo! ¡Y qué contenta va a poner a usted! Ya tendremos ocho días de no dormir. Ya puede usted tener miedo de noche, que si espera usted que me levante yo para mirar bajo los muebles... Y si la visita de usted hubiera de hacer bien al señor... Pero es capaz de verla y de rabiarse. Espero que no la dejarán a usted entrar. Primero porque está prohibido... Yo

no debí haber subido cuando habló usted de las Tullettes; quizá no habría usted hecho la tontería sola.

Un suspiro de Marta la interrumpió. Volvióse Rosa y la vió lívida, ahogándose; entonces se inclinó más, bajando un cristal para darle aire.

—Eso, y ahora muérase usted aquí, ¿verdad? ¿No estaría usted mejor en la cama, cuidándose? Cuando pienso que ha tenido usted la suerte de no hallar a su lado más que personas adictas, y que ni siquiera ha dado usted gracias a Dios. Bien sabe usted que es la verdad. El señor cura, su madre, su hermana, hasta el señor Trouche, la cuidan a usted con esmero; serían capaces de tirarse al fuego, y están en pie a cualquier hora del día y de la noche. He visto llorar a la señora Olimpia, sí, llorar, la última vez que estuvo usted mala. ¿Y cómo agradece usted sus bondades? Yéndose solapadamente a ver al señor, y eso que sabe usted que ha de darles mucha pena; porque no pueden querer al señor, que era tan malo para usted... ¿Quiere usted que yo se lo diga, señora? El matrimonio le ha hecho a usted adquirir la maldad del señor. ¿Oye usted? Hay días en que es usted tan mala como él.

Así continuó hasta la Tullettes, defendiendo a los Faujas, a los Trouche, acusando a su ama de toda clase de villanías. Acabó por decir:

—Esos sí que serían buenos amos si tuvieran dinero para sostener criados. Pero la fortuna va sólo a los malos corazones.

Marta, más calmada, no respondía. Miraba vagamente los escuetos árboles que desfilaban a lo largo del camino, los vastos campos que se desplegaban como piezas de obscura tela. Los gruñidos de Rosa se perdían entre los vaivenes de la diligencia.

En las Tullettes, Marta se dirigió vivamente a casa del tío Macquart, seguida de la cocinera, que estaba ya callada, encogiéndose de hombros y frunciendo los labios.

—¡Cómo! ¿Eres tú?—exclamó el tío sorprendidísimo.—Te creía en cama. Me habían dicho que estabas enferma... ¡Ah, pequeña, no tienes buena cara! ¿Vienes a pedirme de comer?

—Quisiera ver a Francisco, tío—dijo Marta.

—¿A Francisco?—repitió Macquart mirándola de hito en hito.—¿Quieres ver a Francisco? Eso es ser una buena mujer. El pobre muchacho te ha llamado mucho. Yo lo veía desde mi jardín, dando puñetazos en las paredes y llamándote... ¡Ah! ¿Vienes a verle? Yo creí que le habían olvidado todos.

A los ojos de Marta se asomaban gruesas lágrimas.

—No será fácil verlo hoy—continuó Macquart.

—Van a dar las cuatro. Además, no sé si el director te querrá dar permiso. Mouret no se porta bien desde hace algún tiempo; lo rompe todo y habla de pegar fuego... ¡Caramba! Los locos no son amables todos los días.

Marta escuchaba temblando. Iba a interrogar al tío, pero se contentó con tender las manos hacia él.

—Se lo ruego a usted—dijo.—He hecho el viaje adrede... es preciso absolutamente que hable con Francisco, hoy, al instante... Usted tiene amigos en la casa, y podrá usted abrirme sus puertas.

—Sin duda, sin duda—murmuró él, sin hablar más claro.

Parecía asaltado por gran perplejidad, sin penetrar más claramente la causa de aquel brusco viaje, y pareciendo discutir el caso desde un punto de vista personal, sólo de él conocido. Interrogó con la mirada a la cocinera, que volvió la es-

palda. Por fin, apareció en sus labios una leve sonrisa.

—En fin, pues lo quieres—murmuró,—voy a intentarlo. Sin embargo, ten presente que si tu madre se enfada, yo le diré que no he podido resistirte... Temo que te haga daño... No tiene nada de alegre, te lo aseguro.

Cuando partieron, Rosa se negó resueltamente a acompañarles. Se había sentado delante del fuego de sarmientos, que ardía en la gran chimenea.

—No quiero ir a que me saquen los ojos—dijo agriamente.—El señor no me podía ver. Me quedo aquí; prefiero calentarme.

—Entonces—le dijo el tío al oído,—haga el favor de prepararnos un jarro de vino caliente. El vino y el azúcar están allí en el armario. Al volver lo necesitaremos.

Macquart no hizo entrar a su sobrina por la verja principal del manicomio. Volvió a la izquierda, y en una puertecilla pequeña preguntó por el guardián Alejandro, con el cual cruzó a media voz unas cuantas palabras. Después silenciosamente, se metieron los tres en interminables corredores. El guardián les guiaba.

—Yo te esperaré aquí—dijo Macquart deteniéndose en un patinillo.—Alejandro estará contigo.

—Yo preferiría estar sola—murmuró Marta.

—La señora no me arrendaría la ganancia—respondió el guardián con tranquila sonrisa.—Yo arriesgo demasiado.

La hizo atravesar otro patio y se detuvo ante una pequeña puerta. Al girar despacito la llave, dijo bajando la voz:

—No tenga usted miedo. Desde esta mañana está más calmado; han podido quitarle la camisa de fuerza... Si se enfada, sale usted de espaldas, ¿entiende? y me deja solo con él.

Marta entró, temblorosa, con la garganta seca. Al pronto no vió más que un bulto agazapado en un rincón, contra la pared. El día palidecía, y la celda sólo estaba alumbrada por una claridad de cueva, que caía de una ventana enrejada, con un cerco de tablas.

—¡Hola, amigo!—gritó familiarmente Alejandro golpeando el hombro de Mouret.—Le traigo a usted una visita. Espero que será usted bueno.

Fué a apoyarse de espaldas en la puerta, con los brazos colgando y sin separar la vista del loco. Mouret se había levantado lentamente. No pareció sorprendido ni por asomo.

—¿Eres tú, hijita?—dijo con apacible voz.—Te esperaba; estaba inquieto por los niños.

Marta, a quien se le doblaban las rodillas, le miraba con ansiedad, muda por aquella tierna acogida. Mouret no había cambiado nada; estaba mejor, grueso, afeitado, con la mirada clara. Habían reaparecido sus detalles de burgués satisfecho; se frotó las manos, guiñó el párpado izquierdo, y se puso a charlar con el acento socarrón de sus buenos días.

—Estoy muy bien, hija mía. Vamos a poder volver a casa... ¿Vienes por mí, verdad? ¿Han cuidado de mis lechugas? A las babosas les gustan mucho, y el jardín estaba comido de ellas; pero sé el medio de destruirlas... Tengo proyectos que... ya verás. Somos bastante ricos, y podemos permitirnos algunos caprichos... ¿Has visto en mi ausencia al tío Bautier, de San Eutropio? Le había comprado una partida de vino... Será preciso que yo vaya a verle... Tú no tienes memoria...

Se burlaba, amenazándola amistosamente con el dedo.

—Apuesto a que me lo voy a encontrar todo en desorden—continuó.—Vosotras no os cuidáis de

nada; los aperos están por el suelo, los armarios quedan abiertos, y Rosa lo mancha todo con la escoba... Y Rosa, ¿por qué no ha venido? ¡Ah, qué cabeza! No haremos nunca carrera con ella. ¿No sabes? Un día me quiso echar a la calle... Muy bien... La casa es suya. Hay para morir de risa. Pero no me hablas de los niños. Deseada sigue con su nodriza, ¿verdad? Iremos a darle un beso, le preguntaremos si se aburre. Quiero ir también a Marsella, porque Octavio me preocupa mucho. La última vez que le ví, le encontré muy disipado. De Sergio no habla; ese es demasiado bueno, y santificará a toda la familia... Mira, me gusta hablar de la casa.

Y habló, habló seguido, preguntando por cada árbol de su jardín, deteniéndose en los más mínimos detalles, demostrando una memoria extraordinaria para hablar de una infinidad de hechos menudos. Marta, profundamente conmovida por el afecto que le demostraba, creía ver una delicadeza suprema en el cuidado que ponía su marido en no dirigirle el menor reproche, en no hacer la menor alusión a los sufrimientos. Estaba perdonada: juraba rescatar su delito siendo la esclava sumisa de aquel hombre, tan grande en su bondad; y gruesas lágrimas rodaban en silencio por sus mejillas, en tanto que sus rodillas se doblaban para pedirle perdón.

—Desconfíe usted—le dijo el guardián al oído.—Me inquietan sus ojos.

—¡No está loco!—balbuceó Marta.—¡Le juro a usted que no está loco! Es preciso que yo hable al director. Quiero llevármelo en seguida.

—¡Desconfíe usted!—repitió rudamente el guardián tirándole de un brazo.

Mouret, en medio de su charla, acababa de girar sobre sí mismo, como animal golpeado. Se

tiró al suelo, y después anduvo a gatas a lo largo de la pared.

—¡Hu! ¡Hu!—gritaba con voz ronca y prolongada.

Se levantó de un brinco y cayó otra vez de costado. Fué una escena espantosa; se retorció como un gusano, se magullaba el rostro a puñetazos, se arrancaba el pellejo con las uñas. Pronto estuvo medio desnudo, con los vestidos hechos giros, agobiado, anonadado, jadeando.

—Salga usted, señora—gritaba el guardián.

Marta estaba como clavada. Se reconocía en el suelo; así se revolcaba ella en su alcoba, así se arañaba, así se golpeaba. Y hasta su voz reconocía. Mouret tenía exactamente su estertor. Ella había hecho a aquel desgraciado.

—No está loco...—tartamudeaba.—¡No puede estar loco!... ¡Sería horrible! Preferiría morir.

El guardián, cogiéndola a brazo partido, la puso en la puerta, pero ella se quedó allí, pegada a la madera. En la celda oyó ruido de lucha, gritos de cerdo degollado; después hubo una caída sorda, como la de un fardo de ropa mojada, y reinó un silencio de muerte. Cuando volvió a salir el guardián, casi había caído la noche. Marta no vio más que un hueco negro por la entornada puerta.

—¡Demontre!—gritó el guardián furioso aún.—¡Está usted buena al gritar que no está loco, señora! Por poco se me lleva el pulgar de un bocado... Ya está tranquilo para algunas horas.

Y al acompañarla continuaba:

—No sabe usted lo pillos que son todos aquí... Se las echan de buenos horas enteras, y cuentan cosas que parecen muy cuerdas; después, ¡cra! sin advertir se le tiran a usted al cuello. Ya veía

yo que algo tramaba cuando hablaba de sus hijos; tenía los ojos atravesados.

Cuando Marta volvió al lado del tío Macquart, en el patinillo, repitió febrilmente, sin poder llorar, con voz lenta y desgarrada:

—¡Está loco! ¡Está loco!

—¡Claro que está loco!—dijo riendo el tío.—¿Creeas que le ibas a encontrar gallardeando? No le han traído aquí a que se divierta, creo yo... Además, la casa no es sana. Al cabo de dos horas, ¡je, je! yo me volvería rabioso.

La examinaba con el rabillo del ojo, espionando sus menores sobresaltos nerviosos. Después, con su acento bonachón:

—¿No querrás ver a la abuela?

Marta hizo un gesto de espanto, tapándose el rostro con las manos.

—A nadie molestaríamos—prosiguió.—Alejandro nos habría hecho el favor. Está allí al lado, y nada hay que temer con ella; es... y pacífica. ¿Verdad, Alejandro, que nunca molesta? Está siempre sentada, mirando hacia adelante. Hace doce años que no se ha movido. Pero si quieres verla...

Cuando el guardián despedía de ellos, le invitó a beber un vaso de vino caliente, guiñando el ojo de cierto modo que pareció decidir a Alejandro a aceptar. Hubieron que sostener a Marta el y las piernas se doblaban a cada paso. Cuando cargaron la llevaban convulsa, con los ojos en blanco por uno de aquellos ataques que durante horas enteras le tenían con él.—Es

—¿Eh? ¿Qué había dicho yo?—gritaron ellos.—¡En buen estado viene! ¡Y cómo furiosa a volver ahora? ¿Es posible, Dios mío, tenerla du una cabeza tan mal organizada? El cayera. Cuánberla ahogada, para darle una lección de cada-

—¡Bah!—dijo el tío.—La voy a tender en mi cama. No nos moriremos por pasar la noche junto al fuego.

Descorrió una cortina que tapaba una alcoba. Rosa fué gruñendo a desnudar a su ama. No había nada que hacer—decía,—sino ponerle a los pies un ladrillo caliente.

—Ahora que está durmiendo, vamos a echar un trago—dijo el tío con su risita de lobo acomodado.—El vino caliente huele terriblemente bien, compañera.

—He encontrado un limón en la chimenea y lo he tomado—dijo Rosa.

—Bien hecho. Aquí hay de todo. Cuando guiso un conejo, no le falta nada, respondo de ello.

Había puesto una mesa delante de la chimenea. Sentóse entre la cocinera y Alejandro, escanciando el vino caliente en grandes tazas amarillas. Cuando hubo bebido dos sorbos religiosamente:

—¡Caramba!—exclamó chasqueando la lengua.

—¡Vaya un buen vino caliente! ¡Je, je! Usted lo entiende; es mejor que el mío. Tendrá usted que dejarme su receta.

Rosa, calmada, alhagada por los cumplidos, un echó a reír. El fuego ostentaba una gran brasa guaa. Las tazas se llenaron de nuevo.

—De modo—dijo Macquart apoyándose de co-  
puertara mirar de frente a la cocinera,—que mi

—¡D ha venido así, por una ventolera que le  
¡Está us?

ñora! Pone hable usted — respondió Rosa, — que  
do... Ya es montar en cólera... La señora se vuelve

Y al acorñ señor; ya no sabe ni a quién quiere  
o quiere... Creo que antes de partir se

—No sabe n el señor cura. He oído sus voces  
Se las echan en el señor cura. He oído sus voces  
cosas que pare a carcajada.  
sin advertir se le

—Sin embargo, estaban muy de acuerdo—murmuró.

—Sin duda, pero nada dura con una sesera como la de la señora... Apuesto a que echa de menos los voleos que el señor le daba de noche... Hemos encontrado el palo en el jardín.

Macquart la miró más atentamente, entre dos sorbos de vino.

—Quizá venía a llevarse a Francisco.

—¡Oh! ¡Dios nos libre!—gritó Rosa con aire de espanto. — ¡Buen destrozo haría el señor en la casa! ¡Nos mataría a todos! Mire usted, ese es mi gran temor. Tiemblo de pensar que llegue cualquier noche a asesinarnos. Cunado pienso en ello, en la cama, no me puedo dormir. Me parece que le veo entrar por la ventana con los pelos erizados y los ojos relucientes como fósforos.

Macquart se alegraba ruidosamente, golpeando la mesa con la taza.

—¡Sería gracioso, sería gracioso! — repetía. — No debe de quererles, sobre todo al cura que le ha quitado el sitio. No tendría más que para un bocado, con el cura, a pesar de lo hombrón que es; porque dicen que los locos tienen una fuerza enorme... Dime, Alejandro, ¿no te figuras al pobre Francisco cayendo en su casa? Limpiaría el suelo divinamente. A mí me divertiría.

Echaba miradas al guardián, que se bebía el vino caliente con tranquilidad y se contentaba con aprobar con la cabeza.

—Es una suposición—prosiguió Macquart al ver los espantados ojos de Rosa clavados en él.—Es broma.

En aquel momento Marta se retorció furiosamente tras la cortina; fué preciso contenerla durante unos minutos para que no se cayera. Cuando se extendió de nuevo con su rigidez de cadá-

ver, el tío fué a calentarse los muslos ante la chimenea, reflexionando, y murmurando, sin pensar lo que decía:

—Es bastante fastidiosa la niña.

Después, preguntó bruscamente:

—Y los Rougon, ¿qué dicen a todo esto? ¿Están de parte del cura, ¿verdad?

—El señor no era lo bastante amable para que le echen de menos—respondió Rosa.—No sabía qué maldad inventar contra ellos.

—En eso hacía bien—repuso el tío.—Los Rougon son unos pilletes. Cuando pienso que no han querido comprar aquel campo de trigo de allí enfrente... Una operación magnífica de que yo me encargaba... ¡Felicidad si que se pondría buena, si viese volver a Francisco!

Volvió a reírse y dió la vuelta alrededor de la mesa. Luego, encendiendo la pipa con gesto de resolución:

—No olvides la hora, muchacho—dijo a Alejandro con nuevo guiño.—Yo te acompañaré. Marta parece tranquila ahora. Rosa pondrá la mesa entre tanto... ¿Debe usted de tener hambre, verdad, Rosa? Puesto que se ve usted obligada a pasar aquí la noche, tomará usted un bocado conmigo.

Se llevó al guardián. Al cabo de media hora no había vuelto. La cocinera, que se aburría de estar sola, abrió la puerta y salió a la terraza, mirando la carretera vacía en la clara noche. Cuando iba a entrar de nuevo, creyó divisar, al otro lado del camino, dos sombras negras, en medio de un sendero, detrás de un seto.

—Parece el tío—pensó.—Creo que habla con un cura.

Pocos minutos después, el tío llegó. Dijo que

aquel demontre de Alejandro no acababa nunca de contarle cosas.

—¿No era usted el que estaba allí con un cura hace un momento?—preguntó a Rosa.

—¡Yo con un cura!—exclamó él.—¿Dónde demonio ha soñado usted eso? No hay curas en el país.

Revolvía sus ardientes ojillos. Después pareció descontento de su mentira, y prosiguió:

—Está el Padre Fénil, pero como si no estuviera. No sale nunca.

—El Padre Fénil es un cualquier cosa—dijo la cocinera.

Entonces el tío se incomodó.

—¿Por qué un cualquier cosa? Hace mucho bien aquí; y es hombre listo... Vale más que muchos curas que dan disgustos.

Pero su cólera cedió al momento. Se echó a reír, al ver que Rosa le miraba con aire de sorpresa.

—Yo me río, al fin y al cabo—murmuró.—Tiene usted razón; todos los curas son lo mismo. Hipocresía y Compañía... Ahora ya sé con quién me debe usted haber visto. He encontrado a la droguera que llevaba traje negro, y usted lo habrá tomado por una sotana.

Rosa hizo una tortilla, y el tío puso sobre la mesa un pedazo de queso. No habían acabado de comer, cuando Marta se incorporó, con el aspecto asombrado de una persona que despierta en lugar desconocido. Cuando se echó hacia atrás los cabellos, y le volvió la memoria, saltó al suelo y dijo que quería partir, partir al punto. Macquart pareció muy contrariado por aquel despertar.

—Es imposible. No puedes volver a Plassans esta noche—dijo.—Estás tiritando de fiebre y caerás enferma por el camino. Descansa. Mañana veremos. En primer lugar no hay diligencia.

—Usted me llevará en su tartana—respondió Marta.

—No; no quiero; no puedo.

Marta, que se sentía con prisa febril, declaró que iría a Plassans a pie antes que pasar la noche en las Tullettes.

El tío reflexionaba; había cerrado la puerta, guardándose la llave en el bolsillo. Suplicó a su sobrina, la amenazó, inventó excusas, en tanto que ella, sin escucharle, acababa de ponerse el sombrero.

—¡Si cree usted que la va a convencer!—dijo Rosa, que terminaba tranquilamente su pedazo de queso.—Preferiría pasar por la ventana. Enganche usted el caballo; será mejor.

El tío, después de una corta pausa, se encogió de hombros, exclamando con cólera:

—¡A mí me da lo mismo, al fin y al cabo! Que se ponga mala si quiere. Yo quería evitar una desgracia... Haz lo que quieras. Pase lo que pase, voy a acompañarte.

Fué preciso llevar a Marta en la tartana; estremeclala una gran fiebre. El tío le echó una capa vieja sobre los hombros. Chasqueó la lengua, y el caballo partió.

—A mí—dijo,—no me disgusta ir esta noche a Plassans... Al contrario... Se divierte uno en Plassans.

Eran cerca de las diez. El cielo, cargado de lluvia, tenía un resplandor rojizo que iluminaba débilmente el camino. A lo largo de la carretera, Macquart se inclinaba, mirando las cunetas, los setos. Habiéndole preguntado Rosa qué buscaba, respondió que habían bajado lobos de las gargantas del Seille. Había recobrado todo su buen humor. A una legua de Plassans, empezó a llover, lluvia de chaparón, violenta y fría. Entonces, el tío

soltó ternos. Rosa habría pegado a su ama, que agonizaba bajo la capa. Cuando por fin llegaron, el cielo estaba otra vez azul.

—¿Vamos a la calle Balande?—preguntó Macquart.

Entonces le dijo él que Marta le parecía muy enferma, y que tal vez sería mejor llevarla a casa de su madre. No obstante, consintió, tras corta vacilación, en parar el caballo ante la casa de los Mouret. Marta ni siquiera se había llevado la llave. Rosa, felizmente, llevaba la suya en el bolsillo; pero cuando quiso abrir, la puerta no cedió. Los Trouche debían de haber echado los cerrojos. Llamó con el puño, sin despertar otro ruido que el apagado eco del vestíbulo.

—Hace usted mal en molestarse—dijo el tío riendo entre dientes.—No bajarán; les molestaría. Ya os han echado a la calle, hijas mías. Mi primera idea era mejor. Hemos de llevar a la querida niña a casa de Rougon; mejor estará allí que en su alcoba, yo lo aseguro.

Felicidad se entregó a una desesperación ruidosa, cuando vió a su hija a aquellas horas, empapada en lluvia, medio muerta. La acostó en el segundo piso, trastornó la casa, hizo levantar a todos sus criados. Cuando estuvo un tanto calmada y se hubo sentado a la cabecera de Marta, pidió explicaciones.

—Pero ¿qué ha sucedido? ¿Cómo la trae usted en ese estado?

Macquart, con acento de gran bonachonería, contó el viaje de la "querida niña". Se defendía, diciendo que había hecho todo lo posible para impedirle ir a ver a Francisco. Acabó por invocar el testimonio de Rosa, al ver que Felicidad le examinaba atentamente con suspicacia. Pero Felicidad continuó moviendo la cabeza:



—Es muy desmañada esa historia—murmuró.  
—Hay algo que no comprendo.

Conocía a Macquart, y olfateaba una pillada, en la alegría secreta que le fruncía el rabillo del ojo.

—Es usted muy singular—dijo el tío para librarse de su examen.—Siempre imagina usted cosas del otro mundo. No puedo decirle a usted lo que sé... Más que usted quiero yo a Marta, y nunca he obrado más que por su interés. Voy a ir por el médico, si usted quiere.

Madame Rougon le siguió con la vista. Interrogó largamente a Rosa, sin averiguar nada. Por otra parte, parecía muy contenta por tener a su hija en casa; hablaba amargamente de las personas "que la dejan reventar a una a la puerta de su casa, sin abrir siquiera"; Marta, con la cabeza caída sobre la almohada, se moría.

## XXII

En la celda de las Tullettes era noche negra. Un soplo glacial sacó a Mouret del estupor cataleptico en que le había sumido el ataque de la tarde. Agazapado contra la pared, permaneció un instante inmóvil, con los ojos abiertos, moviendo suavemente la cabeza sobre el frío de la piedra, gimiendo como niño que despierta. Pero tenía las piernas azotadas por una corriente de aire tan húmeda, que se levantó y miró. En frente de él vió la puerta de la celda abierta de par en par.

—Ella ha dejado la puerta abierta—dijo el loco en voz alta... Debe de esperarme, y es preciso que me vaya.

Salió y volvió a entrar palpándose la ropa, con el aire minucioso de un hombre ordenado que teme olvidar alguna cosa; después volvió a cerrar la puerta con cuidado. Atravesó el primer patio con su tranquilo pasito de burgués paseante. Cuando entraba en el segundo, vió un guardián que parecía acechar. Se detuvo y reflexionó un momento. Pero, habiendo desaparecido el guardián, se encontró al otro extremo del patio, delante de una nueva puerta abierta que daba al campo. La cerró tras sí, sin asombrarse, sin apresurarse.

—Es muy desmañada esa historia—murmuró.  
—Hay algo que no comprendo.

Conocía a Macquart, y olfateaba una pillada, en la alegría secreta que le fruncía el rabillo del ojo.

—Es usted muy singular—dijo el tío para librarse de su examen.—Siempre imagina usted cosas del otro mundo. No puedo decirle a usted lo que sé... Más que usted quiero yo a Marta, y nunca he obrado más que por su interés. Voy a ir por el médico, si usted quiere.

Madame Rougon le siguió con la vista. Interrogó largamente a Rosa, sin averiguar nada. Por otra parte, parecía muy contenta por tener a su hija en casa; hablaba amargamente de las personas "que la dejan reventar a una a la puerta de su casa, sin abrir siquiera"; Marta, con la cabeza caída sobre la almohada, se moría.

## XXII

En la celda de las Tullettes era noche negra. Un soplo glacial sacó a Mouret del estupor cataleptico en que le había sumido el ataque de la tarde. Agazapado contra la pared, permaneció un instante inmóvil, con los ojos abiertos, moviendo suavemente la cabeza sobre el frío de la piedra, gimiendo como niño que despierta. Pero tenía las piernas azotadas por una corriente de aire tan húmeda, que se levantó y miró. En frente de él vió la puerta de la celda abierta de par en par.

—Ella ha dejado la puerta abierta—dijo el loco en voz alta... Debe de esperarme, y es preciso que me vaya.

Salió y volvió a entrar palpándose la ropa, con el aire minucioso de un hombre ordenado que teme olvidar alguna cosa; después volvió a cerrar la puerta con cuidado. Atravesó el primer patio con su tranquilo pasito de burgués paseante. Cuando entraba en el segundo, vió un guardián que parecía acechar. Se detuvo y reflexionó un momento. Pero, habiendo desaparecido el guardián, se encontró al otro extremo del patio, delante de una nueva puerta abierta que daba al campo. La cerró tras sí, sin asombrarse, sin apresurarse.

—Es una buena mujer en medio de todo—murmuró.—Debe de haber oído que la llamaba... Debe de ser tarde. Voy a volver, para que no estén inquietos en casa.

Tomó un camino. Le parecía natural hallarse en pleno campo. Recorridos cinco pasos, olvidó tras él las Tullettes; imaginóse que volvía de casa de algún aldeano a quien había comprado una partida de vino. Al llegar a una encrucijada en que se cruzaban cinco carreteras, reconoció el terreno. Se echó a reír, diciendo:

—¡Qué tonto soy! Iba a subir al cerro, del lado de San Eutropio... He de tomar la izquierda... Dentro de hora y media largas estaré en Plassans.

Entonces siguió la carretera, gallardamente, mirando cada mojón kilométrico como a un viejo amigo. Deteníase delante de ciertos campos, delante de ciertas granjas, con aspecto de interés. El cielo estaba de color de ceniza, con grandes ráfagas rosáceas, que iluminaban la noche con un reflejo pálido de brasas agonizantes. Fuertes gotas comenzaban a caer; el viento soplabá del Este, empapado en lluvia.

—¡Demonio! No puedo entretenerme — dijo Mouret mirando al cielo con inquietud.—Hay viento Este, y va a caer un chubasco de primera... No podré llegar a Plassans antes de que lluevía... Y voy poco tapado.

Se cubrió mejor el pecho con la chaqueta de gruesa lana gris que había destrozado en las Tullettes. En la mandíbula tenía una profunda herida, a la que se llevaba la mano, sin darse cuenta del vivo dolor que experimentaba allí. La carretera estaba desierta; no encontró más que un carro que bajaba la cuesta con lento andar. El carretero, que dormía, no respondió al amistoso sa-

ludo que le hizo Mouret. En el puente del Viorne fué donde le sorprendió la lluvia. Como el agua le molestó mucho, bajó a ponerse a cubierto debajo del puente, gruñendo que aquello era insostenible, que nada estropeaba tanto los vestidos, y que, de haberlo sabido, se habría llevado un paraguas. Esperó pacientemente cerca de media hora, distrayéndose con el chorro del agua; después, cuando pasó el chubasco, subió a la carretera, y entró por fin en Plassans. Evitaba los charcos de agua con extremo cuidado.

Eran cerca de las doce. Mouret calculaba que aun no habían de haber dado las ocho. Atravesó las desiertas calles, muy enfadado por haber hecho esperar a su mujer tanto tiempo.

—No debe ya de saber a qué obedece...—pensaba.—La comida estará fría... ¡Bien me va a recibir Rosa!

Había llegado a la calle Balande, y estaba en pie ante su puerta.

—¡Toma!—dijo.—No me he traído la llave.

Sin embargo, no llamo. La ventana de la cocina estaba oscura, y las otras ventanas de la fachada parecían también muertas. Gran desconfianza se apoderó del loco; con instinto de todo animal, olfateó un peligro. Retrocedió en la sombra de las casas vecinas y examinó la fachada de nuevo; después pareció tomar una resolución, y dió la vuelta por el callejón de las Chevillottes. Pero la puertecilla del jardín tenía el cerrojo echado. Entonces, con fuerza prodigiosa, impelido por súbita rabia, se arrojó contra aquella puerta, que carcomida, se abrió en dos. La violencia del choque dejó a Mouret aturdido, sin saber por qué acababa de romper la puerta y procurando acercar los dos pedazos para componerla.

—¡Vaya un golpe, cuando tan fácil era llamar!

—murmuró con súbita pena.—Una puerta nueva me costará al menos treinta francos.

Estaba en el jardín. Al levantar la cabeza y al ver en el primer piso la alcoba vivamente iluminada, creyó que su mujer se metía en cama. Esto le produjo gran asombro. Sin duda se había dormido bajo el puente esperando que pasara el chubasco. Debía de ser muy tarde. En efecto, las ventanas vecinas, las del señor Rastoil lo mismo que las de la subprefectura, estaban negras. Y clavaba en ellas la mirada, cuando vió un resplandor de lámpara, en el segundo piso, detrás de las espesas cortinas del Padre Faujas. Fué como un ojo llameante, encendido en la fachada, que le quemaba. Apretóse las sienes con las manos ardiendo, perdida la cabeza, revolcándose en un recuerdo abominable, en una pesadilla desvanecida en la que nada claro se formulaba, en la que se agitaba para él y los suyos la amenaza de un peligro antiguo, lentamente agrandado, horrible ya, en cuyo fondo iba a hundirse la casa si él no la salvaba.

—¡Marta! ¡Marta! ¿Dónde estás?—balbuceó a media voz.—Ven... trae a los niños.

Buscó a Marta en el jardín. Pero ya no conocía el jardín. Le parecía más grande, y, vacío, y gris, semejante a un cementerio. Los bojés habían desaparecido, las lechugas no estaban ya allí, los árboles frutales parecían haberse ido. Volvió sobre sus pasos y se arrodilló para ver si era que las babosas se lo habían comido todo. Sobre todo los bojés, la muerte de aquella alta verdura, le oprimía el corazón, como la muerte de un rincón viviente de la casa. ¿Quién habría matado los bojés? ¿Qué hoz había pasado por allí, cortándolo todo, trastornando hasta las violetas que él había plantado al pie de la terraza? Al ver aquella ruina, exhalaba un sordo gruñido que iba creciendo.

—¡Marta! ¡Marta! ¿Dónde estás? —gritó de nuevo.

La buscó en el pequeño invernadero, a la derecha de la terraza. El invernadero estaba atestado de los secos cadáveres de los grandes bojés; éstos se amontonaban en haces, en medio de los troncos de los árboles frutales, esparcidos como cortados miembros. En un rincón, la jaula de los pájaros de Deseada colgaba de un clavo, estropeadísima, con la puerta rota, con erizadas puntas de alambre. El loco retrocedió, lleno de miedo, como si hubiera abierto la puerta de una tumba. Tartamudeando, con la sangre agolpada a la garganta, subió a la terraza, y giró por delante de la puerta y de las ventanas cerradas. La cólera que en él crecía, daba a sus miembros una agilidad de animal. Retrocedía, andaba sin ruido, buscaba una hendidura. Un tragaluz de los sótanos le bastó. Adelgazóse y se deslizó con habilidad de gato, arañando la pared con las uñas. Por fin estaba en su casa.

Los sótanos no se cerraban más que con pestillo. Adelantó Mouret entre las espesas tinieblas del vestíbulo, palpando las paredes, empujando la puerta de la cocina. Los fósforos estaban a la izquierda sobre una tabla. El loco se fué derecho a ella, encendió un fósforo y se hizo luz para tomar una lámpara de la chimenea, sin romper nada. Después miró. Debía de haber habido una gran comida, aquella noche. La cocina estaba desordenada en extremo; las fuentes, los platos, los vasos sucios llenaban la mesa; una colección de cacerolas sucias aun estaba en el fregadero, en las sillas, en el suelo; una cafetera, olvidada en el borde de un hornillo encendido, hervía, con la panza saliente como persona ahita. Mouret quitó la cafetera, arregló las cacerolas; las olía, olfateaba los

restos de licores en los vasos, contaba las fuentes y lo platos con gruñido cada vez más irritado; allí habían hecho comida para toda una posada; aquella suciedad rezumaba indigestión.

—¡Marta! ¡Marta!—repitió volviendo al vestíbulo, con la lámpara en la mano.—¡Respóndeme! ¡Dime dónde te han encerrado! Vámonos, vámonos en seguida.

La buscó en el comedor. Los dos armarios, a derecha e izquierda de la estufa, estaban abiertos; en el borde una tabla, un cucurucho de papel gris, reventado, dejaba caer terrones de azúcar hasta el suelo. Más alto, vió una botella de cognac sin gollete, tapada con un tapón de tela blanca. Se subió a una silla para mirar los armarios. Estos estaban vacíos. Los tarros de frutas en aguardiente estaban empezados todos a la vez; los de confituras abiertos y lamidos, las frutas mordidas, las provisiones de todas clases roídas, manchadas como por el paso de un ejército de ratas. Al no hallar a Marta en los armarios, miró por todas partes, detrás de las cortinas, bajo la mesa; allí vió huesos entre aplastadas migas de pan; en el hule, los vasos habían dejado pegajosos redondeles. Entonces, atravesó el corredor, y la buscó en el salón. Pero en la puerta de éste se detuvo; no estaba en su casa. El papel malva claro del salón, la alfombra de flores rojas, los sillones nuevos tapizados de damasco cereza le asombraron profundamente. Temió entrar en casa ajena, y cerró la puerta.

—Marta... Marta...—tartamudeó de nuevo con desesperación.

Había vuelto al centro del vestíbulo, reflexionando, sin poder apaciguar aquel ronco soplo que se hinchaba en su garganta. ¿Dónde estaba, que no conocía ninguna habitación? Y los recuer-

dos se desvanecían. No veía más que sombras deslizándose a lo largo del corredor; primero dos sombras negras, pobres, borrosas; después dos sombras grises y turbias que se reían. Levantó la lámpara cuya mecha se asustaba; las sombras crecían, alargándose en las paredes, subiendo por el hueco de la escalera, llenando, devorando toda la casa. Alguna basura, algún fermento de descomposición introducido allí, había podrido las maderas, enmohecido el hierro, hendido las paredes. Entonces oyó que la casa se desmenuzaba como yeso caído por la humedad, se fundía como un pedazo metido en agua tibia.

Arriba sonaban claras risas que le erizaban el pelo. Poniendo la lámpara en el suelo, subió para buscar a Marta; subió a gatas, sin ruido, con ligereza y suavidad de lobo. Cuando estuvo en el rellano del primer piso, se agazapó ante la puerta de la alcoba. Bajo la puerta pasaba una raya de luz. Marta debía de acostarse.

—¡Oh!—dijo la voz de Olimpia.—¡Es magnífica su cama! Mira cómo me hundo, Honorato. Tengo plumas hasta los ojos.

Se reía, saltando en medio de la conversación.

—¿Te lo digo?—continuó.—Pues bueno, desde que vinimos tenía ganas de acostarme aquí... Era casi una enfermedad... No podía ver a esa tonta de la casera al meterse aquí, sin sentir unos deseos furiosos de tirarla al suelo para ponerme en su lugar. ¡Se calienta una en seguida! ¡Me parece estar entre algodones!

Trouche, que no se había acostado, removía los frascos del tocador.

—Tiene olores de todas clases—murmuraba.

—Mira—continuó Olimpia.—Puesto que no está ella aquí, podemos quedarnos con la habitación.

No hay miedo de que venga a molestarnos; he echado el cerrojo... Vas a coger frío, Honorato.

Este abría los cajones de la cómoda, revolviendo la ropa.

—Ponte esto—le dijo tirándole una camisa de dormir.—Está llena de encajes... Siempre he soñado dormir con una mujer con encajes... Yo voy a tomar este pañuelo rojo... ¿Has cambiado las sábanas?

—No—respondió ella.—No me he acordado; aun están limpias... Ella cuida mucho de su persona; no me da asco.

Y cuando por fin se acostaba Trouche, le gritó:

—Pon los grogs en la mesa de noche... No vamos a levantarnos para bebérselos en el otro extremo de la habitación... Bueno, gordinflón querido; parecemos unos propietarios.

Se había tumbado el uno al lado del otro, con la colcha hasta la barba, cociéndose en un calorillo dulce.

—He comido bien hoy—murmuró Trouche al cabo de una pausa.

—¡Y bebido!—añadió Olimpia riendo.—Yo estoy algo... Todo me da vueltas. Lo fastidioso es que mamá está siempre encima; hoy ha estado inaguantable. No puedo dar un paso por la casa... No vale la pena de que se vaya la casera, si mamá se ha de quedar aquí haciendo el gendarme... Me ha estropeado el día...

—¿Pero no piensa irse el cura?—preguntó Trouche después de una nueva pausa.—Si le nombran obispo, será preciso que nos deje la casa.

—No sabemos—respondió ella de mal humor.—Mamá pensará tal vez quedársela... Estaríamos tan bien solitos... Yo haría dormir a la casera arriba, en la alcoba de mi hermano; le diría que es más sana... Dame el vaso, Honorato.

Bebieron ambos, hundiéndose otra vez entre los cobertores.

—¡Bah!—repuso Trouche.—No sería fácil hacer que se largaran. Pero podríamos probar... Creo que el cura habría cambiado ya de habitación, de no temer que la casera diera un escándalo al verse abandonada... Me dan ganas de trabajar a la casera; le contaré chismes para que los eche a la calle.

Bebió de nuevo.

—¿Y si le hiciera el amor, querida?—dijo más bajo.

—¡Ah, no!—exclamó Olimpia, echándose a reír como si le hiciesen cosquillas.—Eres demasiado viejo, y no lo bastante guapo... A mí no me importaría, pero ella no te querría, de seguro... Déjame a mí, que yo le calentaré los cascotes... Yo seré la que dé los pasaportes a mamá y a Ovidio, ya que tan poco amables son con nosotros.

—Además, si tú no lo consigues—murmuró Trouche,—yo iré diciendo por todas partes que han encontrado al cura acostado con la casera. Esto hará tanto ruido, que se verá obligado a largarse.

Olimpia se había incorporado.

—¡Hombre!—dijo,—esa es buena idea. Hay que empezar desde mañana. Antes de un mes la despena es nuestra... Te voy a dar un beso en agradecimiento.

Esto alegró mucho. Dijeron cómo arreglarían la habitación; cambiarían la cómoda de sitio y subirían dos sillones del salón. La lengua se les trababa cada vez más. Hubo una pausa.

—Bueno, ya estás con los angelitos—dijo Olimpia.—Roncas con los ojos abiertos. Déjame pasar al otro lado; por lo menos terminaré mi novela. Yo no tengo sueño.

Se levantó, le hizo rodar como una pelota hacia

la pared, y se puso a leer. Pero, a la primera página, volvió la cabeza con inquietud hacia la puerta. Creía oír un singular ronquido en el corredor. Después, se incomodó.

—Ya sabes que no me gustan esas bromas— dijo dando un codazo a su marido.—No hagas el bobo... Parece que haya un lobo detrás de la puerta. Continúa, si eso te divierte. ¡Qué pesado eres!

Volvió a sumergirse en la lectura, furiosa, después de haber chupado la raja de limón de su "grog".

Mouret, con sus ágiles movimientos, se separó de la puerta en la que había permanecido. Subió al segundo piso, a arrodillarse delante de la alcoba del Padre Faujas, empujándose hasta el ojo de la cerradura. Ahogaba en su garganta el nombre de Marta; su mirada ardiente escudriñaba los rincones de la habitación, asegurándose de que no la escondían allí. La gran habitación desnuda estaba llena de sombras; una lámpara puesta al borde de la mesa dejaba caer sobre el suelo un estrecho círculo de claridad; el cura, que escribía, no formaba tampoco más que una mancha negra en medio de aquel resplandor amarillo. Después de buscar detrás de la cómoda, detrás de las cortinas, Mouret se había detenido en la cama de hierro, en la que el sombrero del cura formaba como una cabellera de mujer. Sin duda Marta estaba en aquella cama. Los Trouche lo habían dicho; ahora dormía allí. Pero Mouret vió el lecho frío, las sábanas estiradas, semejante a una losa sepulcral; se acostumbraba a la sombra. El Padre Faujas debió de oír algún ruido, porque miró a la puerta. Cuando el loco vió el tranquilo rostro del cura, sus ojos se inyectaron, y en las comisuras de sus labios apareció débil espuma; contuvo un rugi-

do y se fué a gatas por la escalera, por los corredores, repitiendo en voz baja:

—¡Marta! ¡Marta!

La buscó por toda la casa; en la habitación de Rosa, que estaba vacía; en la de los Trouche, llena con los muebles de las otras piezas; en los antiguos cuartos de los niños, en donde sollozó al hallar bajo sus manos unas botinas rotas que había llevado Deseada. Subía, bajaba, se aferraba a la baranda, se deslizaba a lo largo de las paredes, daba vueltas a tientas a las habitaciones, sin tropezar, con su extraordinaria agilidad de loco prudente. Pronto no hubo rincón, de los sótanos al granero, que no hubiese husmeado. Marta no estaba en casa, los niños tampoco, Rosa tampoco. La escasa estaba vacía, podía hundirse.

Mouret se sentó en un peldaño de la escalera, entre el primero y el segundo piso. Ahogaba el poderoso soplo que, a su pesar, le hinchaba el pecho. Esperaba, con las manos cruzadas, la espalda apoyada en la baranda, los ojos abiertos en la noche, absorto en la idea fija que maduraba pacientemente. Sus sentidos adquirían tal finura, que sorprendía los ruidos más pequeños de la casa. Abajo, Trouche roncaba; Olimpia volvía las páginas de su novela, con ligero roce del dedo sobre el papel. En el segundo piso, la pluma del Padre Faujas tenía un rasgueo de patas de insecto; en tanto que, en el vecino cuarto, madame Faujas, dormida, parecía acompañar aquella agria música con su fuerte respiración. Mouret pasó una hora prestando oído. Olimpia fué la primera en rendirse al sueño; el loco oyó que la novela caía sobre la alfombra. Después, el Padre Faujas dejó la pluma, se desnudó con discreto pisar de zapatillas; las ropas caían dulcemente, y el lecho no crugió siquiera. Toda la casa estaba acostada. Pero el loco

sentía, por la suavísima respiración del cura, que no dormía. Poco a poco, la respiración aumentó en fuerza. Toda la casa dormía.

Mouret esperó aún media hora. Seguía escuchando con gran cuidado, como si hubiera oído a las personas allí acostadas, bajar con paso cada vez más pesado al letargo de un profundo sueño. La casa, aplastada por las tinieblas, se abandonaba. Entonces se levantó, ganó lentamente el vestíbulo. Gruñía:

—Marta no está; la casa no está; nada está.

Abrió la puerta que daba al jardín, y bajó al pequeño invernadero. Allí desalojó metódicamente los grandes bojes secos; se llevaba brazos enormes, que subía y amontonaba delante de las puertas de los Trouche y los Faujas. Como le asaltaba la necesidad de mucha luz, fué a encender en la cocina todas las lámparas, que puso sobre las mesas de las habitaciones, en los rellanos de la escalera, en los corredores. Después, transportó los restantes haces de bojes. Los montones subían más que las puertas. Pero al hacer el último viaje, levantó los ojos y vió las ventanas. Entonces volvió por los árboles frutales y armó una pira bajo las las ventanas, procurándose muy hábilmente corrientes de aire para que la llama fuera hermosa. La pira le pareció pequeña.

—No hay nada ya—repetía.—Es preciso que no haya nada.

Recordó; bajó a los sótanos y volvió a empezar los viajes. Ahora subía la provisión de leña para el invierno; el carbón, los sarmientos, la madera. A cada brazo de leña que colocaba, se sentía estremecido por satisfacción más viva. En seguida distribuyó el combustible en las piezas de la planta baja y dejó un montón en el vestíbulo, y otro en la cocina. Acabó por derribar los

muebles y ponerlos sobre los montones. Una hora le bastó para tan rudo trabajo. Sin zapatos, corriendo con los brazos cargados se había deslizado por todas partes, y con tal destreza que ni un solo pedazo de leña había caído con estrépito. Parecía todo una vida nueva, de una lógica extraordinaria de movimientos. Era, en la idea fija, muy fuerte, inteligentísimo.

Cuando todo estuvo preparado, gozó un instante con su obra. Iba de montón en montón, complaciéndose al ver su cuadrada forma, dándole la vuelta a todos, y frotándose las manos con satisfacción extrema. Algunos trozos de carbón habían caído por la escalera; corrió por una escoba, y quitó de los peldaños el negro polvo. Así terminó su inspección, como burgués cuidadoso que quiere hacer las cosas como es debido, con reflexión. El goce le asustaba poco a poco; se encorvaba, se ponía a gatas, corriendo sobre las manos, y resollando más fuerte, con ronquido de alegría terrible.

Entonces, tomó una rama seca. Encendió los montones. Empezó por los de la terraza, bajo las ventanas. De un salto volvió a entrar, y encendió los del salón y el comedor, la cocina y el vestíbulo. Después, saltó de un piso a otro, arrojando los abrasados restos de la rama sobre los montones que cerraban las puertas de los Trouche y de los Faujas. Estremeciale un furor creciente, y la gran claridad del incendio acababa de enloquecerle. Por dos veces bajó con saltos prodigiosos, girando sobre sí mismo, atravesando la espesa humareda, activando con su soplo las brasas, sobre las que arrojaba puñados de carbones ardiendo. La vista de las llamas que se aplastaban ya en los techos de las habitaciones le hacía sentarse a ratos, riendo, aplaudiendo con toda la fuerza de sus manos.



Entre tanto, la casa roncaba como estufa cargada con exceso. El incendio estallaba por todas partes a la vez, con violencia que rajaba los suelos. El loco volvió a subir en medio de las llamas, chamuscados los cabellos, ennegrecida la ropa. Se apostó en el segundo piso, agazapado, adelantando su gruñidora cabeza de animal feroz. Guardaba el paso, y no separaba la vista de la puerta del cura.

—¡Ovidio! ¡Ovidio!—llamó una voz terrible.

En el fondo del corredor, la puerta de madame Faujas se abrió bruscamente y la llama penetró en el cuarto con retumbar de tempestad. La vieja se presentó en medio del fuego. Con las manos extendidas apartó los llameantes haces, saltó al corredor, rechazó a manotazos y puntapiés los tizones que tapaban la puerta de su hijo, a quien continuaba llamando desesperadamente. El loco se había agazapado más, con los ojos ardiendo y sin cesar de gruñir.

—¡Oyeme! No bajes por la ventana—gritaba la vieja llamando a la puerta.

Tuvo que echarla abajo; la puerta, que ardía, cedió fácilmente. La vieja reapareció llevando en brazos a su hijo. Este se había entretenido en ponerse la sotana; se ahogaba, sofocado por el humo.

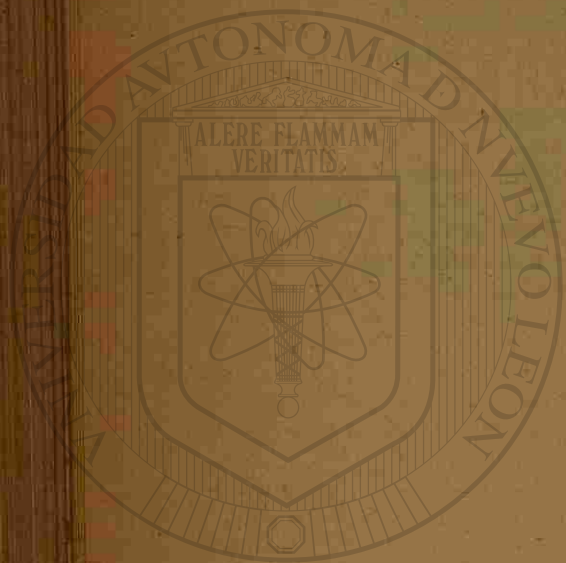
—Oye, Ovidio, yo voy a llevarte—dijo la vieja con rudeza enérgica.—Agárrate a mis hombros; aférrate a mis cabellos si resbalas... Yo llegaré hasta el fin.

Se lo echó a los hombros como un niño y aquella madre sublime, aquella vieja aldeana, abnegada hasta la muerte, no vaciló bajo el aplastante peso de aquel enorme cuerpo desvanecido que se abandonaba. Apagaba los carbones bajo sus pies desnudos, se abría paso rechazando las llamas con la abierta mano, para que ni siquiera tocasen a su

hijo. Pero en el momento en que iba a bajar, el loco, a quien no había visto, saltó sobre el Padre Faujas, arrancándolo de los hombros de su madre. Su lúgubre queja terminaba en un aullido, en tanto que un ataque le retorció al borde de la escalera. Golpeaba al cura, le arañaba, le estrangulaba.

—¡Marta! ¡Marta!—gritó.

Y rodó con el cuerpo por los abrasados peldaños, en tanto que madame Faujas, que le había hundido los dientes en la garganta, bebía su sangre. Los Trouche ardían en su embriaguez, sin un suspiro. La casa, devastada y minada, se desplomaba, en medio de una polvareda de chispas.



## XXIII

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 141 EDICIÓN N. 1037  
 1953 INDEPENDENCIA, ARGENTINA

Macquart no encontró en su domicilio al doctor Porquier, que no llegó hasta las doce y media. Toda la casa estaba aún en pie. Sólo Rougon no se había movido de la cama; las emociones le mataban—decía.—Felicidad, sentada en la misma silla, a la cabecera de Marta, se levantó para salir al encuentro del médico.

—¡Ah, querido doctor! Estamos muy inquietos—murmuró.—La pobre no ha hecho un movimiento desde que la hemos tendido ahí... Tiene ya frías las manos; las he tenido inútilmente entre las mías.

El doctor Porquier miró atentamente el rostro de Marta; después, sin examinarla más, permaneció en pie, frunciendo los labios, y haciendo un vago ademán.

—Mi buena madame Rougon—dijo.—Necesita usted mucho valor.

Felicidad prorrumpió en sollozos.

—Esto es el final—continuó en voz más baja.—Hace mucho tiempo que espero este triste desenlace, debo confesarlo hoy. La pobre madame Mouret tenía los pulmones atacados, y en ella la tisis se complicaba con una enfermedad nerviosa.

Se había sentado, conservando en la comisura de los labios una sonrisa de médico bien educado, que se muestra cortés aun frente a la muerte.

—No se desesperé usted, no se ponga mala, querida señora. La catástrofe estaba prevista, y cualquier circunstancia podía apresurarla. La pobre madame Mouret debía de toser de joven, ¿verdad? Creo que ha llevado muchos años los gérmenes del mal. En estos últimos tiempos, hace tres años sobre todo, la tisis hacía progresos horribles. ¡Y qué piedad! ¡Qué fervor! A mí me conmovía el verla irse tan santamente... ¿Qué quiere usted? Los designios de Dios son inescrutables, y muchas veces la ciencia es impotente.

Y al ver que madame Rougon seguía llorando, le prodigó los más tiernos consuelos, y se empeñó en que tomase una taza de tila para calmarse.

—No se torture usted, se lo ruego—repetía.—Le aseguro a usted que ella ya no siente mal; va a dormir así tranquilamente y no recobrará el conocimiento sino en el momento de la agonía. Por otra parte, yo no la abandono a usted; me quedo aquí, aunque ahora todos mis cuidados son inútiles. Me quedo como amigo, querida señora, como amigo, ¿oye usted?

Se instaló cómodamente para pasar la noche en un sillón. Felicidad se apaciguaba un poco. Habiéndole dado a entender el doctor Porquier que no quedaban a Marta más que unas horas de vida, se le ocurrió enviar por Sergio al seminario, que estaba próximo. Cuando rogó a Rosa que fuese, la criada se negó en el primer momento.

—¿Quiere usted matar así al pobre chico?—dijo.—Le daríamos un golpe demasiado fuerte, despertándole a media noche para traerle a ver una muerta... Yo no quiero ser su verdugo.

Rosa guardaba rencor a su ama. Desde que és-

ta agonizaba, la cocinera giraba en torno del lecho, furiosa, empujando las tazas y las botellas de agua caliente.

—¿Tiene atadero hacer lo que ha hecho la señora? No es culpa de nadie si ha ido a buscar la muerte junto al señor. Y ahora toda ha de estar patas arriba, y nos hace llorar a todos... No, no quiero que obliguen al niño a despertar sobresaltado.

Sin embargo, acabó por ir al seminario. El doctor Porquier se había acomodado ante el fuego; con los ojos medio cerrados, continuaba prodigando palabras consoladoras a madame Rougon. Un leve estertor comenzaba a levantar el pecho de Marta. El tío Macquart, que no se había presentado hacía dos horas largas, empujó suavemente la puerta.

—¿De dónde viene usted?—le preguntó Felicidad llevándolo a un rincón.

Respondió que había ido a llevar la tartana y el caballo a la posada de los Tres Pichones. Pero tenía tan vivos ojos y un aspecto solapado tan diabólico, que Felicidad se sentía asaltada por mil sospechas. Olvidó a su hija moribunda, olfateando una pillería que debía de tener interés en saber.

—Cualquiera diría que ha seguido y acechado usted a alguien—repuso al ver su fangoso pantalón.—Usted me oculta algo, Macquart. Eso no está bien. Siempre hemos sido buenos con usted.

—¡Oh! Buenos—murmuró el tío riendo,—porque usted lo dice. Rougon es un majadero; en el asunto del campo de trigo ha desconfiado de mí, me ha tratado como al último mendigo... ¿Dónde está Rougon? ¿Se duerme, verdad? Poco le importa el interés que uno se toma por la familia.

La sonrisa con que acompañó estas últimas pa-

labras inquietó vivamente a Felicidad. Le miró de frente.

—¿Qué interés se ha tomado usted por la familia?—dijo.—No se referirá usted a haber traído a la pobre Marta de las Tullettes... Además, le repito, todo esto es muy extraño. He preguntado a Rosa, y parece que tenía usted la idea de venir aquí derechito. También me asombra que no haya llamado usted más fuerte en la calle Balande; habrían abierto... No es que me disguste ver a la niña en mi casa; al menos, morirá entre los suyos, no verá al lado más que caras amigas...

El tío pareció muy sorprendido; con aire inquieto interrumpió:

—Creí que estaba usted muy bien con el Padre Faujas.

Felicidad no respondió; se acercó a Marta, cuyo estertor era más doloroso. Cuando volvió, vió que Macquart, levantando la cortina, parecía interrogar a la noche, frotando con la mano el húmedo cristal.

—No se vaya mañana sin hablar conmigo—le encargó.—Quiero poner esto en claro.

—Como usted quiera—respondió él.—No sabe uno a qué carta quedarse con usted. ¿Quiere usted a las personas, no las quiere? A mí me tiene sin cuidado; yo voy siempre por mi buen caminito.

Evidentemente, le había contrariado el saber que los Rougon no hacían ya causa común con el Padre Faujas. Golpeaba los cristales con la yema de los dedos, sin separar la vista de la negra noche. De pronto, un gran resplandor enrojeció el cielo.

—¿Qué pasa?—preguntó Felicidad.

Macquart abrió la ventana y miró.

—Parece un incendio—murmuró tranquilamente.—Es detrás de la subprefectura.

La plaza se llenaba de ruido. Un criado entró

asustadísimo, diciendo que acababa de pegarse fuego en la casa de la hija de la señora. Creíase haber visto al yerno de la señora el que habían tenido que encerrar, paseándose por el jardín con una antorcha encendida. Lo peor era que se desesperaba de salvar a los inquilinos. Felicidad se volvió vivamente y reflexionó un minuto más, con los ojos fijos en Macquart. Por fin comprendía.

—Nos había prometido usted—dijo en voz baja,—que nos dejaría en paz, cuando le instalamos en su casita de Tullettes. Sin embargo, nada le falta a usted; está usted como un verdadero rentista... ¡Es vergonzoso! ¿Oye usted? ¿Cuánto le ha dado a usted el Padre Fénil por abrir la puerta a Francisco?

Macquart se enfadó, pero ella le hizo callar. Parecía mucho más inquieta por las consecuencias del asunto que indignada por el crimen.

—¡Y qué abominable escándalo si llegase a saberse!—continuó.—¿Le hemos negado algo alguna vez? Mañana hablaremos otra vez de ese dichoso campo... Si Rougon supiera una cosa así, se moriría de pena.

El tío no pudo menos de sonreír. Se defendió con más violencia, juró que no sabía nada, que en nada se había metido. Después, como el cielo se abrasara más, y hubiera bajado ya el doctor Porquier, el tío salió de la alcoba, diciendo con curiosa prisa:

—Voy a ver.

El señor Péqueur des Saulaies era el que había dado la alarma. Había habido reunión en la subprefectura. Se acostaba cuando a la una menos minutos, vió un singular reflejo rojo en el techo de su habitación. Acercóse a la ventana y quedó sorprendidísimo al ver arder gran fuego en el jardín de los Mouret, en tanto que una sombra

que al pronto no conoció, bailaba en medio de la humareda blandiendo una rama encendida. Casi en seguida salieron llamas por todos los huecos de la planta baja. El subprefecto se apresuró a ponerse de nuevo el pantalón; llamó al criado, y mandó al portero en busca de los bomberos y de las autoridades. Luego, antes de dirigirse al lugar del siniestro, acabó de vestirse, asegurándose ante el espejo de la corrección de su bigote. Fué el primero en llegar a la calle Balande. Esta estaba por completo desierta. Dos gatos la cruzaban corriendo.

—¡Se van a dejar tostar como las chuletas ahí dentro! — pensó el señor Péqueur des Saulaies asombrado al ver el pacífico sueño de la casa, desde la calle, en la que no se veían llamas aún.

Llamó violentamente, pero no oyó más que el ronquido del incendio, en el hueco de la escalera. Entonces llamó a la puerta de los Rastoil. Allí se oían penetrantes gritos, acompañados de pisadas, de crujidos de puertas, de llamadas en voz baja.

—¡Aurelia, tápate los hombros!—gritaba la voz del presidente.

El señor Rastoil se precipitó a la acera, seguido de su esposa y de la menor de sus hijas, la que no había casado aún. Aurelia, en su precipitación, se había echado sobre los hombros un gabán de su padre que le dejaba desnudos los brazos; cuando vió al señor Péqueur des Saulaies, se puso coloradísima.

—¡Qué horrible desgracia!—baluceaba el presidente.—Todo va a arder. La pared de mi cuarto está ya caliente. Puede decirse que las dos casas no forman más que una... ¡Ah, señor subprefecto, ni he tenido tiempo de sacar los relojes! Hay

que organizar los socorros. No podemos perder los muebles en unas horas.

Madame Rastoil, medio vestida con una bata, lloraba el mobiliario de su salón, que precisamente acababa de ser retapizado. Entre tanto, algunos vecinos habían salido a las ventanas. El presidente les llamó y comenzó a desalojar su casa; particularmente, se encargaba de los relojes, que depositaba en la acera de enfrente. Cuando sacaron los sillones del salón, hizo sentar a su mujer y a su hija, en tanto que el subprefecto se quedaba al lado de ellas para tranquilizarlas.

—Tranquílense, señoras—decía.—Las bombas van a llegar, y el fuego será vigorosamente atacado. Creo poder prometerles que su casa se salvará.

Las ventanas de Mouret reventaron y las llamas aparecieron en el primer piso. Bruscamente quedó alumbrada la calle por gran resplandor; estaba tan claro como en pleno día. Un tambor, a lo lejos, pasaba por la plaza de la subprefectura. Corrían hombres, se organizaba una cadena; pero faltaban cubos y la bomba no llegaba. En medio del azoramiento general, el señor Péqueur des Saulaies, sin separarse de las señoras de Rastoil, daba órdenes en voz alta.

—¡Dejad el paso libre! ¡La cadena está allí demasiado apretada! ¡Poneos a dos pies unos de otros!

Después, volviéndose a Aurelia, con voz dulce:

—Mucho me sorprende que no esté aún aquí la bomba... Es una bomba nueva, y ahora mismo la van a estrenar... Yo he enviado en seguida al portero. También debe de haber ido a la gendarmería.

Los gendarmes fueron los primeros en llegar; contuvieron a los curiosos, cuyo número aumen-

taba, a pesar de lo avanzado de la hora. El subprefecto había ido en persona a rectificar la cadena, que se descomponía por los empujones de algunos graciosos llegados del arrabal. La campana de San Saturnino tocaba a rebato con cascada voz; otro tambor tocaba llamada, más lánguidamente, al final de la calle. Por fin llegó la bomba, con estrépito de herraje estremecido. Separáronse los grupos; los quince bomberos de Plassans llegaron corriendo y jadeando; pero, a pesar de la intervención del señor Péqueur des Saulaies, aun se necesitó un cuarto de hora largo para disponer la bomba.

—¡Le digo a usted que el pistón no funciona! —gritaba furioso el capitán al subprefecto, que pretendía que las tuercas estaban demasiado apretadas.

Cuando salió un chorro de agua, la muchedumbre dió un suspiro de satisfacción. La casa ardía, desde la planta baja al segundo piso, como una inmensa antorcha. El agua entraba silbando en el fuego, en tanto que las llamas, desgarrándose en amarillos jirones, se elevaban más alto. Algunos bomberos habían subido al tejado de casa del presidente, cuyas tejas hundían a piquetazos para aislar el fuego.

—La barraca está perdida — murmuró Macquart, con las manos en los bolsillos, plantado tranquilamente en la acera y siguiendo con vivo interés los progresos del incendio.

Ahí, al borde del arroyo, se había formado un salón al aire libre. Los sillones estaban colocados en semicírculo, como para que se asistiera mejor al espectáculo. Madame de Condamín y su marido acababan de llegar. Apenas volvían de la subprefectura—decían,—cuando oyeron el tambor tocando llamada. El señor de Bourdeu, el señor Maf-

fre, el doctor Porquier, el señor Delangre, acompañado de varios miembros del consejo municipal, se habían también apresurado a acudir. Todos rodeaban a aquellas pobres señoras Rastoil, las consolaban con exclamaciones compasivas. La tertulia acabó por sentarse en los sillones. Y la conversación se entabló, en tanto que soplaba la bomba a diez pasos, y crujían las abrasadas vigas.

—¿Has cogido mi reloj?—preguntó madame Rastoil a su marido.—Estaba en la chimenea con la cadena.

—Sí, sí, en el bolsillo lo tengo—respondió el presidente, hinchado el rostro, tambaleándose de emoción.—También tengo la plata... Me lo habría llevado todo; pero los bomberos no quieren. Dicen que es ridículo.

El señor Péqueur des Saulaies seguía muy tranquilo y amable.

—Les aseguro que su casa no corre ningún peligro —afirmó.—El fuego está aislado. Pueden ustedes llevar otra vez los cubiertos al comedor.

Pero el señor Rastoil no consintió en separarse de su argentería, que tenía bajo el brazo, envuelta en un periódico.

—Todas las puertas están abiertas—balbuceó.—La casa está llena de gente que no conozco... Me han hecho un agujero en el tejado, que me costará muy caro.

Madame de Condamín interrogaba al subprefecto.

—¡Es horrible! —exclamó.— Yo creía que los inquilinos habían tenido tiempo de ponerse en salvo... ¿De modo que nada se sabe del Padre Faujas?

—Yo mismo he llamado—dijo el señor Péqueur des Saulaies,—y nadie ha respondido. Al llegar los bomberos, he hecho derribar la puerta y he or-

denado que pusieran escalas en las ventanas... Todo ha sido inútil. Uno de nuestros valientes gendarmes, que se ha arriesgado a entrar en el vestíbulo, por poco se queda asfixiado por el humo.

—¿De modo que el Padre Faujas...? ¡Qué abominable muerte!—dijo estremeciéndose la hermosa Octavia.

Todos se miraron, lívidos entre la vacilante claridad del incendio. El doctor Pourquoi explicó que la muerte por el fuego no era quizá tan dolorosa como se creía.

—Queda uno desmayado—dijo al terminar.— Debe de ser cosa de pocos segundos. Claro que también depende de la violencia del fuego.

El señor de Condamin contaba con los dedos.

—Si madame Mouret está en casa de sus padres, como se dice, son cuatro; el Padre Faujas, su madre, su hermana y su cuñado... ¡Es bonito!

En aquel momento, madame Rastoil se inclinó al oído de su esposo.

—Dame mi reloj—murmuró.—No estoy tranquila. Te mueves y vas a sentarte encima de él.

Habiendo gritado una voz que el viento impulsaba las llamas hacia el lado de la subprefectura, el señor Péqueur des Saulaies, se excusó y se fué a poner remedio a aquel nuevo peligro. Entre tanto, el señor Delangre quería que se intentase el último esfuerzo para socorrer a las víctimas. El capitán de bomberos le respondió brutalmente que fuera él, si lo creía posible; decía no haber visto nunca un incendio semejante. El diablo debía de haberlo provocado. El alcalde, seguido de algunos hombres de buena voluntad, dió entonces la vuelta por el callejón de las Chevillottes. Quizá se podría subir al jardín.

—Sería muy hermoso, si no fuera tan triste—observó madame de Condamin, que se calmaba.

En efecto, el incendio era soberbio. Estelas de chispas subían entre anchas llamas azules; agujeros de ardiente rojo se veían en el fondo de cada ventana; en tanto que el humo salía despacito, alejándose en una gran nube violácea, parecida a la humareda de las bengalas en los fuegos artificiales. Señoras y señores se habían arrellenado en los sillones; estirábanse, se apoyaban con los codos, levantaban la barba; después había pausas, entrecortadas por observaciones, cuando se elevaba un torbellino de llamas más violento. A lo lejos, en la danzante claridad que iluminaba bruscamente profundidades de apiñadas cabezas, crecía el zumbido de la muchedumbre, un ruido de agua corriente, un estrépito sin fin. Y la bomba, a diez pasos, conservaba su aliento regular, su escupir de gznate de metal abrasado.

—Pero miren ustedes la tercera ventana del segundo piso—exclamó de pronto el señor Maffre, maravillado.—Se ve muy bien una cama que arde, a la izquierda. Las cortinas son amarillas. Se queman como papel.

El señor Péqueur des Saulaies volvía corriendo a tranquilizar a la tertulia. Era un pánico.

—El viento lleva las llamas a la prefectura, pero se extinguen antes de llegar. No hay peligro. Se ha dominado el fuego.

—Pero—preguntó madame de Condamin,—¿se sabe cómo ha estallado?

El señor de Bourdeu aseguró que había visto primero gran humareda que salía de la cocina. El señor Maffre, por el contrario, pretendía que las llamas habían aparecido primero en un cuarto del primer piso. El subprefecto movía la cabeza con aire de prudencia oficial; por fin dijo a media voz:

—Creo que la maldad no es extraña al siniestro. Ya he ordenado que se abra sumario.

Y contó que había visto un hombre que prendía fuego con una rama.

—Sí, yo también lo he visto—interrumpió Aurelia Rastoil.—Era el señor Mouret.

Fué una sorpresa extraordinaria. La cosa era imposible. ¡Mouret escapado y quemando su casa! ¡Qué espantoso drama! Y agobiaban a Aurelia a preguntas. La joven se ruborizaba y su madre la miraba severamente. No estaba bonito que una joven se asomase a la ventana todas las noches.

—Se lo aseguro a ustedes; he conocido al señor Mouret—afirmó.—No dormía, y me levanté al ver una gran luz... El señor Mouret bailaba en medio del fuego.

El subprefecto dió su opinión.

—Sí, señores, la señorita tiene razón... Ahora veo que era ese desdichado. Estaba tan horrible, que me quedé perplejo, aunque su rostro no me era desconocido... Perdónenme, pero esto es muy grave; es preciso que vaya a dar unas órdenes.

Y se fué de nuevo, en tanto que la tertulia comentaba la terrible aventura; ¡un casero que quemaba a sus inquilinos! El señor de Bourdeu se despotricó contra los manicomios; la vigilancia se ejercía de un modo muy insuficiente. En verdad, el señor de Bourdeu temía ver arder en el incendio la prefectura que le había prometido el Padre Faujas.

—Los locos son muy rencorosos—dijo sencillamente el señor de Condamin.

Esta frase turbó a todo el mundo. La conversación paró en seco. Las señoras sintieron leves escalofríos y los caballeros cruzaron miradas singulares. La casa incendiada era mucho más interesante desde que se sabía qué mano le había pren-

dido fuego. Los ojos, entornados por un delicioso terror, se clavaban en las llamas, pensando en el drama que debía de haber ocurrido.

—Si papá Mouret está ahí, son ya cinco—dijo el señor de Condamin, a quien las damas hicieron callar, acusándole de ser un hombre atroz.

Desde el principio del incendio, los Paloque miraban desde la ventana de su comedor. Estaban precisamente encima del salón improvisado en la acera. La mujer del juez acabó por bajar para ofrecer hospitalidad a las señoras Rastoil, así como a los que las rodeaban.

—Desde nuestras ventanas se ve bien, se lo aseguro a ustedes—dijo.

Y como las damas rehusaran:

—Van ustedes a resfriarse—insistió.—La noche es muy fresca.

Madame de Condamin sonrió, alargando los piecitos, que mostró al borde de su falda.

—¡Sí, sí, frío!—respondió.—Yo tengo los pies que me arden... Estoy muy bien... ¿Y usted tiene frío, señorita?

—Demasiado calor tengo — aseguró Aurelia. — Parece una noche de verano. Ese fuego calienta de lo lindo.

Todos declararon que estaban bien, y entonces madame Paloque se decidió a quedarse, y a sentarse también en un sillón. El señor Maffre acababa de irse; en medio de la multitud, había visto a sus dos hijos en compañía de Guillermo Porquier; los tres habían acudido, sin corbata, desde una casa de los baluartes, para ver el fuego. El juez de paz, que estaba seguro de haberlos encerrado con llave en su cuarto, se llevó de las orejas a Alfonso y a Ambrosio.

—¿Y si fuéramos a acostarnos?—dijo el señor de Bourdeu, cada vez más huraño.



El señor Péqueur des Saulaies había vuelto a presentarse, infatigable, sin olvidar a las damas, a pesar de los cuidados de toda clase que le agobiaban. Vivamente salió al encuentro del señor Delangre, que volvía del callejón de las Chevillottes. Hablaron en voz baja. El alcalde debía de haber asistido a alguna escena horrible; se pasaba la mano por la frente, como para apartar de sus ojos la imagen atroz que le perseguía. Las damas sólo le oyeron murmurar: "¡Hemos llegado demasiado tarde! ¡Es horrible, horrible!..." No quiso responder a ninguna pregunta.

—Sólo Bourdeu y Delangre sienten la muerte del cura? murmuró el señor de Condamín al oído de madame Paloque.

—Tenían negocios con él—dijo ésta tranquilamente.—Mire usted, ahí viene el Padre Bourrette. Ese le llora de verdad.

El Padre Bourrette, que había formado parte de la cadena, sollozaba amargamente. El pobre hombre no oía los consuelos. No quiso sentarse en un sillón, y permaneció en pie, con los ojos turbios, viendo quemarse las últimas vigas. También se había visto al Padre Surin; pero éste había desaparecido, después de escuchar, de grupo en grupo, los informes que corrían.

—Vamos a acostarnos—repitió el señor de Bourdeu.—Ya es tonto quedarse aquí.

Toda la tertulia se levantó. Se decidió que el señor Rastoll, su mujer y su hija, pasarían la noche en casa de los Paloque. Madame de Condamín se daba golpecitos en la falda, levemente arrugada. Retiraron los sillones, y estuvieron en pie unos instantes, despidiéndose. La bomba seguía funcionando, y el incendio palidecía, en medio de una humareda negra. No se oían más que las debi-

litadas pisadas de la multitud y el hacha de algún bombero que derribaba alguna viga.

—¡Listo!—pensó Macquart, que no había abandonado la acera de enfrente.

Permaneció, no obstante, un momento más, oyendo las últimas frases que el señor de Condamín cruzaba a media voz con madame Paloque.

—¡Bah!—decía la mujer del juez.—Nadie le llorará, si no es ese tonto de Bourrette. Se había hecho insoportable, y todos éramos esclavos. Monseñor debe de reirse ahora... Por fin Plassans está libertado.

—¿Y los Rougon?—observó el señor de Condamín.—Deben de estar entusiasmados.

—¡Caramba! Los Rougon están locos de contento. Van a heredar la conquista del cura... Caro habrían pagado a quien se arriesgara a pegar fuego a la casa.

Macquart se fué descontento. Acababa por temer haber sido víctima de un engaño. La alegría de los Rougon le consternaba. Los Rougon eran unos pilletes que siempre jugaban con dos juegos y con los cuales siempre resultaba uno robado. Al atravesar la plaza de la Subprefectura, Macquart se juraba no volver a trabajar como entonces, a ciegas.

Cuando subía a la alcoba, en que Marta agonizaba, encontró a Rosa sentada en un peldaño de la escalera. La cocinera estaba amoratada de cólera, y gruñía:

—No, no, no me quedaré en la alcoba; no quiero ver esas escenas... ¡Que reviente sin mí! ¡Que reviente como un perro! Ya no la quiero; ya no quiero a nadie... Y vaya usted por el niño, para hacerle presenciar esto... ¡Y yo he consentido en ello! Me arrepentiré toda mi vida... El querubín estaba más blanco que su camisa... He tenido que

traerle del seminario aquí... He creído que se me moría por el camino, de tanto como lloraba... ¡Es un dolor! Y ahora está allí, besándola... A mí se me pone carne de gallina... Quisiera que la casa se nos cayera encima, para que acabáramos de una vez... Yo me iré a un rincón, viviré sola, no veré a nadie, nunca, nunca. Esta vida no es más que para llorar y para encolerizarse.

Macquart entró en la alcoba. Madame Rougón, de rodillas, se tapaba el rostro con las manos, en tanto que Sergio, en pie junto a la cama, con las mejillas chorreando lágrimas, sostenía la cabeza de la moribunda. Esta no había recobrado aún el conocimiento. Los últimos resplandores del incendio iluminaban la alcoba con un reflejo rojo.

Un hipo estremeció a Marta. Abrió los ojos sorprendida, y se incorporó para mirar en torno. Después juntó las manos con espanto indecible, y expiró, viendo, en la claridad roja, la sotana de Sergio.

FIN DEL TOMO II Y ULTIMO

**ÚLTIMAS PUBLICACIONES de la Casa Editorial  
Gassó Hermanos. - Sta. Teresa, 6- Barcelona**

**Nick-Carter**

El Enigma chino.  
El Atand vacío.  
Los Crímenes sin rastro.  
El Círculo de pillos.  
En las garras de la muerte.  
El buitre y su presa.  
La carta del muerto.  
El ladrón de levita.  
La reina de los falsarios.  
Geisha.  
La Impostora.  
El cuadro robado.  
Los salteadores de trenes.  
Los monederos falsos.  
La loca secuestrada.  
La promesa del detective.  
Los crímenes de un cajero.  
Astucia y crimen.  
Los hermanos gemelos.  
El falso heredero.  
El guardián del tesoro.  
El crimen de una mujer.  
La enemiga implacable.  
La casa de los fantasmas.  
La mujer policía.  
El muerto vivo.  
La mano misteriosa.  
El discípulo del diablo.  
La hija del muerto.  
Curry el bandolero.  
Los bandidos de Porter's Pool.  
Lucha de detectives.  
La cuadrilla de espías.  
El peligro de una nación.

El rubí del rajá.  
Los nihilistas rusos.

**E. Zola**

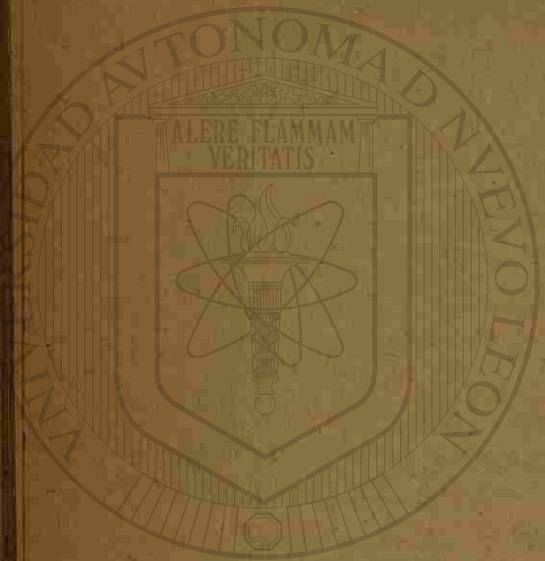
Teresa Raquin.  
Los misterios de Marsella.  
Magdalena Perat.  
La taberna.  
El mandato de una muerta.  
Una página de amor.  
La confesión de Claudio.  
La conquista de Plassans.  
El delito del Padre Mouret.  
La Ralea.  
La fortuna de los Rougon.  
El vientre de París.  
Su excelencia Eugenio Rougon.  
Cuentos á Ninon.  
Nuevos cuentos á Ninon.

**C. Braemé**

Dora.  
Azucena.  
Leonor.

**J. de Guevara**

Pensamientos para postales



RICARDO COLABRUBIAS  
FONDO



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



